

Bethany Adams

*Una dama
innocente*

UNA DAMA INOCENTE

UNA DAMA INOCENTE
BETHANY ADAMS

© 2024, Bethany Adams

ISBN: 9798303768994

Correcciones: Mar Mena

Diseño de cubierta: Yolanda Pallás

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Con todo mi cariño para
quienes buscamos el amor en los libros
y lo encontramos en nuestro propio corazón.*

*«La fuerza más fuerte de todas
es un corazón inocente».*
Víctor Hugo

UNA DAMA INOCENTE

Londres, 1815.

Por mucho que le costara, era el momento de dejarla ir, suspiró resignado Lord Anthony Bowman, mirando a su única hija.

Pese a su apesadumbrado estado de ánimo, se dejó cautivar por la suave melodía que conformaban las notas del piano bajo los dedos de la bonita joven. Para cenar había elegido un recatado vestido de color verde que recordaba haber visto cientos de veces. Tenía que reconocer que la capacidad de ahorro de Lynelle era ejemplar. No le atraían los lujos o las banalidades típicas de las jóvenes de alta sociedad. Quizá porque no se relacionaba con ellas o porque no había habido quien guiara sus pasos en esas lides.

Su oscuro cabello con reflejos en color ocre recogido en un peinado alto, su dulce rostro, su cuerpo esbelto y su gracia innata le recordaban a su esposa, la madre de Lynelle, que había fallecido en el momento de dar a luz. Veinte años después, todavía se lamentaba de que su querida Florence no hubiera podido criar junto a él al fruto del amor que habían compartido.

Desde entonces, la joven había sido el centro de su vida. Le había procurado la mejor educación, contratado a los mejores tutores, y la había consentido en casi todos sus caprichos, que nunca habían sido muchos. Pero, muy a su pesar, había llegado el momento. Lo había postergado demasiado y sabía que no podía retenerla más. Debía dejarla ir y poner fin a su actitud egoísta. Su hija debía crear su propia familia y labrar su propio futuro.

Cuando al acabar la pieza, ella lo miró con sus brillantes ojos verdes, él la invitó con un gesto a que se sentara a su lado. Su bonito rostro adoptó una seriedad poco habitual. Probablemente intuía lo que iba a decirle, pensó. Nunca habían hablado sobre la posibilidad de acudir a los bailes de la temporada, pese a que no habían dejado de recibir invitaciones para los mismos en los últimos tres años. Las había ignorado a conciencia porque no se encontraba preparado para perderla, pero realmente, ya era hora de que Lynelle encontrara esposo.

Debía conocer jóvenes de su edad, hombres dispuestos a cortejarla y a cuidarla en caso de que a él le ocurriera algo. Los negocios cada vez le requerían más tiempo, y su nuevo socio le había sugerido la posibilidad de viajar para aumentar considerablemente los beneficios de sus empresas. Habían elaborado minuciosamente un plan ambicioso y lucrativo que precisaba de toda su atención y disponibilidad.

No quería que estuviera sola tanto tiempo, así que había llegado el momento de encontrarle un esposo y confiar en que nada malo podría ocurrirle durante sus previsibles ausencias.

Lynelle obedeció a su padre ligeramente preocupada. Llevaba unos días más callado de lo normal, mirándola de reojo cuando creía que ella no se daba cuenta. Su mirada se oscurecía a veces y buscaba su compañía con mayor frecuencia.

Supuso que había llegado el momento en el que la enfrentara a la supuesta necesidad que tenía de formar su propia familia. En el correo de esa mañana había llegado lo que parecía la

invitación a un baile y era muy consciente de que llevaban varios años evitando reuniones sociales de ese tipo. Intuía que no podía ignorarlas mucho tiempo más.

Se sentó junto a él en el sofá tapizado de color granate, mientras ahogaba un suspiro y rehuía la mirada de sus ojos, del mismo color que los de ella.

—He recibido una invitación para el baile del marqués de Arlington, Lynelle —le explicó directamente—. Creo que ya es hora de presentarte en sociedad.

Lynelle frunció el ceño. Había acertado en su suposición.

—Padre, ¿no podríamos retrasarlo un año más? Todo Londres sabe que el barón Bowman tiene una hija. Si alguien quisiera conocerme...

—Sabes que no me apetece perderte —la interrumpió comprensivo—, pero deberíamos haber pasado por esto hace ya unos años, y sinceramente creo que no te estoy haciendo ningún favor reteniéndote a mi lado. Debes encontrar un esposo. Voy a ampliar mi negocio, quizá tenga que pasar tiempo fuera, y me sentiría más tranquilo si alguien cuidara de ti.

—Padre, yo puedo cuidarme sola —le respondió con un mohín que a Anthony le recordó a su esposa—. Estoy muy bien en casa. No necesito un esposo.

—Crees que no, Lynelle, pero es por tu bien —la contrarió—. Quiero que seas tan feliz como tu madre y yo lo fuimos.

—Para eso tendría que encontrar un hombre como tú, padre —le abrazó con cariño—. No quiero un esposo refinado y pomposo como esos que veo cuando paseo por el parque, y seguro que los hombres que acuden a esas fiestas son así.

Anthony sonrió afectuoso, respondiendo a su abrazo. No iba a ser fácil dejarla ir.

—Acuden hombres de todo tipo, Lynelle. Pero entiendes que ha llegado el momento de escoger esposo, ¿verdad?

Lynelle asintió con una mueca de desagrado. Llevaba tiempo intentando mentalizarse para ello sin conseguirlo.

—Si tú lo dices...

—Eres tan bonita y dulce como tu madre. Cualquier hombre se sentirá dichoso de tenerte a su lado. He sido muy egoísta queriendo tenerte solo para mí. Además, eres hija de un barón. Mis negocios son muy prósperos y tu marido los heredará en mi ausencia.

—Con más razón para no casarme con uno de esos hombres que frecuentan las fiestas, padre. No sabrán dirigir tus empresas.

Anthony negó con la cabeza inflexible.

—Habrá que arriesgarse.

Lynelle se mordió el labio, intranquila. Pocas veces había visto a su padre tan serio y obstinado. Aunque él no quisiera verlo, y ella supiera ocultarlo muy bien, esa tozudez era un rasgo que ambos compartían. Si su padre se había empeñado en casarla, nada lo detendría. Por mucho que ella se negara, las normas sociales estaban de su lado y el tiempo iba en su contra.

—¿Seguro que no podemos retrasarlo más?

—No te obligaré a casarte con alguien que no quieras, pero has de empezar a conocer a jóvenes de tu edad.

Ella suspiró resignada. Acudir a esas fiestas no solo implicaba que todos pusieran sus ojos en ella. También debía encargarse un nuevo vestuario acorde con su propósito y su posición: escotes atrevidos, refinadas puntillas y exquisitos encajes, que no podría utilizar para vestir cómodamente en casa, que era lo que realmente le apetecía hacer.

—¿Tienes alguien en mente, padre?

Anthony se encogió de hombros despreocupado.

—No frecuento esas fiestas desde hace años, así que no sabría decirte...

Oyeron que llamaban a la puerta y se miraron extrañados. ¿Una visita a esas horas? No era muy tarde pese a que el sol ya se había puesto, pero no era costumbre recibir a nadie.

El señor Oakles, el viejo mayordomo, entró discretamente en el salón.

—Lord Landler quiere hablar con usted, Lord Bowman.

Anthony sonrió abiertamente, asintiendo satisfecho. A Lynelle le sorprendió el gesto en su rostro. «Negocios», pensó. Era lo único que parecía hacer sonreír a su padre de esa manera.

—Perfecto. Hágalo pasar a la biblioteca. En un momento estoy con él.

Miró a su hija afectuoso, cogiéndola de las manos.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que ha llegado el momento de encontrar un buen esposo para ti?

—Sabes que no, padre, pero si es tu deseo que asista a esas fiestas, no me quedará más remedio que aceptarlo.

—No seas exagerada, Lynelle —sonrió acariciándole la barbilla con cariño—. Seguro que disfrutas en esos bailes tanto como tu madre.

Lynelle lo miró con cierto recelo.

—Permíteme que lo ponga en duda —le respondió con discreta ironía—. ¿Quién es el señor Landler? ¿Por qué te has alegrado tanto de su visita?

Anthony apuró el último trago del dorado *whisky* que quedaba en el vaso.

—Es mi socio —explicó complacido—. Ya te comenté que iba a ampliar el negocio. Landler es un hombre inteligente y trabajador. Confío plenamente en él pese a su juventud. Habrá vuelto ya de su viaje y no habrá querido esperar a la cita que teníamos fijada dentro de unos días.

Lynelle asintió conforme su padre se levantaba y volvía a escucharse otra llamada en la puerta.

—Hoy parece ser tarde de visitas —comentó sonriendo a su hija antes de salir del salón.

Lynelle vio cerrarse la puerta, y se recostó en el sofá abatida, ahogando un suspiro. No tenía ningún interés en contraer matrimonio y abandonar su casa y sus sencillas costumbres. ¿Por qué debía casarse? ¿Por qué la sociedad no podía permitir que una mujer viviera sola sin molestar a nadie? ¿Por qué necesitaba a un hombre que la cuidara cuando los peligros no estaban acechando tras las puertas? Era absurdo, decidió.

Podía entender que necesitara un marido cuando, dentro de muchos años y por ley de vida, su padre no estuviera, pero para eso faltaba mucho. Además, un marido implicaba tener hijos y ella no se sentía preparada para ese momento. Ni siquiera estaba dispuesta a pasar por él. ¿Y si se desangraba en el parto como le había pasado a su madre? Por mucho que su padre le hubiera contado cientos de veces que se había debido a una negligencia médica, ella no quería vivir esa experiencia. ¿Un marido estaría de acuerdo? Mejor no pensarlo, volvió a suspirar, disgustada.

Le pareció oír unos ruidos sordos en el *hall* y la potente voz de su padre por encima de todos ellos. Se incorporó con inquietud tratando de escuchar lo que decía, pero no era capaz de comprender nada. Abrió la puerta extrañada. Una rabia desconocida se apoderó de ella. ¿Qué estaba sucediendo? Corrió asustada hacia su padre.

Tres policías uniformados lo sujetaban con los brazos a la espalda mientras él pedía explicaciones sin recibir nada más que duros empujones y órdenes secas para que no opusiera

resistencia. El señor Oakles, pese a su edad y fragilidad trataba de mediar, a duras penas, defendiendo a su patrón. Lynelle se interpuso entre ellos como pudo, enfadada por la facilidad con la que la empujaban haciéndola a un lado, enojada ante el abuso manifiesto de la autoridad, furiosa por no saber qué estaba pasando y no recibir explicación alguna. Su padre seguía forcejeando con rabia, incredulidad y absoluta impotencia.

—¡Padre! ¿Qué ocurre? —le preguntó angustiada pataleando agresiva mientras uno de los policías la sujetaba por la cintura para alejarla de sus compañeros.

Vio cómo, con gran esfuerzo, conseguían apresar a su padre con unas esposas metálicas, mientras seguían dando órdenes inteligibles.

—No lo sé, Lynelle —le respondió, entre jadeos de impotencia, enfadado y preocupado, mientras con fuertes empujones lo sacaban de la casa—. ¡Landler, cuida de mi hija! Confía en él. Se encargará de ti hasta que todo se resuelva.

Lynelle asintió angustiada siguiéndoles hasta la puerta. No entendía qué había ocurrido. No sabía ni qué pensar. Miró al anciano mayordomo que, como ella, se sentía impotente y totalmente confundido.

La cocinera, la señora Amos, se unió a ellos extrañada de verlos frente a la puerta abierta totalmente desolados.

—Me pareció escuchar voces —les comentó con evidente preocupación—. ¿Dónde está Lord Bowman?

—Se lo han llevado —murmuró Lynelle aturdida mirando a la anciana mujer de amables ojos azules—. No sé por qué... Se lo han llevado...

—Ay, niña... —gimió angustiada la señora Amos cubriéndose la boca con las manos—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó una voz masculina a sus espaldas.

Los tres se giraron sorprendidos.

Un hombre un poco más joven que su padre, esbelto y de aspecto impecable, salía de la biblioteca con el ceño fruncido. Su cabello oscuro y muy peinado estaba salpicado de canas.

El señor Oakles cerró la puerta a sus espaldas. Ni él ni la señora Amos se movieron de allí, preocupados.

—Señor Landler... No sabemos nada —aseguró Lynelle nerviosa, dirigiéndose hacia él, apurada.

En un gesto reflejo él dio un paso atrás, aturdido. La joven se detuvo extrañada y señaló hacia la puerta, visiblemente angustiada.

—La policía se ha llevado a mi padre sin darnos ningún tipo de explicación —le resumió Lynelle.

El hombre de ojos oscuros y fino bigote asintió confundido. No esperaba ese desafortunado contratiempo.

—Venía a hablar con él...

Lynelle asintió, esperando que propusiera una solución. La tensión se palpaba en el aire. La impotencia, también. Al no recibir más que una mirada incrédula por su parte, miró impaciente a sus sirvientes, y fue hacia ellos.

—Vamos a comisaría. Alguien tiene que aclararnos lo ocurrido.

La señora Amos, con la preocupación plasmada en sus azules ojos, la detuvo apoyando respetuosa una de las manos en su brazo.

—No se puede llamar la atención, señorita —le dijo casi en un susurro—. La temporada

está a punto de comenzar. Su padre siempre ha sido un hombre respetable. Sus negocios están en juego. Hay que manejar esto con total discreción.

Lynelle titubeó angustiada antes de buscar la opinión en el gesto del mayordomo que asintió apesadumbrado.

—Pero... No puedo quedarme quieta esperando... Hay que hacer algo...

Todos dirigieron su mirada al hombre desconocido que los observaba, visiblemente incómodo, manteniendo las distancias.

—Mi padre dijo que podía confiar en usted —le aseguró Lynelle buscando su opinión.

Roger Landler les mantuvo la mirada, incrédulo. ¿En él? Si apenas se conocían... ¿De verdad esperaban que solucionara ese embrollo? ¿Por qué iba a hacer algo así? Aunque... quizá pudiera sacar algún beneficio de lo que fuera que hubiera ocurrido, se dijo dispuesto a aprovechar esa inesperada oportunidad. Se acercó a ellos con firme determinación y un brillo malicioso en la mirada. Ya se le ocurriría algo.

—Sí... Hay que ser discretos... Han detenido al barón y no tiene por qué correr la voz... Creo que lo mejor será cerrar la casa... Así nadie se extrañará de su ausencia. No sabemos si la policía volverá para pedir explicaciones, o incluso si pueden utilizar la casa como aval financiero y perderla —improvisó alarmándolos todavía más.

—¿Como que pueden volver aquí? ¿Qué es eso de perder la casa? ¿Por qué? —le preguntó Lynelle alterada.

—No sabemos nada, muchacha —le recordó Roger acercándose a ella con gesto protector—. Hagamos las cosas bien. Usted puede venirse a mi casa... Ustedes, ¿tienen otra residencia?

Lynelle le miraba intranquila. El mayordomo y la cocinera asintieron no muy convencidos.

—Pero la señorita Lynelle... —comenzó a decir la señora Amos con el ceño fruncido.

—No se preocupen por ella —les pidió Roger con renovada confianza—. Yo me encargaré de que no le suceda nada. Les doy mi palabra. Hay que actuar rápido. No sabemos qué más puede ocurrir —miró a la joven—. Prepare su equipaje inmediatamente. Saldremos de aquí sin que nadie nos vea. Tengo mi carruaje en la puerta.

—Lord Bowman no ha hecho nada de lo que avergonzarse —le replicó el mayordomo, serio.

Roger se sonrojó, incómodo.

—No pretendía insinuarlo —le respondió, educado—. Pero como bien ha dicho usted— miró a la cocinera—, hay que ser discretos. El barón solucionará esto en unos días y todo habrá sido solo un mal sueño. Pueden dejarnos una dirección donde encontrarlos y avisarles cuando todo vuelva a la normalidad.

Lynelle asintió. No estaba convencida de lo que iban a hacer, pero si su padre le había dicho que podía confiar en ese hombre, no tenía nada más que pensar. No podía hacer otra cosa y la angustia y la impotencia se había apoderado de ella. Subió con rapidez a su habitación seguida de la señora Amos y el anciano mayordomo.

—Nosotros hablaremos con el resto del servicio —le comentó el señor Oakles—. Diremos que un imprevisto ha hecho que tengan que volver al campo y que se les da unos días de descanso.

Lynelle asintió preocupada mientras empezaba a sacar ropa de su armario. Había sido una suerte que los otros tres empleados de la casa tuvieran la tarde libre. Cuantas menos personas

supieran del incidente, menos probabilidad había de que se extendiera algún rumor malintencionado que pusiera en entredicho la honestidad de su padre o de sus negocios.

Roger, junto a la puerta de la entrada, miró a su alrededor estupefacto. No esperaba nada de lo ocurrido, pero aprovecharía la oportunidad que las circunstancias habían propiciado. Quizá pudiera demostrar a la alta sociedad londinense que era un hombre de confianza después de todo... O el barón tuviese en cuenta la responsabilidad que había asumido con respecto a su hija y le cediera una parte de su fortuna. ¿Por qué no?

Tratando de ocultar una taimada sonrisa, esperó a que la joven bajase con sus pertenencias para llevarla a su casa.



En menos de una hora y arropados por la oscuridad de la noche, llegaron frente a la elegante mansión de tres plantas en la que vivía Roger Landler, cerca de Eaton Square.

Lynelle había guardado silencio durante todo el camino. Su preocupación y angustia era evidente. No dejaba de recordar lo ocurrido mientras rezaba para que todo fuera una absurda confusión y liberaran a su padre de manera inmediata. Roger no había tenido palabras de consuelo. Más bien parecía que evitaba su mirada y cualquier intento de conversación.

Él bajó del carruaje y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Lynelle aceptó la ayuda. Le sorprendió el suave tacto de las manos de aquel hombre, nada que ver con las manos grandes y ásperas de su padre.

—No debe preocuparse por nada, muchacha —le aseguró cuando la tuvo frente a él—. Haré todo lo posible para solucionar este malentendido.

Lynelle asintió esforzándose por sonreír con amabilidad. Las dudas y la inseguridad parecían haberse adueñado de ella.

—Muchas gracias por ayudarme. No sé qué habría hecho si usted no hubiera estado en casa, lord Landler.

Roger asintió comprensivo. Se atribuía el mérito y su don de la oportunidad para estar en el lugar apropiado en el momento adecuado. Aún no sabía qué beneficio podría sacar de esa experiencia, pero no tenía dudas de que alguno hallaría.

—Puede llamarme Roger —le respondió atento—. Usted es una inocente dama en apuros. No podía mirar hacia otro lado.

Lynelle bajó la mirada, disgustada. Sentía el corazón en un puño. No le gustaba reconocerse tan indefensa y vulnerable, pese a que sabía que lo estaba. Con razón su padre insistía en que debía encontrar un esposo. Si lo hubiera tenido él podría haberla protegido o se hubiera ocupado de todo lo que hubiera hecho falta. Ahora estaba a merced de ese hombre, que, aunque su padre le había dicho que era de confianza, no dejaba de ser un total desconocido para ella.

—Mi nombre es Lynelle —le comentó incómoda mientras caminaban hacia la puerta de la mansión.

—Muy bien, Lynelle —asintió con un leve gesto de cabeza—. Entremos dentro. Necesitará descansar.

Lynelle, sorprendida, lo miró de reojo. ¿Descansar? Lo que necesitaba era averiguar qué era lo que le había sucedido a su padre y qué hacer para remediarlo. Aunque, de todas maneras, si aceptaba estar bajo su protección sería una desagradecida si no confiara en él y le dejara llevar la iniciativa. Apretó los labios con fuerza para no decir lo que pensaba.

Una mujer de avanzada edad, con el cabello blanco recogido en un sencillo y tirante moño en la nuca, vestida de gris oscuro, los recibió con un aparente gesto de desaprobación en su rostro en cuanto abrió la puerta. Era evidente que no esperaba que su patrón apareciera acompañado a esas horas.

—Esta joven es Lady Lynelle Bowman —le presentó Roger mientras un joven desgarbado y pecoso aparecía tras ella—. Estos son el ama de llaves, la señora Smith, y su hijo, Mortimer. Encárguese del equipaje de la señorita, muchacho.

El joven salió dispuesto hacia el carruaje mientras la mujer con el ceño fruncido se hacía a un lado para que entraran.

—¿La joven viene sola? —preguntó seria.

Lynelle la miró, visiblemente incómoda. Roger asintió despreocupado cerrando la puerta tras él.

— La reputación de lady Bowman se verá dañada si pasa la noche bajo su mismo techo sin haber contraído matrimonio —les avisó la señora Smith mirando a Lynelle sin un mínimo gesto de simpatía.

Lynelle se sonrojó. No había tenido en cuenta ese detalle. No se le había ocurrido pensar en nada que no fuera la situación de su padre desde que habían salido del que había sido su hogar. Miró a Roger, preocupada. Esa noche no podía digerir más problemas.

Él asintió confuso. Tenía razón en lo que el ama de llaves le estaba diciendo. ¿Cómo no se le había ocurrido a él? Menuda noche... Nada había sucedido según sus planes, pero las cosas parecían que estuvieran saliendo mejor de lo que él había ideado antes de presentarse en casa del barón Bowman.

Roger disimuló un gesto victorioso. No era tan descabellado un matrimonio con una mujer mucho más joven que él. Sin embargo, debía ir con cuidado al respecto, porque no sabía qué había llevado al barón a la cárcel y no quería verse perjudicado por ello.

—Tiene razón, señora Smith —se situó frente a Lynelle, reprimiendo con gran esfuerzo una sonrisa—. Lad... Lynelle, no quiero que se preocupe por nada. Vamos a pasar por un mero trámite para evitar que tenga más problemas.

Lynelle lo miró confundida. «Más problemas», era lo único que había escuchado de lo que le había dicho. Asintió con un suspiro. La rabia y la tensión que la había mantenido de pie la última hora estaba dando paso a la desolación más absoluta.

—Mortimer, ve a buscar al clérigo —ordenó Roger al joven desgarbado que entraba con el equipaje de la joven—. Habrá que pedir una licencia especial, pero, de momento, solucionaremos esta situación.

Lynelle lo escuchaba en silencio. «¿Una licencia especial? ¿Para qué? ¿Acaso pensaba contraer matrimonio con ella? No quería casarse», pensó contrariada. «Y menos con él. Era un poco más joven que su padre, y, aunque le había asegurado que era de confianza, no terminaba de sentirse cómoda a su lado. Quizá era solo una impresión fruto de los nervios que se habían anudado a su estómago. Quizá era porque no lo conocía o se habían conocido en unas

circunstancias muy poco favorables. Quizá era porque le parecía que ocultaba algo tras sus miradas furtivas o sonrisas nerviosas. Eso no podía estar sucediendo», ahogó un gemido angustiado.

Roger pareció adivinar sus pensamientos y, por segundos, sintió temblar sus improvisados planes.

—No debe preocuparse por nada, Lynelle —le aseguró manteniéndole la mirada—. Afortunadamente, la señora Smith pensó algo que yo no tuve en cuenta con mi intención de ayudarla. No es respetable que una joven dama en edad casadera conviva con un hombre viudo sin que les una ningún parentesco. Firmaremos los documentos necesarios para evitar habladurías y en cuanto todo se solucione iremos a un abogado para anular este matrimonio. Yo mismo me encargaré de ello.

Lynelle asintió no muy convencida. Parecía que no hubiera otra solución. No sabía qué podía hacer al respecto. En ese momento sentía demasiada presión como para pensar con lógica. Solo quería saber cómo estaba su padre, qué le iba a ocurrir.

—Ha sufrido una experiencia muy dura —la consoló condescendiente—. Aguante solo un poco más y podrá subir a su dormitorio. Señora Smith, prepárelo mientras tanto. Estará más cómoda en el final del pasillo. Es el más espacioso. Quizá haya que contratar a una asistente personal...

—No es necesario contratar a nadie, por favor —le interrumpió Lynelle—. No quiero molestar, y, solo serán unos días... quizá...

La severa mujer la miró ceñuda, pero visiblemente satisfecha, antes de ignorarla. Se alejó en silencio dispuesta a obedecer las órdenes de su señor.

Antes de acabar la noche, Lynelle, con un tremendo dolor de cabeza, había contraído matrimonio.



Tres días más tarde, Lynelle se sentía como un león enjaulado. Sabía que Roger, al que le costaba ver como su esposo, había mantenido varias conversaciones con diferentes abogados para solucionar la situación en la que se encontraba su padre, pero no parecía recibir respuesta satisfactoria alguna.

Estaba cansada de esperar y de no hacer nada. Pese a que había llevado sus labores y bordados para distraerse, no conseguía concentrarse en ellos. Los días se le habían hecho eternos y su ansiedad parecía aumentar por momentos.

Además, el ceño fruncido de Roger era visible después de cada reunión privada, pese a que él trataba de disimularlo en su presencia para no preocuparla.

La convivencia entre ambos era cómoda. Él permanecía la mayor parte del día en la biblioteca y por las noches salía de la casa sin comentarle nada. Únicamente coincidían en las horas de las comidas, y él siempre se mostraba amable y respetuoso pese a que, en ocasiones, no podía disimular la preocupación en su rostro.

Ella apenas abandonaba su dormitorio. Le daba la impresión de que la señora Smith la vigilaba cada vez que aparecía por el salón o por el comedor, así que había optado por convertirlo casi, en su guarida particular.

En general, se sentía cuidada y protegida, pero no solo estaba deseando saber qué había causado que su padre fuera detenido, sino que también quería verlo. Probablemente, estaría preocupado por ella, además de por su situación, y quería tranquilizarlo y preguntarle si podía ayudar de alguna manera.

Roger le pedía calma y tranquilidad cada vez que hablaba sobre la posibilidad de verlo, pero la paciencia no era una de sus virtudes, y su desazón crecía por momentos.

Esa mañana se levantó decidida a visitarlo en la comisaría. Sabía que no era lugar para una dama. Intuía que probablemente no conseguiría nada, pero era incapaz de seguir esperando una explicación mientras aguardaba sentada a que pasaran los días.

Se vistió con ropas discretas y sin entrar en detalles con la señora Smith, que casi se había convertido en su sombra, se excusó diciendo que tenía que comprar diferentes hilos para sus bordados.

Decidió ir paseando. La temperatura era agradable y la posibilidad de caminar liberaba la tensión acumulada durante tanto tiempo. Hacía unos días había conversado con su padre sobre la necesidad de contraer matrimonio y de repente, se encontraba casada y lejos de él. «Qué vueltas daba la vida», pensó abrumada.

Los nervios aumentaban conforme se acercaba a la comisaría donde intuía que habrían llevado a su padre. Las calles estaban atestadas de gente e ir casi esquivándolas, tampoco le estaba haciendo el paseo más relajado. Cuando llegó frente al imponente edificio, su corazón amenazaba con salirse del pecho. Insegura, y ansiosa, entró dispuesta a pedir explicaciones.

Un par de horas más tarde, Lynelle salía de la comisaría visiblemente irritada y aún más nerviosa. La frustración y la rabia contenida se acababan de convertir en una impotencia que se estaba apoderando de ella a cada paso que daba.

Habían tardado muchísimo en atenderla, no había podido hablar con su padre y nadie le había querido explicar por qué lo habían encerrado. Le habían repetido varias veces que ese no era un lugar apropiado para una dama, pero ella no estaba dispuesta a rendirse y había insistido con más vehemencia, sin conseguir absolutamente nada.

Solo cuando los agentes amenazaron con informar a su marido de su, según ellos, deplorable comportamiento, había cambiado de actitud. No quería dar más problemas a Roger, de los que suponía que ya tenía o de los que ella le había causado al casi imponer su presencia en su casa.

Nada más girar la esquina, tuvo que parar, entre la multitud de viandantes, para coger aire y tratar de serenarse.

No pretendía involucrar a Roger más de lo que ya estaba. Bastante la había ayudado recogiéndola en su casa y velando por su honradez, algo en lo que ella no había pensado. Además, él conocía sus deseos de hablar con su padre y si no había podido conseguir una visita, dudaba de que insistirle al respecto cambiara las cosas.

Sin embargo, no veía otra manera de llegar hasta él. Detestaba tener que depender de alguien. Aborrecía la impotencia y la imposibilidad de hacer algo sola, por el hecho de ser mujer. Estaba decidida a hablar con su padre cuanto antes, y haría lo que hiciera falta. Si para ello tenía que molestar a Roger nuevamente, lo haría.

Miró a su alrededor confundida tratando de regular su respiración. Le costaba fijar la

mirada en algo. Sentía que le faltaba el aire. Se llevó una mano al pecho, angustiada.

Jefferson Landler caminaba pensativo. La desaparición del que iba a ser su futuro socio en su nuevo negocio le había pillado por sorpresa. No se había presentado a su cita y cuando había ido a buscarlo al despacho de su compañía naviera nadie sabía nada de él.

Antes de cruzar se fijó en la bonita joven que estaba parada en la acera de enfrente. La vio mirar de un lado a otro asustada, aturdida, indefensa. Cuando vio que se llevaba la mano al pecho, como si le doliera, o como si no pudiera respirar, fue hacia ella.

Nunca había sido especialmente protector con las mujeres. Alternar con ellas, era simplemente un entretenimiento y en la medida de lo posible trataba de mantenerse alejado para evitar cualquier vínculo emocional. Pero, aun así, se presentó frente a ella ligeramente preocupado.

Se fijó en su rostro alargado, sus verdes ojos enmarcados en largas pestañas negras, su nariz pequeña y sus labios carnosos. Le pareció preciosa, pero lo que más le llamó la atención era esa aura de inocencia y de dulzura que hacía tiempo que no encontraba en una joven.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Lynelle escuchó una voz a su lado a la que apenas prestó atención. Sentía que las rodillas le temblaban y su angustia crecía por momentos. «Roger. Era su única solución. Esa noche hablaría con él sin falta. Necesitaba que la acompañara». No saber qué había sido de su padre o por qué le habían encerrado, la estaba destrozando.

—¿Está bien? —insistió la voz a su lado.

Ella se giró para responderle, confundida. Sus miradas se cruzaron, sinceras, honestas. Lynelle sintió como si hubiera recibido un impacto en el centro de su pecho. Se sonrojó sin poder evitarlo. Un hombre apuesto, alto, de cabello oscuro y profundos ojos azules la miraba preocupado. Pese a su corpulencia y anchos hombros, el elegante traje que llevaba le daba un aspecto impecable. «¿Qué le había preguntado? ¿Qué si estaba bien?»

—Sí... —respondió casi con un hilo de voz.

—No lo parece —la contrarió con una media sonrisa, atractiva—. ¿Quiere que la acompañe a algún sitio? ¿Que busque a alguien?

Tenía la impresión de que la bonita joven estaba desorientada y bastante triste.

Lynelle se irguió seria mientras negaba con la cabeza. Solo quería volver a casa y esconderse en su dormitorio hasta que pudiese hablar con Roger esa noche.

—No es necesario, gracias.

Se alejó de él con paso rápido. En esos momentos lo único en lo que podía pensar era en su padre. Aun así, luchó contra las ganas de girarse y volver a mirar al apuesto desconocido. Quizá si se hubieran encontrado en otra situación o en otro momento, podría haberse interesado por él y evitarse las fiestas sociales a las que su padre quería que fuera. Negó con la cabeza. Ya estaba casada, y encontrar marido, evidentemente, no estaba dentro de sus prioridades en ese momento.

Jeff la vio alejarse entre la multitud y sonrió. No recordaba haberla visto antes, pero esperaba volver a coincidir con ella. Se recriminó no haberle preguntado el nombre. Hubiera sido más sencillo volver a verla. Con energía renovada y una nueva ilusión dirigió sus pasos hacia el domicilio de su nuevo socio, seguro de encontrarlo allí.



A mitad de tarde, Jeff miraba serio a su padre en la biblioteca de su mansión. Era allí donde lo había encontrado al volver a casa. Por unos momentos olvidó que no había podido hablar con su socio y se centró en su progenitor, que lo miraba con un desconcertante aire de superioridad. Supuso que se debía a que eran ciertos los rumores que había oído y le costaba creerse, acerca de un supuesto matrimonio con la hija de un barón.

—Padre, por lo que he oído, tu insistencia para relacionarte con la aristocracia ha tenido resultados. Pero te recuerdo que casarte con mi madre te hizo ascender de posición en la clase social y, después, no supiste mantenerla. ¿Qué te hace pensar que esta vez será diferente?

Roger miró a su hijo con los ojos entrecerrados. Detestaba esa arrogancia con la que siempre se dirigía a él.

—Tu abuelo era un vizconde. Debería haberse centrado en mantener sus relaciones con la aristocracia y no dedicarse tanto al comercio marítimo y despreciar su título.

—No lo despreció. Simplemente no hizo uso de él, y si no hubiera sido por ese comercio marítimo del que reniegas, no contarías con esta casa ni con la fortuna que consiguió con su esfuerzo.

—¿Qué fortuna? Es solo apariencia. Primero tu abuelo, y ahora tú me habéis convertido en un ser dependiente de vuestra generosidad, cada vez más escasa, por cierto —le acusó con desdén.

—Tú solo te has convertido en eso, padre, al no trabajar como nosotros.

—Soy descendiente de marqueses...

—Venidos a menos —le interrumpió Jeff con frialdad.

—Eso da igual —le respondió orgulloso—. Soy descendiente de marqueses...

Jeff sonrió con cinismo.

—A mi abuelo nunca le engañaste con tu facilidad de palabra. No como a mi madre...

—Tu madre era solo una mujer, y como todas, débil e influenciable —le respondió con arrogancia.

—No te tolero que hables así de ella —le respondió dando un paso hacia él, agresivo—. Inexplicablemente se enamoró de ti, maldito desagradecido.

—Soy tu padre —le replicó—. Trátame con respeto.

—El respeto se gana... padre.

—No solo trabajando... hijo —le sonrió con picardía.

—Ah, sí... ¿Vas a hablarme de tu esposa? ¿Quién es la desafortunada?

—Alguien que me necesitaba —le explicó satisfecho—. Y que, a cambio, me dará un título.

Jeff le mantuvo la mirada, serio.

—¿Qué mentiras le has contado? ¿Que tenías dinero? Porque no es eso lo que me han contado. Creo que los acreedores se turnan para llamar a tu puerta.

—Mi puerta también es la tuya.

Jeff negó con la cabeza.

—Hace mucho tiempo que apenas compartimos este techo.

—Deberías darme dinero. Tú no necesitas tanto como ganas.

—Es mío.

—Me obligas a hacer ciertas cosas.

—¿Qué yo te obligo? ¿A qué? ¿A contraer deudas de juego? Siempre te he ofrecido trabajo en mis empresas.

—Un descendiente del marqués de Ardington no debería trabajar.

—Sí, cuando ha despilfarrado toda su herencia y se ha quedado sin nada.

—El dinero se acaba.

—No, si lo inviertes. No, si lo trabajas —insistió Jeff, impaciente—. Mi abuelo estuvo toda su vida, dispuesto a enseñarte a hacerlo.

—Ya lo aprendiste tú por mí.

—No te debo nada, padre.

—Las empresas de tu abuelo, si las vendieras... son muy lucrativas. Puedes prescindir de ellas. Sé que estás ganando mucho dinero desde que participas en empresas ferroviarias.

Jeff se encogió de hombros, indiferente. No iba a hablar de negocios con su padre. Saber que estaba tan bien informado de sus actividades le hacía incluso sospechar de sus intenciones. Sabía que nunca iría contra él porque era su único sustento, pero no le convenía que supiera nada más que aquello de lo que se informaba libremente.

—Si lo hiciera, nunca te daría nada. Te dejo vivir en esta casa y aún no sé por qué lo hago.

—Soy tu padre.

Jeff le mantuvo la mirada con frialdad. En el fondo le daba pena, y sí, era su padre. No le importaba el escándalo social que pudiera desatarse si algún día lo echara de casa, pero no le convenía para sus empresas. Él vivía al margen de la aristocracia. Prefería dedicarse a los negocios antes que codearse con la alta sociedad en esas frívolas fiestas a las que su padre estaba deseando asistir. No pasaba mucho tiempo en Londres. Unas semanas al año, como mucho, aunque su decisión para establecerse definitivamente allí era firme.

Ya se había cansado de viajar con tanta frecuencia y podía gestionar la empresa desde sus oficinas en la ciudad.

Dio un trago al *whisky* de malta que se había servido antes de empezar la conversación con su padre. Su seco sabor se deslizó por su garganta. El color ocre le recordó a los reflejos del cabello de la joven que había conocido esa mañana. Esperaba volver a coincidir con ella, en algún momento en el que estuviera más dispuesta a hablar.

Quizá para verla de nuevo tuviera que asistir a alguna fiesta o frecuentar los lugares en los que se podían encontrar a jóvenes como ella. Una vez que la encontrara ya no sería necesario volver allí. La cortejaría mientras seguía centrado en su trabajo y, miró a su padre, quizá comprara una casa nueva para el matrimonio. Le parecía la opción más sensata y facilitaría mantenerse alejado de él.

Afincarse definitivamente en la ciudad no incluía la obligación de un matrimonio o la creación de un hogar, pero después de ver el brillo de los ojos verdes de la desconocida o la suavidad de sus gestos, era algo que podía plantearse o a lo que dejar la puerta abierta.

Aunque antes tendría que dejarle claro que no estaba dispuesto a participar de la vida disoluta, frívola o festiva de la clase alta londinense, y esperaba que ella opinara lo mismo al

respecto.

Aparcando sus sueños a un lado, volvió a mirar a su padre.

—¿Y bien? ¿Cuándo me vas a presentar a tu esposa?

Su padre lo miró desconfiado. ¿Quién se lo había contado?

—Supongo que estarás presente a la hora de la cena, ¿no?

—Por nada del mundo me perdería ese momento —le aseguró Jeff, divertido—. ¿Cómo la convenciste? ¿Le hiciste creer que eras un hombre adinerado?

Su padre le miró con una sonrisa cínica. De ninguna manera le iba a contar la verdad. Lynelle era demasiado bella e inocente, y su hijo demasiado íntegro. Si se enteraba de lo que había ocurrido, le ofrecería su ayuda sin obtener ningún beneficio a cambio, algo que él no estaba dispuesto a consentir.

—No hizo falta decirle nada —se limitó a contestarle con cierta superioridad—. Simple y literalmente, vino a mis brazos.

Jeff lo miró desconfiado. Si no había habido engaño por parte de su padre, había sido ella la que lo creería dueño de una fortuna que realmente no existía. Sería un justo castigo para esa mujer cuando despertara a la realidad, pensó.

—Entonces, no dudo de que estáis hechos el uno para el otro.

Roger asintió conforme. Eso mismo pensaba él. Le daría protección y su apellido a cambio de dinero. Era lo justo. Y, con el paso del tiempo, ya se vería cómo se desarrollaban las circunstancias.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? —le preguntó incómodo.

—Esta es mi casa. Deberías saber que vivo en ella.

—No cuando pasas tanto tiempo fuera por tus negocios.

—Eso va a cambiar a partir de ahora —le explicó para que fuera haciéndose a la idea—. He decidido afincarme aquí. Creí que te lo había dicho.

Roger le mantuvo la mirada. Esperaba no tener problemas con él. Confiaba en que estuviera lo suficientemente entretenido como para no inmiscuirse en sus asuntos.

La señora Smith llamó con firmeza a la puerta para indicarles que la cena estaba a punto de servirse.

—¿Mi esposa ha bajado ya? —preguntó Roger antes de mirar a su hijo—. Esta mañana no se encontraba bien y no ha bajado a comer.

Jeff lo miró preocupado. Si como suponía, el matrimonio se había celebrado por algún tipo de interés, la falta de deseo por verse o por saber uno del otro era algo que daba por sentado.

—Lady Lynelle ya está en el comedor —les informó la señora Smith.

Roger asintió satisfecho e invitó a Jeff a salir de la biblioteca, para seguir sus pasos hacia el comedor. Iba a presentarle a su hijo la solución a todos sus problemas económicos. La joven le estaba agradecida por haberle ayudado en un momento tan duro y traumático, así que era solo cuestión de tiempo que ella le transfiriera parte de su dinero ya que legalmente parecía que fuera imposible conseguirlo de otra manera, pensó molesto.

Su padre le había otorgado todos sus poderes en caso de ausencia y, afortunadamente para él, ella no parecía ser consciente de lo que eso significaba.

Si la joven descubriera algún día que el matrimonio no había sido necesario y que nunca había estado en riesgo de quedarse abandonada en la calle, tendría que inventarse alguna excusa que justificara la decisión de llevarla a su casa.

Hasta entonces tenía que conseguir que ella le firmara algún documento que le permitiera

obtener parte de su dinero para empezar a saldar sus deudas, antes de que se corriera la voz, entre la clase alta con la que quería confraternizar, sobre su pésima situación financiera.

Lynelle esperaba angustiada junto a la ventana a que su esposo le presentara a su hijo. Llevaba reunido con él en la biblioteca desde hacía casi una hora. Esperaba que no le hubiera hablado de los problemas de su padre y pensara que estaba aprovechándose de su hospitalidad y generosidad. Ella se sentía en deuda con él y estaba dispuesta a devolverle el favor de alguna manera, pero hasta que encontrara cómo hacerlo, confiaba en que hiciera gala de la discreción que moralmente esperaba.

Jeff entró el primero en el salón para ver a la esposa de su padre de espaldas a ellos.

—Querida, ven, quiero presentarte a mi hijo, Jefferson —exclamó orgulloso Roger acercándose a ella.

Lynelle se giró con una tímida sonrisa, dispuesta a desempeñar el papel de la perfecta esposa cuando su mirada se encontró con la del apuesto hombre que había conocido por la mañana.

El rubor tiñó sus mejillas sin que ella pudiera evitarlo. Por segundos, sintió que la respiración se le cortaba y fingió una sonrisa que no sentía.

Jeff la miró sin dar crédito a lo que veía. Apretó los labios con fuerza, fruto de la rabia que estaba empezando a sentir. No podía ser cierto, pero ¿por qué no? se preguntó furioso por su debilidad.

No era más que una mujer guapa buscando dinero. Su propia frustración le hizo sonreír al pensar en la decepción que sentiría la joven cuando descubriera que su padre no tenía el dinero que ella buscaba.

La repulsiva imagen de ella desnuda entre los brazos de su padre le hizo retirar inmediatamente su mirada de ella y dirigirla a la mesa.

—Supongo que deberíamos sentarnos.

—Jeff, saluda a Lynelle —insistió Roger dando un paso más hacia la mujer que parecía no saber cómo reaccionar.

Jeff se giró para verlos juntos. Roger apoyaba una de sus manos en la espalda de la joven. Pensó que si quería dinero era con él con quien debía haberse casado, no con su padre, y probablemente, igual que su progenitor, hubiera caído en su trampa.

—Un... placer... conocerla, lady Landler —no se movió de donde estaba.

Lynelle asintió con una fingida sonrisa. O él no recordaba el encuentro de esa mañana o, para su alivio, no iba a mencionarlo. No había pensado cómo sería el hijo de Roger, o cómo reaccionaría ante ella. Roger le había asegurado que no habría ningún problema, pese a que apenas le había hablado de él, pero por su airado comportamiento parecía lo contrario.

—Jeff acaba de venir de unos de sus viajes de negocios —le explicó mientras la acompañaba a la mesa cubierta con un elegante mantel blanco y fina cubertería.

Lynelle asintió educada.

—¿Ha estado mucho tiempo fuera? —preguntó procurando mantener una conversación cordial.

—Parece ser que el suficiente para que mi padre tome nueva esposa.

Lynelle le miró contrariada. Ese comentario parecía esconder una fea acusación.

—No te debo cuentas de lo que hago, hijo.

—Creo que sí, cuando vas a meter a tu... esposa... en mi casa.

Roger miró a su hijo serio. Lynelle lo miró sintiéndose ofendida.

—No creo que sea el momento de hablar de... —le respondió Roger con el ceño fruncido.

—No pretendo molestar —Lynelle le mantuvo la mirada seria.

Jeff la miró imperturbable.

—Por favor, señora Smith, sirva la cena —le pidió Roger a la silenciosa mujer que esperaba la orden, de pie junto a la puerta—. Seguro que llenar el estómago nos hace bien a todos.

Los tres compartieron por instantes un tenso silencio.

—¿Te encuentras mejor, querida? —le preguntó Roger a Lynelle—. Esta mañana te encontrabas indisputada.

Lynelle miró a Roger y luego a Jeff, sonrojada. Esperaba que no dijera nada, pese a esa actitud belicosa que parecían mantener ambos. Asintió incómoda. Sería de mala educación inventarse una excusa para alejarse de la incomodidad del momento, pero era lo que estaba deseando hacer. Salir corriendo.

—Sí, gracias —murmuró.

Jeff la miró intrigado. La joven le escondía una mentira a su esposo. Probablemente era señal de que ya estaba llevando a cabo el plan que había urdido para aprovecharse de su padre. Sería divertido verla caer ante su desafortunada elección matrimonial, pensó.

—Querida, creo que deberíamos asistir a la fiesta que dan esta semana los condes de Bersay —propuso Roger deseoso de volver a relacionarse con las personas a las que sentía que debía pertenecer.

—Yo no creo que... —se disculpó sin tener claro lo que decir—. Yo nunca...

En esos momentos no sentía ningunas ganas de asistir a las fiestas que había estado evitando toda su vida. No tenía nada que celebrar y mucho menos sentía la necesidad de encontrar marido que era el único aliciente que parecía encontrar para acudir.

Además, si se había corrido la voz de lo ocurrido, sería la protagonista de más de un malintencionado chisme y poner el nombre de su padre en entredicho era algo que no estaba dispuesta a hacer.

—No estoy segura de que sea el mejor momento —concluyó.

Roger la miró con una fingida compasión.

—Yo creo lo contrario —le comentó terminando la crema de verduras que la joven no había hecho más que remover—. Se pueden disipar muchos rumores si te ven aparecer con tranquilidad entre ellos.

Lynelle lo miró extrañada, mordiéndose los labios. ¿A qué se refería? ¿Ya existían rumores acerca de lo que le había ocurrido a su padre? ¿Se sabía algo que ella desconociera?

—¿Rumores?

Roger se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

—A las fiestas van las personas que no tienen nada que ocultar...

—O las que quieren presumir de algo —añadió Jeff mirando con curiosidad a la pareja con la que compartía la mesa.

Roger le miró con una actitud arrogante. Por supuesto que quería presumir de esposa. Aunque realmente no hubiera ninguna relación marital entre ellos, nadie tenía por qué saberlo.

Lynelle sentía un nudo en su estómago y se mantuvo en silencio durante el resto de la cena, contestando con monosílabos a cualquier pregunta que Roger le hacía. A veces sentía la mirada de su hijo fija en ella, y eso la incomodaba todavía más.

Después de la tensa cena, Lynelle se acercó discretamente a Roger mientras Jeff se acercaba al mueble donde guardaban los licores.

—¿Podemos hablar un momento? —le susurró.

Roger la miró con una sonrisa compasiva. Supuso que quería preguntarle por su padre, pero no tenía ninguna respuesta que darle.

—Sabes que cuando averigüe algo te lo haré saber, ¿verdad?

Lynelle asintió confiada.

—Solo quería preguntarte si hay alguna manera de que pueda ir a ver a mi padre —le explicó en voz baja—. Estoy segura de que si hablo con él me dará una explicación de lo que ha pasado.

—No te preocupes, Lynelle —le respondió él cogiéndola por las manos—. Estoy pendiente de todo. Te aseguro que cuando puedas ir a verlo te acompañaré, y cuando sepa algo te lo contaré, por supuesto... Tengo a varios abogados encargándose de que todo se resuelva a la mayor brevedad posible.

Lynelle asintió abatida.

—Me siento tan mal por no poder hacer nada...

—No te preocupes, querida —le susurró Roger—. Se está haciendo todo lo que se puede... Mañana debería ir al banco... tengo que pagar a algunos de estos abogados... ¿Necesitas tú algo?

Lynelle negó con la cabeza, sonrojándose inmediatamente. No iba a permitir que él corriera con los gastos de esos abogados. Bastante la estaba ayudando ya, y no había caído en la cuenta de que querrían cobrar sus honorarios.

—Pero si son abogados de mi padre, lo justo es que lo pague yo —le dijo con la firmeza que él esperaba—. Si me permites acompañarte, supongo que podría hablar con el señor Moore y me dará acceso a las cuentas de mi padre.

Roger asintió complacido.

—Si insistes... Te vendrá bien salir a dar una vuelta, aunque creo que la señora Smith me ha comentado que habías salido esta mañana... pese a tu malestar.

Lynelle se sonrojó ligeramente. Por más cuidado que había puesto no había conseguido escapar de la vigilancia a la que la señora Smith parecía que la tenía sometida. ¿Qué había habido de malo en una discreta salida? Él era el señor de la casa, pero ella no era ninguna presa allí y suponía que podía salir sin tener que pedir permiso antes.

—Sí... solo ha sido un momento. Quería tomar un poco el aire —le explicó fingiendo indiferencia—. Ya sabes lo preocupada que estoy... Supongo que habré cogido frío y por eso a la hora de comer no me encontraba bien...

—Lo comprendo, Lynelle —le respondió paciente—. Si quieres que te acompañe solo tienes que avisarme, o puedo pedir a alguien que lo haga por mí. No es normal ver a una joven deambulando sola por las calles. Podrías dar lugar a habladurías.

Lynelle lo miró ligeramente irritada. No estaba deambulando, solo estaba paseando, y no había nada de malo en ello, se dijo. Aun así, optó por no responder. Roger la estaba ayudando mucho y aunque ella no era muy conocedora de las etiquetas de la alta sociedad, debía amoldarse a ellas.

Asintió sumisa y le sonrió bajando la vista. Sintió la mirada de Jeff sobre ella. Los estaba observando en silencio desde la ventana. Supuso que no había podido escuchar su conversación. No estaba avergonzada por lo que le había sucedido a su padre. Sin duda se debía a algún

malentendido, pero no era necesario que nadie más se enterara de que lo habían detenido. La rabia y la impotencia la estaban consumiendo por dentro.

Jeff dio un trago a su vaso de *whisky*. Ni siquiera así le era fácil de digerir que la bella mujer que se había adueñado de sus pensamientos desde que la había visto, se hubiera casado con su padre buscando un absurdo beneficio económico.

No se comportaba como esperaba que lo hiciera la mujer interesada y ambiciosa que parecía ser. No había escuchado palabras edulcoradas entre ellos, ni había habido sensuales roces intencionados, ni miradas cargadas de deseo o pasión. Hubiera preferido que hubiera sido todo público y evidente. Sería más fácil disfrutar del momento en el que la joven codiciosa descubriera que su padre no era la clase de hombre que ella esperaba.

Le costaba dejar de mirarla y más cuando sus emociones se mostraban tan transparentes en su rostro. La tristeza, la rabia, la impaciencia o la inseguridad parecían turnarse para aparecer por momentos. Si su padre no le hubiera confesado la verdad, pensaría que la joven estaba pasando por algún tipo de apuro y esperaba la ayuda desinteresada de su padre, algo que, conociéndole, nunca ocurriría.

La vio salir del salón mientras su padre lo miraba con ironía.

—¿Estás mirando a mi esposa?

Jeff le dedicó una media sonrisa.

—¿Qué harás cuando ella descubra que no eres el hombre rico que busca?

Roger lo miró confundido, algo que no pasó desapercibido a Jeff. Se encogió de hombros disimulando cierta inseguridad.

—Cuando llegue a ese puente, lo cruzaré.

—¿Y mientras tanto?

Roger sonrió satisfecho. Mientras tanto habría vuelto a conseguir contactos entre la alta sociedad londinense, que era lo que le interesaba, pensó.

—No te preocupes tanto por mí, hijo —le recomendó—. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—¿Por eso vas a ir al baile del conde de Bersay?

Roger asintió sirviéndose una generosa cantidad de *whisky* en su vaso.

—Puede ser un buen momento para volver a codearme con la gente de mi clase, ¿no crees?

—Dudo que te importe lo que creo, pero será un placer acompañarte.

Roger lo miró serio. Un brillo de rabia contenida se reflejó en su mirada. Intentó aplacarlo con urgencia.

—¿Vas a venir? ¿Desde cuándo te gustan a ti los bailes sociales?

—Ya te he dicho que pensaba viajar menos y asentarme aquí —le explicó divertido—. Es probable que en el baile encuentre yo también, alguna mujer... interesante.

Roger le miró desconfiado. Su hijo tenía razón. Era un buen lugar para encontrar esposa. Quizá así se mantuviera entretenido y no le importaría con su presencia como había hecho desde que había vuelto. La integridad y responsabilidad de la que siempre era ejemplo le hacían sentirse demasiado incómodo.

Podría decirse que sí, quería a su hijo, pero lo quería más cuando sus negocios lo mantenían lejos de casa y de los salones de juego que él frecuentaba.

Afortunadamente, al día siguiente iría al banco y esperaba obtener dinero suficiente para cubrir algunas deudas antes de que cualquier acreedor se presentara ante la puerta o llegara a los

oídos de su hijo el despilfarro de su dinero.



A la mañana siguiente, Lynelle se despertó muy temprano. Estaba nerviosa y preocupada. Irían al banco, ella sacaría dinero para pagar a los abogados de su padre, y con un poco de suerte lo pondrían en libertad enseguida. Siendo inocente no tardarían en demostrarlo, se animó.

Había dormido fatal. Los ojos azules de Jeff, su sonrisa atractiva, incluso el ceño fruncido que había lucido durante la mayor parte de la cena la noche anterior, se le habían aparecido casi de manera constante en sueños. Jamás hubiera esperado que el joven tan guapo y amable que había conocido por la mañana fuera el hijo de su esposo.

Se vistió y peinó con más rapidez de la que estaba acostumbrada y pese al nudo que sentía en el estómago, bajó a desayunar. Se ruborizó cuando vio a Jeff sentado a la mesa con elegante tranquilidad. No esperaba verlo o coincidir con él. Su penetrante mirada la incomodaba.

—Lynelle —se levantó al verla acercarse a la mesa—. No esperaba que se despertara tan temprano.

—Sí, tenemos que ir al banc... Tenemos cosas que hacer.

Jeff le sonrió con ironía. ¿Al banco? Eso le había parecido entender. Lynelle iba a empezar a descubrir esa misma mañana, con quién se había casado. Sonrió burlón. Estaba casi seguro de que su padre apenas tendría dinero en sus cuentas. Deseaba oír la excusa que le iba a dar a ella para justificarlo, y, sobre todo, deseaba ver la cara de ella al no conseguir sus propósitos.

La mañana anterior él había estado a punto de caer bajo su encanto. Agradecía su entereza y fuerza moral, que le había impedido hacer alguna tontería como insistir en volver a verla. Aunque también era cierto, recordó, que ella no le había dado la oportunidad de retenerla a su lado unos instantes más. Se había alejado con rapidez, probablemente convencida de que su ya elegida víctima era un partido mejor que el que él podría llegar a ser.

—Puedo acompañaros.

Lynelle lo miró incómoda mientras la señora Smith le servía unas rebanadas de pan tostado con mermelada y miel. No quería tener que dar explicaciones de ningún tipo y más cuando su mirada y su voz tenían cierto aire sarcástico que no llegaba a comprender.

—No es necesario, gracias —declinó la proposición, educada, evitando mirarle.

—Supongo que no, pero será un placer hacerlo.

—¿Estás hablando de placeres con mi esposa? —preguntó Roger serio, entrando al comedor en ese momento—. Espero que no la estés arrinconando con tu conversación.

Lynelle lo miró incómoda mientras Jeff se reía divertido.

—Sería incapaz de arrinconar a tu esposa, padre —le aseguró irónico cuando Roger se acercó a la mesa, arrogante—. Solo me estaba ofreciendo a acompañaros durante la mañana.

Roger lo miró desconfiado. No estaba dispuesto a consentir que sospechara de sus intenciones.

—¿No tienes ninguna empresa que visitar? La vida disoluta nunca ha sido lo tuyo.

—En eso tienes razón, padre —le confirmó con una sonrisa mientras terminaban el desayuno—. Esa siempre ha sido tu especialidad.

Lynelle lo miró extrañada. ¿Vida disoluta? Si fuera cierto estaba casi segura de que Roger no sería amigo de su padre. Sin duda, esa animadversión latente entre padre e hijo se debía probablemente a la ausencia de Jeff en la casa y al desconocimiento sobre sus negocios.

El rostro de Roger permanecía serio, casi enfadado.

—Si no necesitáis mi presencia —miró a Lynelle— y no queréis que os acompañe —dirigió la mirada a su padre—, mejor os dejo solos —proclamó Jeff levantándose con decisión.

Ya sabía a dónde iban, así que le bastaba con adelantarse a ellos para ser testigo de lo que esperaba que fuera un momento humillante entre el matrimonio.

No sabía por qué, pero necesitaba verlo con sus propios ojos. Quizá de esa manera se libraría de la sensación molesta que le acompañaba cuando miraba a Lynelle. Él también había estado a punto de caer bajo sus redes, y, muy a su pesar, hubiera deseado hacerlo.

—No le has dicho dónde vamos, ¿verdad? —le preguntó Roger cuando se quedaron a solas.

—No —le respondió Lynelle—. Lo cierto es que cuantas menos personas se enteren de lo que le ha ocurrido a mi padre, más sencillo será de olvidar. No me gustaría que corriera la voz de su paradero y su honestidad se pusiera en duda.

Roger asintió satisfecho. Aunque con otra finalidad, él quería exactamente lo mismo.

Se dirigieron en carruaje hasta la sede del banco de Londres, y bajaron presurosos. Apenas se habían dirigido la palabra durante el camino. Él rezaba para que todo saliera bien. Ella, para que todo se solucionara cuanto antes. Roger la cogió por el codo antes de entrar.

—No estés nerviosa, Lynelle —la tranquilizó—. Solo has de dirigirte al señor Moore y solicitarle la cantidad que hemos comentado antes. Como si no ocurriera nada. De ti depende que todo siga en secreto, y nadie sepa lo que le ha ocurrido a tu padre.

Lynelle asintió preocupada y agradecida al mismo tiempo. Esperaba no levantar las sospechas del señor Moore. Tenía que retirar una cantidad importante de dinero, algo que nunca había hecho antes. Había previsto argumentar que su padre había salido en un viaje inesperado, pero prefería no tener que dar justificaciones, sobre todo, cuando eran mentira.

En cuanto a la cantidad, siempre había oído que los abogados cobraban mucho dinero por sus servicios, así que le había parecido justa.

—Muchas gracias, Roger —le respondió aliviada—. No hubiera sabido qué hacer sin ti.

Esperaba que todo acabara pronto y pudiera volver a casa con su padre.

—Un día todo será un mal sueño, querida —le aseguró en un murmullo—. Pero hasta entonces, nadie tiene por qué sospechar nada.

Lynelle asintió antes de entrar en el banco escoltada por él. Estaba segura de que llegaría el día en el que las mujeres pudieran acudir solas a los bancos y sacar el dinero que quisieran de sus cuentas de ahorro sin tener que depender de sus padres y esposos, pero de momento, debía ser así.

Distinguió al señor Moore hablando con un hombre trajeado de edad avanzada. Se dirigió discreta hacia él, mientras Roger la esperaba junto a la entrada. El hombre delgado de cabello cano le sonrió al verla. Despidió a su cliente y fue hacia ella, afectuoso.

—Lady Bowman, que extraño verla por aquí, ¿está todo bien?

Lynelle asintió con la cabeza, ocultando los nervios y la desazón que bullía en su interior

tras una leve sonrisa.

—Venía a sacar dinero de mi cuenta —le explicó aparentando una tranquilidad que no sentía—. He venido acompañada.

El señor Moore miró confundido hacia donde la joven le señalaba. Había varios hombres esperando junto a la puerta. Entre ellos, Roger Landler que parecía lucir una sonrisa triunfal. Le extrañó el gesto, pero la invitó a pasar a su despacho. Por expreso deseo de su padre, ella no necesitaba a nadie para sacar dinero de sus cuentas.

Lynelle apenas contestó sus preguntas alegando dolor de garganta. No quería levantar sospechas de lo que había sucedido, así que respiró aliviada cuando instantes después, salió de la oficina. Llegó hasta Roger y, con un movimiento apenas perceptible, le entregó el sobre donde el señor Moore le había dado el dinero que había sacado de su cuenta.

Jeff, mezclado entre los clientes, se percató del gesto y frunció el ceño. El brillo malicioso en la mirada de su padre tampoco le pasó desapercibido. ¿Qué había sido eso? Miró hacia el señor Moore que también los veía salir del banco con gesto serio y fue hacia él.

—¿Qué tal va todo, Moore? —le preguntó con cordialidad—. ¿Conoce a la mujer que ha salido con mi padre?

El señor Moore asintió complacido.

—Una joven encantadora —le respondió atento—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Jeff miró hacia la puerta por donde habían salido.

—Supongo que no me va a decir lo que hacía aquí.

—Lo que cualquier cliente —le respondió con una sonrisa relajada—. Sabe que la discreción nos mantiene en el trabajo, lord Landler.

Él asintió comprensivo. No pondría en riesgo el puesto de trabajo de nadie por una impresión confusa sobre lo que había visto. Con una sonrisa amable, salió del banco dispuesto a fingir que no había estado allí. Quizá estaba obsesionándose demasiado con esa joven, se recriminó. Decidió visitar las empresas que tenía en el puerto por si su nuevo socio había aparecido por allí para dar alguna explicación sobre su ausencia.



Dos noches más tarde, después de la cena, Lynelle esperaba nerviosa a que uno de los abogados que Roger había contratado, saliera de la biblioteca para entrar a hablar con él. Le extrañaban las horas intempestivas a las que los abogados acudían a la casa, pero supuso que la discreción en el asunto era de vital importancia. Cuando el hombre de estatura menuda, fino bigote y ropa oscura salió de la casa con una visible sonrisa de satisfacción, entró en la biblioteca sin llamar siquiera a la puerta.

—¿Se sabe algo? —le preguntó esperanzada a Roger que estaba guardando algunos documentos en un cajón del escritorio.

Roger la miró molesto. Le parecía que siempre estaba acechando entre las sombras cuando recibía sus visitas.

—No, Lynelle, aún están investigando lo ocurrido —le explicó fingiendo la paciencia que no sentía.

Lynelle asintió nerviosa y visiblemente irritada.

—¿Y no puedo ir a visitarlo? Hace una semana que lo detuvieron y todavía no he podido hablar con él. Esto es... esto es...

—Hasta que no se sepa algo no se puede dar ningún paso. Se puede entorpecer la investigación.

—¿Pero está relacionado con sus negocios? Alguien debería saber algo... Quizá sus hombres puedan hablar con la policía...

—Lynelle, creo que eso es lo primero que han hecho —improvisó—. Ten en cuenta que al ser necesaria la discreción, la investigación va despacio.

—¿La de tus abogados o la de la policía? —preguntó molesta.

Roger la recriminó con una fría mirada que le hizo bajar la cabeza avergonzada.

—Discúlpame, por favor —le pidió arrepentida—. Sé que estás haciendo todo lo que puedes. Es mi impaciencia... Mi padre me lo señalaba a veces...

—Yo te entiendo, querida, pero te aseguro que no se puede hacer más.

Lynelle suspiró con tristeza. Se sentía desesperada.

Roger la cogió por las manos.

—No debes preocuparte. Tu padre no gana nada con tu malestar —le recordó—. La noche de la fiesta te distraerás.

¿La fiesta? La había olvidado. Lynelle lo miró a los ojos. No le apetecía ir en absoluto, pero asintió. Si debían actuar como si no pasara nada, debían acudir... aunque como ni ella ni su padre eran asiduos a ese tipo de reuniones tenía la impresión de que nadie los habría echado en falta.

Jeff entró en la biblioteca sin llamar encontrándolos cogidos de la mano. Algo parecido a los celos se disparó en su estómago. Ella tenía el mismo aire indefenso que cuando la había visto en la calle unos días antes. La misma mirada triste. Pero, esta vez, era su padre el que la estaba consolando. No le encajaba esa imagen con la que él suponía que debía tener una esposa fría y calculadora.

Lynelle se soltó con rapidez. No le había gustado ver esa mirada desconfiada y fría en sus ojos azules.

—No pretendía interrumpir nada —se disculpó Jeff, sin ningún tipo de arrepentimiento.

—Creí que te había enseñado modales —le recriminó Roger, serio.

Jeff sonrió con cinismo. Se sentía muy enfadado consigo mismo por no controlar esa obsesión que parecía tener con la mujer de su padre.

—No lo recuerdo —miró a Lynelle de arriba abajo antes de saludarla con un gesto de cabeza—. Pero si quieres estar a solas con tu esposa te recomiendo el dormitorio y no la biblioteca de una casa en la que yo también resido.

Lynelle se sonrojó violentamente. Lo miró rabiosa. No eran esa clase de matrimonio, pensó, pero claro, él no lo sabía. Ni él ni nadie, se recordó.

—Trata con más respeto a mi esposa.

Jeff miró serio a su padre y luego a Lynelle que salió de la biblioteca con la cabeza muy alta, sin dirigirle siquiera una mirada.

—¿Me quieres decir que tu esposa no es capaz de mantener un encuentro contigo en la biblioteca? —. Él era más que capaz de imaginarse cogiendo a Lynelle entre sus brazos, junto al

escritorio y besándola hasta robarle el aliento.

—¡Jeff!

—Estamos solos, padre —le respondió quitándole importancia al comentario mientras trataba de disimular la excitación que había sentido segundos antes—. ¿No recuerdas las veces que te he sorprendido con alguna de tus amigas en este mismo lugar? Recuerdo incluso una vez en el carruaje en una de esas fiestas de tus amigos, los nobles con los que pretendes volver a codearte.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no? ¿Porque esta te exigió pasar antes por el altar?

Roger le mantuvo la mirada, desconfiado. No iba a entrar en detalles.

—Dime qué quieres.

—¿No era Boris Ardelean el que acaba de salir de aquí? ¿Qué negocios te traes con ese prestamista?

—No te importa.

—Sí cuando visita mi casa.

—Tu casa —Roger resopló molesto—. ... Tenía que... saldar una pequeña deuda...

—¿Con qué dinero? —recordó la imagen de Lynelle dándole un sobre antes de salir del banco.

—¿Acaso te lo he pedido a ti? —No espero su respuesta. — ¿No? Pues no te incumbe.

—Te repito que lo que pasa bajo mi techo me importa.

—No tengo por qué darte explicaciones, hijo —le recordó.

Jeff lo miró serio.

—Si no quieres que lo saque de una patada cuando lo vea por aquí, dile que no vuelva a acercarse, padre.

—No digas tonterías —le respondió Roger, quitándole importancia—. No voy a ir yo a buscarlo a... ¿Sigues pensando en asistir a la fiesta del conde de Bersay?

—¿Dentro de dos noches? —le preguntó por confirmar la respuesta—. No me gusta en absoluto el ambiente de esas fiestas, pero si tengo en mente buscar una esposa, supongo que será el mejor lugar para encontrarla, o, por lo menos, donde elegir.

Roger asintió disimulando su incomodidad. Suponía que, a unos pocos invitados, entre los que esperaba encontrarse, se les daría la oportunidad de acceder al conocido y privado salón de juegos del anfitrión. No le quedaba más remedio que confiar en que su hijo estaría entretenido conociendo a las candidatas que podrían optar al puesto de futura esposa y no se percataría de su ausencia, pensó resignado.

Lynelle caminaba de un lado a otro de su dormitorio, visiblemente nerviosa. No poder ayudar a su padre la estaba destrozando por dentro. Era incapaz de esperar sentada mientras los abogados demostraban su inocencia. Y no quería importunar más a Roger. Parecía que le molestaba que ella preguntara por él. ¡Cómo si pudiera pensar en otra cosa!

Si como le habían explicado en la comisaría no podía entrar a verlo por ser mujer, podría intentarlo como hombre, pensó. No sería tan difícil, se animó. Solo tendría que recogerse el cabello bajo una gorra y utilizar ropas masculinas holgadas y oscuras. Una vez dentro, improvisaría lo que hiciera falta para llegar hasta donde estuviera, decidió. En la comisaría parecía haber bastante bullicio, o por lo menos eso le había parecido cuando había estado allí. Además, si no la descubrían, nadie tendría por qué enterarse.

No le gustaba especialmente la idea. Hubiera preferido que Roger la acompañara y lo

visitaran juntos. Suponía que también tendrían negocios de los que tratar si eran socios, pero no quería interferir en la investigación, ni molestar a Roger más de lo que ya lo había hecho. El hombre se había visto obligado a casarse por guardar su honor, y eso era pedir demasiado a cualquiera.

Lynelle se tumbó en la cama con esa idea esperanzadora en la mente y, por lo menos, durmió más tranquila que los últimos días.



La noche del baile, la incomodidad y la tensión reinaban en el carruaje que los llevaba a la mansión de los condes de Bersay.

Lynelle estaba nerviosa. Suponía que no conocería a nadie, y, por lo tanto, no le preguntarían por su padre, o por su reciente boda, pero, aun así, cierta ansiedad parecía que se había apoderado de ella.

Además, Roger parecía totalmente ajeno a todo lo que le rodeaba y Jeff estaba arrebatador. Su corazón había empezado a latir desbocado en cuanto lo había visto bajar las escaleras y dirigirse, con gran seguridad en sí mismo, hacia el carruaje en el que ellos esperaban. Se había obligado a mantener la mirada alejada de él. Esa atracción tan poco conveniente le hacía sentirse desagradablemente incómoda.

Jeff no podía despegar la mirada de la esposa de su padre. Estaba preciosa. El vestido realzaba sus preciosos ojos verdes y su bonito rostro. Sus labios le parecían extremadamente tentadores, y su blanca piel lo torturaba por no poder acariciarla. Por primera vez en su vida sintió envidia por su padre. La relación en público entre ambos parecía distante, pero estaba convencido que cualquier mínima caricia inflamaría de deseo a la joven. Verla como la fría y calculadora mujer que era le costaba un esfuerzo sobrehumano porque más bien, parecía todo lo contrario.

Roger sonreía distraído mirando por la ventana. Su lista de acreedores había disminuido considerablemente y por fin volvería a codearse con la alta sociedad del brazo de una mujer hermosa. No le quedaba mucho dinero de la cantidad que le había dado su esposa, pero confiaba en que esa noche tendría un buen golpe de suerte.

Entraron en una elegante mansión de tres plantas engalanada para la ocasión. Hombres elegantemente vestidos, mujeres hermosas con sus mejores galas, y música invitando a disfrutar de la velada, los rodearon nada más llegar.

Lynelle, totalmente cohibida, buscó con la mirada un lugar donde esconderse. Había sentido innumerables miradas curiosas fijas en ella en cuanto habían entrado al ornamentado salón de baile. No conocía a nadie y no sabía bailar. Ambos le parecían motivos más que suficientes para justificar su necesidad de pasar desapercibida. No quería responder a ninguna pregunta que cualquiera pudiera hacerle al respecto de su padre o de su presencia allí, sin él.

Roger, distraído, cogió una copa de la bandeja de uno de los camareros que desfilaban por el salón, lejos de la zona de baile.

—¿Me concederá un baile, madrastra? —le preguntó Jeff burlón a la joven que parecía rezar para que la tierra se la tragara.

Lynelle le miró a los ojos. Había notado la burla en su voz. Enderezó la espalda, altiva. Miró a Roger por si tenía algo que decirle a su hijo, pero él parecía buscar a alguien entre los invitados, ajeno a la conversación.

—No sé bailar —le confesó seria—, pero, gracias.

Jeff la miró divertido. Parecía que a la joven se había ruborizado e incluso molestado por la invitación.

—Solo tiene que dejarse llevar —le explicó cogiéndola del antebrazo con cierta presión para sacarla a la zona de baile.

Lynelle, temblorosa e insegura, no tuvo más remedio que dejarse llevar. Jeff rodeó su estrecha cintura con uno de sus fuertes brazos y la apretó contra sí para mayor turbación de ella. Él notó cómo se estremecía, cómo su respiración se entrecortaba, cómo se sonrojaba frente a él. Le cogió la mano y empezaron a bailar al ritmo de la música.

—Míreme a los ojos —le sugirió susurrándole al oído con voz ronca—. Es lo mejor si no quiere tropezar.

Lynelle, incómoda y acalorada, se negó a hacerlo, tropezando con sus propios pies en ese momento. Jeff la apretó más fuerte contra él, haciendo que ella le mirara alarmada. Jeff le mantuvo la mirada, sorprendido.

Si no supiera que estaba casada hubiera jurado que era una virgen inexperta, aunque claro, quizá ese era el juego que había empleado para seducir a su padre y conseguir que se casara con él.

Compartiendo la mirada, debatiéndose entre los propios deseos y la etiqueta que marcaba la sociedad, la pareja terminó la pieza musical antes de permitir que el aire pudiera circular entre ellos.

En cuanto la música dejó de sonar, Lynelle buscó a Roger con la mirada. No se imaginaba bailando con él y mucho menos sintiendo lo que había sentido con Jeff en ese momento, pero pensaba utilizarlo como excusa para huir de los brazos de su hijo.

—¿No me vas a presentar a tu amiga? —le preguntó el conde de Elmswick, uno de los amigos más íntimos de Jeff, acercándose a la pareja.

—Nathan, has vuelto. Me alegro de verte por aquí —le respondió Jeff, con evidente satisfacción, mientras la joven aprovechaba la distracción para alejarse de ellos y salir al balcón.

Saludó con aprecio a su amigo. Alababa su decisión de regresar de su exilio voluntario tras el extraño e inesperado fallecimiento de su esposa. Hacía un tiempo que no lo veía, así que aprovechó la huida de la joven y la desaparición de su padre para hablar sobre el tiempo que había estado ausente.

Lynelle esperaba que el aire fresco aliviara el calor que sentía recorriendo todo su cuerpo. Solo quería que el tiempo pasara rápido. No sabía cuánto duraban ese tipo de fiestas. Nunca había tenido interés ni curiosidad por asistir a una. Además, de haberlo hecho, hubiera preferido ir con su padre, como ya habían hablado y, por supuesto, no hubiera bailado con nadie. Le había parecido indecente y casi pecaminosa la manera en la que Jeff la había agarrado y apretado contra su cuerpo fuerte y duro. Volvía a acalorarse solo de pensarlo.

Decidió alejarlo de sus pensamientos y empezó a idear su plan para visitar a su padre vestida de hombre. Había encontrado ropa oscura de algún trabajador en los establos, y la había escondido debajo del colchón por si la señora Smith, que parecía enterarse de todo, la descubría.

Podría fingir que trabajaba para su padre y necesitaba verlo por algún tema relacionado con sus negocios.

—Discúlpeme... ¿Es usted la hija del barón Bowman? —le preguntó una señora de mediana edad con una sonrisa amable acercándose a ella.

Lynelle, sorprendida, asintió frente a la mujer de cabello claro y ojos oscuros vestida de un precioso color azul.

—Eres la viva imagen de tu madre, aunque heredaras el color de ojos de tu padre —le dijo con cariño—. Verte bailar con tu esposo era como verla bailar a ella.

Lynelle le sonrió emocionada.

—Apenas recuerdo a mi madre...

—Pues mírate al espejo cuando quieras verla —le recomendó la mujer cogiéndola por las manos—. ¿Qué tal estáis? Tu padre se aisló después de que ella...

Lynelle asintió con timidez. No podía darle muchas explicaciones, pero sí las suficientes como para explicar su ausencia no solo esa noche sino durante tanto tiempo.

La conversación con lady Helen Genevieve, como se presentó, la relajó considerablemente. Cuando la amable mujer la dejó sola, se acercó con curiosidad al salón de baile, pensando en que sus padres habían disfrutado, hacía mucho tiempo, de eventos como aquel.

Estaba tan distraída fijándose en las sonrisas y los flirteos de los que estaban bailando que no vio a Jeff acercarse por su espalda.

—¿Bailamos de nuevo... señora? —le preguntó cogiéndola con firmeza del brazo para evitar que escapara como parecía que quisiera hacer.

—No sé por qué me lo pregunta si no me da opción a negarme —le dijo molesta con su actitud dominante mientras él la llevaba hasta el centro del salón.

—Oh, vamos, bailar puede ser algo muy gratificante.

—No para mí —le respondió mientras volvía a acalorarse cuando su brazo le rodeó la cintura y la acercó a él, descaradamente.

Lynelle lo miró seria.

—¿Es necesario acercarse tanto?

—Quizá no, pero es más divertido —le respondió con una media sonrisa.

—¿Divertido? ¿Para quién?

Jeff sonrió manteniéndole la mirada. Entendía que su padre se hubiera casado con ella. De no haberlo hecho, estaba convencido de que lo hubiera hecho él, y se hubiera puesto a sus pies pese a saber que lo que buscaba era su fortuna.

—No pretendo ofenderla —relajó el abrazo.

Lynelle se sonrojó. No quería hacerle sentir incómodo. Su padre le estaba ayudando mucho.

—Discúlpeme, es que... es mi primer baile.

Jeff la miró sorprendido.

—¿Dónde la conoció mi padre?

Lynelle bajó la mirada.

—Es una larga historia —tropezó con sus propios pies.

—Míreme a los ojos —le recordó.

Lynelle se vio reflejada y perdida en ellos. Él le mantuvo la mirada. Volvió a apretarla contra su cuerpo y el cuerpo de Lynelle le respondió estremeciéndose para su sorpresa y la de

ella misma.

—Creo que... debería salir a tomar un poco de aire —se excusó ruborizada.

—La acompaño.

—No es necesario —le susurró mientras se alejaban de las parejas que continuaban bailando.

—Lo sé, pero no voy a dejarla sola.

—No estoy sola... Roger... Roger... —lo buscó con la mirada—... Estará hablando con alguien... Vendrá enseguida.

—Hasta entonces me corresponde a mí cuidarla —insistió acompañándola al balcón que permitía salir a los frondosos jardines de la propiedad.

La luz de la luna llena los iluminaba a la vez que los ocultaba entre las sombras.

—No es necesario —insistió Lynelle, visiblemente incómoda.

—Voy a pensar que tiene algo en contra mía, y puedo sentirme muy ofendido —le replicó con cierta ironía.

Era evidente, por lo menos para él, que la joven se encendía entre sus brazos.

—No es mi intención... —frunció el ceño cuando sus miradas se cruzaron—. ¿Se está burlando de mí?

Jeff sonrió mirándola. Era preciosa. Y también fría y calculadora, se recordó.

—No es necesario que finja delante de mí, Lynelle.

Ella le miró sorprendida por sus palabras y su tono de voz. ¿Qué sabía? ¿Quién se lo había contado?

—No... No sé a qué se refiere...

—Claro que lo sabe.

Le acarició con suavidad el brazo que todavía le estaba sujetando. La sintió estremecer ante su leve contacto. Le mantuvo la mirada. Los labios de ella estaban entreabiertos y sus ojos reflejaban cierta preocupación.

—Su secreto está a salvo conmigo —le susurró con voz ronca apoyándola en la pared entre las sombras.

El corazón de Lynelle amenazaba con salirse del pecho. Le costaba respirar teniéndolo tan cerca, tan atractivo, tan tentador.

—¿Qué quiere? —le susurró confusa.

—Todo —le respondió aprisionando sus labios contra los suyos.

Lynelle no se esperaba el beso. Sus rodillas temblaron, el calor encendió todo su cuerpo sin que ella pudiera impedirlo. El corazón parecía querer salirse del pecho. Su respiración se agitó. Ahogó un gemido. Él había dicho que quería todo, ella... La lengua de él invadió su boca sin darle opción a nada. Lynelle no podía pensar, casi ni respirar. Solo sentir.

Jeff se separó, extrañado por la respuesta inexperta de ella. La miró a los ojos, oscurecidos por la pasión. Lynelle le mantuvo la mirada totalmente confundida, sofocada, indefensa. Jeff no quiso escuchar sus pensamientos. Volvió a besarla obligándola con el beso a rendirse ante él. Lynelle se entregó al beso incapaz de pensar con claridad. No había sentido nunca nada igual, pero no quería que aquello acabara. Apoyó las manos en sus fuertes brazos.

Jeff se retiró visiblemente furioso.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó amenazador con esa voz ronca y aterciopelada que la hacía estremecerse—. ¿Qué estás haciendo?

No iba a permitir que se burlara de él como había hecho con su padre. Esa mujer no se

merecía ningún tipo de respeto si se comportaba tan calculadoramente como lo estaba haciendo. Sabía que lo tenía en sus manos, que se había rendido ante su inocencia y dulzura.

Lynelle lo miró confundida mientras las mejillas le ardían. Su respiración seguía agitada y el corazón le latía con fuerza. La mirada de ese hombre era dura y fría. Su gesto desafiante, incluso despectivo. Casi le daba miedo.

—De repente pareces una virgen inocente y acto seguido te comportas como una vulgar ramer...

Lynelle le dio una bofetada sin pensar. Se había dejado llevar por el momento, por la oscuridad, por el fuego que sentía, pero no debía estar allí. No debía haberse dejado besar... y, bajo ningún concepto iba a tolerar una ofensa de ese tipo.

Jeff la miró serio. Sabía que se merecía la bofetada, pero la rabia y la impotencia se habían apoderado de él.

Lynelle lo miró airada y volvió al salón de baile, buscando un lugar en el que esconderse hasta que Roger apareciera y pudieran irse de allí.

Jeff la siguió con la mirada. Quería que esa mujer fuera suya. No le importaba que se hubiera acostado con su padre, o con otros tantos como él. Sabía disimularlo muy bien, y para él tampoco sería su primera vez. No sería justo que le pidiera lo contrario a ella.

Afortunadamente, sería fácil compartir cama con ella viviendo bajo el mismo techo. Incluso, era probable que su interés por ella desapareciera en cuanto la probara, y su padre podría seguir disfrutando de su cuerpo sin ningún problema. Para eso era su esposa. ¿Qué estaba pensando? Se recriminó. Jamás habría pensado en compartir una mujer... Negó con la cabeza. No tenía por qué razonar ni justificar sus deseos ante él mismo.

Decidido a hacerla suya volvió al interior del salón de baile donde fue imposible encontrarla. La buscó por el resto de las habitaciones. Fue así como llegó hasta su padre. Tras una de las puertas, franqueadas por dos vigilantes, se estaba celebrando una partida de cartas a las que, por lo visto, había sido invitado.

Roger tenía el ceño fruncido cuando lo vio asomarse. El resto de los participantes, apenas un puñado de hombres, lo observaron con seriedad.

—Parece ser que me vienen a buscar —comentó aliviado, aprovechando la distracción—. Creo que es mi momento de dejar la partida.

Los jugadores asintieron con seria discreción. Roger ya había perdido todo el dinero y había empezado a acumular nuevas deudas. Padre e hijo salieron en silencio de la sala.

Mientras volvían hacia el salón de baile, Jeff miró de reojo a su padre. Intuía por su gesto contrariado el resultado de la partida. Él no le iba a confesar que lo había encontrado mientras buscaba a su esposa.

—¿Ha sido una buena noche, padre?

—Las ha habido mejores —reconoció con ironía.

—¿No tienes mejores alicientes que el juego?

Roger lo miró de reojo con seriedad.

—¿Te he pedido que opines sobre mi vida?

—No —reconoció imperturbable—. Porque sabes perfectamente lo que te diría.

—Pues cállate y ayúdame a buscar a Lynelle —le respondió serio—. Es hora de volver a casa.

—¿Vienes a una fiesta y no bailas ni una sola vez con tu esposa?

—No creo que ella tenga ganas de bailar —le comentó buscándola con la mirada.

—Entonces, ¿por qué la has traído?

Roger miró a su hijo, impaciente. No tenía por qué contarle nada. Jeff le mantuvo la mirada.

—Hay que guardar las apariencias.

Lynelle fue la que se acercó a ellos en cuanto los vio desde la esquina del salón en la que se había sentado buscando pasar desapercibida. Ya había entrado la madrugada y estaba deseando irse.

—Roger... ¿podemos irnos a casa? —casi le suplicó, ignorando deliberadamente a Jeff.

—Claro, querida —le sonrió amable cogiéndola del brazo.

Jeff la miraba extrañado. Cualquier esposa hubiera regañado a su marido por su falta de atención durante toda la fiesta, pero ella parecía que solo quería salir corriendo.

Lynelle evitó mirar a Jeff. Podía sentir su mirada sobre ella, tanto como todavía podía sentir el calor que había recorrido su cuerpo durante ese impúdico beso compartido.

—¿Has disfrutado? —le preguntó Roger recibiendo por parte de ella una reprobatoria mirada que no esperaba—. ¿Te has molestado porque no haya estado a tu lado? Tenía averiguaciones que realizar.

Lynelle se arrepintió al instante de su actitud y bajó la mirada avergonzada. Probablemente Roger había estado tratando de averiguar cosas sobre su padre, y ella lo había juzgado mal.

—Podrías haber prestado atención a Lynelle, hijo.

Jeff miró a su padre, tan serio como incrédulo.

—La próxima vez, tendré en cuenta que tengo tu bendición para ello, padre.

Lynelle lo miró escandalizada mientras él le mantenía la mirada haciéndola estremecerse. ¿Qué quería decir? ¿Que pensaba repetir lo que había ocurrido entre ambos?

Subieron al carruaje para volver a la mansión en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

En cuanto entraron por la puerta, Lynelle siguió a Roger hasta la biblioteca, ignorando intencionadamente a Jeff. A Roger le sorprendió e impacientó que lo siguiera.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó ansiosa, nada más cerrar la puerta a su espalda.

Roger disimuló un gesto de fastidio.

—Debes tener paciencia, Lynelle. Nadie sabía nada de lo que había ocurrido y no podía levantar sospechas —le comentó con fingida paciencia.

—Pero me había parecido entender que...

—He conocido un abogado nuevo —le mintió—. Parece especializado en aspectos empresariales. Si a tu padre lo han detenido por algo que tenga que ver con sus empresas, quizá él podría asesorarnos.

Lynelle asintió.

—¿Y los que ya has contratado?

—También están haciendo su trabajo.

—Pero ¿y los resultados?

—No seas impaciente —le ordenó desairado—. Hay que ser discreto y toda investigación lleva su tiempo. Si no me crees...

—No, no, discúlpame —le pidió angustiada.

No quería que se enfadara con ella. No sabía cuánto tiempo podía demorarse esa situación y ella estaba completamente a su cuidado.

—Estarás cansada —la disculpó Roger—. Deberías acostarte y no tengas prisa por levantarte mañana. Te vendrá bien descansar.

Lynelle asintió con la mirada baja. Sí, estaba cansada, pero tenía claro que no podía seguir esperando. Salió de la biblioteca y subió decidida las escaleras. Se levantaría temprano e iría de nuevo a la comisaría para intentar hablar con su padre. Esta vez, vestida de hombre y las posibles consecuencias de su osadía ya las pensaría cuando se presentaran, si es que lo hacían.

Jeff la siguió con la mirada desde las sombras que había en la planta de abajo. Le había extrañado que siguiera a su padre a la biblioteca. Esperaba que ambos fueran al dormitorio a dar rienda suelta a la pasión. No comprendía que su padre no estuviera deseando hacerlo, que no tuviera prisa por quitarle ese provocador vestido que realzaba su silueta y el color de esos ojos que se oscurecían cuando la pasión se adueñaba de ellos.

Decidió seguirla. Tenerla en casa era una tentación demasiado grande, y si su padre no le prestaba la atención que se merecía, a él no le importaba ocupar su lugar. Probablemente para ella fuera indiferente quien la acompañara en la cama si solo buscaba dinero, y, a fin de cuentas, el que disponía de la fortuna en esa casa, era él.

La siguió y se quedó parado en cuanto llegó a lo alto de las escaleras. La joven no entró en el dormitorio de su padre sino en uno de los dormitorios del final del pasillo. ¿No estaban recién casados? ¿Por qué dormían en dormitorios separados y tan lejos el uno del otro?

Se pasó la mano por el cabello, confundido. Quizá era el sueño el que hacía que sus ideas no cuadraran con la realidad. Por esa noche se rindió en su persecución y fue a su dormitorio, dispuesto a dormir a pierna suelta, recordando el beso que había compartido con la esposa de su padre.



Lynelle se despertó muy temprano. Los nervios por lo que iba a hacer apenas le habían dejado dormir. Y cuando no estaba pensando en ello, su corazón se desbocaba con el recuerdo del beso compartido con Jeff.

Cientos de confusas emociones se disparaban en su cuerpo y en su mente. Se recriminó por haberle correspondido, por no haberle rechazado, pero la sorpresa inicial había dado paso a la curiosidad y había despertado todo su ser a sensaciones sorprendentes y tan placenteras que no había encontrado fuerzas para negarse a ello.

Se sonrojaba solo con pensarlo, así que optó por levantarse con rapidez y sigilo para vestirse entre sombras con la ropa oscura que había guardado con tanto cuidado.

Nerviosa, se miró en el espejo. La ropa le venía especialmente grande, lo que le ayudaba a disimular sus formas femeninas, pero estaba bastante desgastada y ligeramente sucia. Parecía un chico, sí, pero también un fante.

Esperaba no llamar demasiado la atención. Escondió su melena trenzada bajo la vieja gorra negra que también había tomado prestada. Decidió mancharse el rostro con tierra en cuanto bajara a la calle para disimular el contraste con su blanca piel.

Llenó sus pulmones de aire y lo soltó con lentitud, tratando de relajar los nervios que parecían haberse acomodado en su estómago. Con mucho cuidado para que nadie la descubriera bajó las escaleras y salió por la puerta trasera de la mansión. Se detuvo unos segundos para agacharse, coger tierra con las dos manos y restregárselas por las mejillas, antes de salir con paso rápido.

Jeff iba a salir del establo cuando vio un muchacho desconocido salir sigiloso por la puerta trasera. En un principio le había parecido el hijo menor de la señora Smith, pero creía recordar que no estaba tan escuálido como ese joven. Iba a retenerlo con la sospecha de que había entrado a robar cuando lo vio untarse las manos en la tierra y mancharse el rostro con ella.

Le extrañó el gesto. Parecía que huía de algo porque miraba hacia todos los lados con expresión asustada. Una expresión que le recordó a... ¿Lynelle? Increíblemente, la siguió entre las mismas sombras que ella se escondía. Apenas había amanecido. Él volvía del paseo a caballo que solía dar al amanecer desde que recordaba, pero ¿ella? ¿Dónde iba a esas horas, con ese aspecto y después de haber llegado tan tarde de la fiesta la noche anterior?

Lynelle llegó casi sin respiración a la comisaría. Durante el camino había pensado varias excusas que le permitieran entrar, pero aún no estaba segura de qué diría ni de lo que iba a ocurrir. El corazón le palpitaba con fuerza y cierta ansiedad se había hecho hueco en su estómago. No quería pensar en lo que iba a hacer, ni siquiera en sus consecuencias. Solo quería ver a su padre.

Cogió aire y entró, decidida y cabizbaja, al interior del edificio de ladrillo, que parecía desierto a esas horas.

—Eh, llegas tarde —la acusó con firmeza uno de los policías que había en la entrada, dirigiéndose hacia ella—. Te dije la semana pasada que fueras más puntual. El cocinero ha traído la comida hace más de media hora. Esas ratas se la van a comer fría y no será por mi culpa.

Lynelle creía que se le iba a salir el corazón por la boca conforme él se le acercaba. ¿Se refería a ella? ¿Qué quería? El policía era alto, ceñudo y no parecía tener la intención de explicarle absolutamente nada de lo que decía. La ignoró mientras abrió una puerta y tras ella, una reja cerrada con llave. Con un descuidado empujón la hizo entrar y le señaló una serie de bandejas al final del pasillo.

—No te caigas por las escaleras —le advirtió antes de alejarse—o alguien se quedará sin comer. Le he dicho al cocinero que lo baje, pero no ha querido, así que tendrás que hacerlo tú.

Lynelle asintió con la cabeza baja y, con prisa, cogió una de las bandejas para bajar las escaleras hacia no sabía dónde. Quiso pensar que llegaría a las celdas, así que no dudó antes de cruzar la puerta. Finalmente le había resultado fácil entrar, ahora solo tenía que encontrar a su padre. Bajó casi a oscuras unas escaleras empedradas y llegó hasta un estrecho corredor, apenas iluminado y con un desagradable olor a humedad.

La bandeja llevaba un trozo de pan y algo parecido a unas gachas de avena en un plato hondo. Agradeció la oscuridad para no ver el aspecto real del desayuno que iban a tomar esos hombres, incluido su padre, al que confiaba encontrar allí.

Se cubrió la nariz con una manga para evitar las náuseas y se fijó en la primera celda. Un hombre de baja estatura parecía esperar la bandeja impaciente. Le tendió las manos mientras se arrodillaba para cogerla.

Lynelle se fijó en que podía pasarla por el suelo, así que, imitando al desconocido, bajó la bandeja depositándola en el húmedo suelo de piedra. A la vez que ella la empujaba, el hombre la cogió para empezar a comer con avidez.

Lynelle se fijó en que había varios hombres más, a juzgar por las manos que veía sujetando los barrotes, así que, corriendo, subió a por otra bandeja. Con gran esfuerzo pudo bajar dos a la vez.

Después de repetir el viaje tres veces más, en la última celda, vio a su padre. Reconoció sus manos nada más verlas, y rompió a llorar desconsolada mientras le dejaba la bandeja en el suelo.

—¿Lynelle? —le preguntó en un susurro—. ¿Qué haces aquí, pequeña? ¿Estás bien?

Lynelle negó con la cabeza reteniendo sus sollozos.

—¿Cómo estás, papá? ¿Qué puedo hacer por ti? Hemos contratado abogados, detectives... Vamos a sacarte de aquí.

—No llores, mi niña —trató de consolarla—. ¿Estás bien? ¿Cómo has entrado? ¿De qué estás vestida? —intentó sonreír, orgulloso de ella.

Lynelle asintió secándose las lágrimas con el dorso de las manos.

—Quería verte, papá. No quería entorpecer ninguna investigación, ni crearte problemas, ni que alguien supiera que estás aquí.

Anthony asintió acariciando el rostro de su bonita hija.

—Escucha cariño, hablad con el capataz de mi empresa —le susurró—. No sé de qué se me acusa. Así no puedo defenderme.

Lynelle asintió atenta.

—No te preocupes. Estamos haciendo todo con mucha discreción.

—Muy bien, cariño.

—¿De verdad estás bien? Este sitio es... —miró a su alrededor abrumada, frunciendo la nariz.

—No te preocupes por eso —le recomendó—. ¿Landler se está ocupando de ti?

Lynelle asintió.

—Sí, papá —le respondió incómoda.

No estaba segura de si debía decirle que se había casado para no manchar su reputación, o si debía decirle que había ido a una fiesta por guardar las apariencias.

—Papá, lord Landler firmó una documentación... de matrimonio... —le explicó ruborizada—. Me dijo que era un mero trámite que quedaría sin validez en cuanto tú fueras puesto en libertad.

Anthony la miró desconcertado.

—No esperaba... Bueno, no es momento de hablar de eso. Será mejor que te vayas de aquí —le dijo su padre sujetando sus manos con fuerza—. No quiero que tengas problemas.

Lynelle asintió con renovada fortaleza. Su padre estaba bien, que era de lo que se quería asegurar, y le había indicado con quién podía hablar.

—Quería verte.

—Lo sé, cariño. Y me tranquiliza mucho saber que os estáis encargando de todo.

Lynelle asintió y le abrazó como pudo entre los barrotes para despedirse. Le costaba alejarse de él. Todo le parecía una angustiosa pesadilla.

—No me quiero ir...

—Vamos, cariño, solo serán unos días...

Lynelle asintió antes de mirarle a los ojos. Estaba preocupado y eso le encogía el alma. Nunca lo había visto así. Las lágrimas volvieron a arrasarle los ojos y echó a correr, controlándolas como pudo. Subió las escaleras, y con la cabeza baja, recorrió el pasillo, cruzó la

puerta que le había abierto el policía y sin hacerle ni un simple gesto, salió de la comisaría sin mirar atrás.

La luz de la mañana la sorprendió. Bajó la cabeza avergonzada por su aspecto y pensó en volver a casa corriendo cuando las lágrimas empezaron a fluir descontroladas. Esquivando a los viandantes corrió hacia el parque que había visto en los alrededores y se escondió entre las ramas bajas de un árbol buscando refugio, mientras trataba de serenarse.

Jeff parpadeó asombrado. No tenía ni idea de qué había estado haciendo tanto rato en la comisaría o por qué había salido llorando desconsolada.

¿Qué buscaba esa mujer de su padre? ¿Qué escondía? Conforme se acercaba a ella, escuchó unos sollozos que le llegaron al alma, inexplicablemente. Había pensado en darle tiempo para recomponerse, pero la angustia que emanaba de esas lágrimas le desgarraba.

Recordó que era una embaucadora, fría y ambiciosa, pero, de cualquier manera, era una mujer y su dolor era real.

—Lynelle...

Ella se giró asustada secándose las lágrimas de las mejillas. No esperaba ver a Jeff allí, ni que él la hubiera reconocido.

—No le digas a tu padre que me has visto así —le pidió abatida saliendo de su escondite—. No quiero darle más problemas.

Jeff la miró incrédulo. ¿Problemas? ¿A su padre? No había conocido otra persona a la que los problemas ajenos le importaran menos.

Sus miradas se cruzaron preocupadas. Breves recuerdos de lo sucedido la noche anterior hizo que ambos se estremecieran y dieran inconscientemente un paso hacia el otro. Lynelle, retiró la mirada avergonzada. No podía pensar en lo que ese hombre le había hecho sentir. Debía centrarse en ayudar a su padre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jeff, intranquilo—. ¿Qué haces vestida así?

Lynelle recordó el tono burlón que, a veces, empleaba para dirigirse a ella. No iba a consentir que la juzgara. Las circunstancias eran las que la estaban empujando a hacer ese tipo de cosas. Levantó la cabeza desafiante.

Jeff admiró su osadía y su gesto orgulloso pese al deplorable aspecto que mostraba.

—Nada. Debería volver a casa.

—No te lo voy a negar, pero ¿qué hacías en la cárcel? ¿A quién tienes dentro?

—No te importa —le respondió pasando por su lado y empezando a andar con rapidez hacia la mansión.

Jeff la siguió, decidido. Si no fuera por la tristeza de sus ojos y la angustia que irradiaba, se hubiera reído de lo cómico de su desaliñada vestimenta masculina.

—¿Es un hombre? ¿Estás intentado aprovecharte de mi padre para sacar a tu amante de la cárcel? —insistió caminando tras ella sin saber qué pensar.

—Yo no me aprovecho de... —cerró la boca. No le importaban sus explicaciones. —. Él se ofreció a ayudarme...

Jeff la miró incrédulo. ¿Tenía razón en sus sospechas?

—Mi padre no haría eso —le aseguró con firmeza.

—¿Por qué no? Yo necesitaba ayuda y eso es lo que él está haciendo—le defendió—. No me estoy aprovechando de él.

—¿Me quieres decir que mi padre sabe que tienes un hombre en la cárcel?

Lynelle se limpió una silenciosa lágrima que resbalaba por su mejilla. Cada vez caminaba

más rápido, como si quisiera huir de él o de todo.

Jeff la retuvo sin miramientos cogiéndola por el brazo. Esa contagiosa angustia lo estaba asfixiando, pero había algo que no encajaba en su historia y estaba decidido a descubrir qué era. Decidió ignorar el calor que recorrió su cuerpo con el simple contacto.

Lynelle le miró a los ojos. Su piel ardía allí donde la estaba tocando. Un escalofrío recorrió su espalda. Su gesto era severo. No podía volver a pensar en el beso de la noche anterior, se recriminó. Respiró hondo. Era el hijo de Roger. Supuso que debía decirle la verdad. Era lógico que estuviera preocupado por él.

—Mi padre está en la cárcel —le confesó manteniéndole la mirada—. Tu padre estaba de visita cuando la policía vino a llevárselo sin darnos ninguna explicación. Yo no sabía qué hacer. Tu padre me ayudó. Me llevó a su casa, se casó conmigo para salvar mi reputación, y ha contratado a varios detectives y abogados para conseguir sacarlo de allí.

La primera impresión de Jeff fue de incredulidad absoluta. ¿Se estaba burlando sin un mínimo de vergüenza? Un ramalazo de furia se adueñó de él. ¿Qué le había dicho? ¿Su padre ayudándola? ¿Contratando detectives y abogados? ¿No podía haberse inventado una historia mejor?

—¿Por quién me tomas? —le preguntó visiblemente enfadado sin soltarla—. ¿No será que tú creías que podrías ayudarte y lo sedujiste para que se casara contigo antes de darte cuenta de que no puede hacerlo?

Lynelle lo miró sorprendida. ¿De qué la acusaba? Se llevó la mano al pecho, ofendida.

—¿Qué estás diciendo? Tu padre me dio un techo cuando yo me quedé sin lugar donde vivir. Está tratando de descubrir qué ocurrió. ¿Qué concepto tienes de él? ¿Qué concepto tienes de mí?

Jeff la miró incrédulo. Parecía convencida de lo que decía. Lynelle se soltó de él con un brusco gesto y siguió caminando a paso ligero.

—No quiero darle más problemas —le comentó ruborizada al ver que le seguía—. No le digas que me has visto o que he salido de casa vestida así, por favor. Bastante tengo con esconderme de la señora Smith...

Jeff negó con un gesto tratando de organizar todas las ideas que le llegaban a la cabeza. Algo había que no podía comprender. Lynelle se detuvo en un cruce de caminos y miró a su alrededor, desorientada.

—¿Al puerto se va por allí? —señaló hacia una dirección.

—No —le respondió Jeff confundido señalándole la contraria—. ¿Qué se te ha perdido en ese lugar?

Lynelle negó con la cabeza en silencio y reanudó su camino hacia la casa, pensativa. Su padre le había recomendado hablar con el capataz de su empresa. Ella ya se lo había sugerido a Roger. No sabía si ya lo habría hecho. Quizá no lo había encontrado. Si no le decía nada en dos días, ella iría a buscarlo, pensó decidida.

Jeff la acompañó sin decir una palabra, manteniendo con facilidad el ritmo acelerado con el que ella caminaba. Trataba de entender qué estaba ocurriendo, pero no encontraba ninguna respuesta lógica.

En cuanto doblaron la esquina de la calle que llevaba hasta su mansión, Lynelle echó a correr sorprendiéndole, y entró por la puerta de servicio. Jeff suspiró abatido y se dirigió hacia la puerta principal. Por la hora que era y por la fiesta de la noche anterior, supuso que su padre tardaría en despertarse.

Entró en la biblioteca. Quizá hubiera algún documento que explicara qué estaba ocurriendo.



Jeff tuvo que esperar hasta más tarde del medio día para escuchar a su padre bajar por las escaleras. Salió a su encuentro y con un gesto serio, le invitó a entrar en la biblioteca. No había querido abrir los cajones cerrados con llave que había encontrado. Hacerlo hubiera sido una muestra clara de desconfianza ante su progenitor. Realmente no confiaba en él, pero estaba convencido de que ese paso hubiera acabado con el escaso afecto que se profesaban el uno al otro.

Roger obedeció resignado. No se le había ocurrido ninguna excusa para poder ignorar su petición.

—Parece que me estabas esperando.

—Lo estaba haciendo.

—Si me vas a decir algo por la partida de ayer, ahórratelo. No te voy a pedir dinero para pagar mis deudas.

Jeff fue a preguntarle de dónde pensaba sacarlo cuando le vino el recuerdo de la imagen del banco en el que Lynelle le daba un sobre con dinero. No sería capaz, quiso pensar mientras la rabia que sentía en su interior le decía que estaba en lo cierto.

—¿De dónde sacaste a tu esposa? —le preguntó directamente.

—¿Lynelle? Es bonita, ¿verdad?

Jeff le miró con severidad sin responderle.

Roger se encogió de hombros, fastidiado por el interrogatorio.

—No lo esperaba... pero se dio la oportunidad...

—No dormís juntos —le acusó.

—Dale tiempo, es joven e inexperta —le respondió distraído—. ¿Por qué me preguntas por ella? ¿Acaso te interesa?

Jeff apretó los labios con fuerza.

—¿Quién es?

—Es la hija de... un amigo —le respondió impaciente—. ¿Ayer no encontraste ninguna joven de tu agrado en la fiesta? Dijiste que ibas a buscar una esposa, ¿no?

—No cambies de tema, padre.

—No voy a contarte nada sobre mi vida, hijo —le respondió serio.

Jeff le mantuvo la mirada desafiante. Roger no se inmutó. La tensión reinaba entre los dos. Jeff cedió. De su padre no iba a sacar ninguna información. Debía buscarla en otro lugar. Empezaría por descubrir quién era la joven y qué le había llevado a casarse con su padre, o si, como ella le había dicho, su propio padre estaba detenido sin conocer los motivos.

Con un gesto despectivo abandonó la biblioteca. Se dirigió a la cocina. Quizá pudiera averiguar el apellido de la joven hablando con la señora Smith, aunque supiera que su lealtad era

ciega hacia su progenitor.

La señora Smith estaba afanosa junto a los fogones, restregando con brío la encimera. Se sobresaltó al verlo entrar sin previo aviso.

—¿Desea algo, señor?

—Sí —le respondió mirando a su alrededor para comprobar que estaban a solas—. Señora Smith, ¿conoce usted a la joven que se ha casado con mi padre?

La mujer enderezó la espalda, alerta, pero siguió con lo que estaba haciendo, mirándolo de reojo, desconfiada.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Comprenda mi preocupación —le explicó con fingida afectación—. Vuelvo de uno de mis viajes y me encuentro una mujer de la que no sabía nada, casada con él. No sé si busca aprovecharse de... de alguna circunstancia.

La señora Smith lo miró seria, con gesto imperturbable.

Jeff desvió la mirada hacia la ventana, impaciente. Le pareció que el hijo de la señora Smith entraba en las caballerizas. Quizá con él fuera más sencillo hablar. Miró a la mujer, severo. Se mantenía inflexible y no parecía dispuesta a contarle nada, algo que, por otra parte, no le extrañaba.

—Su padre es capaz de cuidarse solo, señor.

—Yo, a veces, lo dudo —le respondió, firme—, y estoy seguro de que usted también, pero agradezco su discreción.

La señora Smith bajó la cabeza ante el reconocimiento y lo vio salir de la cocina extrañada por el repentino interés del hombre hacia la esposa de su padre.

Jeff caminó con paso ligero hasta las caballerizas donde estaba el joven que esperaba encontrar. Tan desgarrado como lo recordaba, su cabello castaño estaba despeinado y su pecosa cara ligeramente manchada de barro.

—Mortimer, cuánto tiempo sin verte —le saludó cordial.

El joven le sonrió amable.

—Lord Landler, me dijeron que había vuelto. ¿Quiere que le prepare su caballo? Hoy sale más tarde que de costumbre.

—No, gracias —le respondió acercándose a él—. ¿Estabas buscando algo?

—Lo cierto es que sí —le explicó confundido—. Juraría que había dejado aquí las botas que utilizo cuando entro en el establo, pero no las encuentro.

Jeff recordó el espantoso atuendo de Lynelle y supuso, acertadamente, quién estaba detrás de su desaparición.

—Quizá las colocaste en otro lugar —quitó importancia al asunto—. Mortimer, ¿conoces a la esposa de mi padre?

—¿Lady Lynelle? Su padre la trajo una noche —le comentó distraído buscando debajo de un carro lleno de paja—. Para evitar habladurías se casaron inmediatamente. Yo mismo fui a llamar al clérigo.

—¿Se casaron aquí?

—Sí, señor. En la biblioteca.

Jeff lo miró extrañado.

—Parece que la encontró y la trajo de la nada.

Mortimer, rascándose la cabeza mientras seguía buscando las botas, se encogió de hombros.

—No sabemos más. Llegó de noche, nos la presentó y nos informó de que se quedaría con nosotros. Parece una buena mujer, ¿no opina lo mismo?

Jeff asintió confundido.

—¿El matrimonio fue idea de mi padre o de ella? Quizá tenía algún tipo de interés en nuestra familia.

El joven seguía centrado en su búsqueda.

—No creo —le comentó—. Parecía bastante confundida cuando llegó. Fue idea de mi madre. Ya sabe que las habladurías son muy peligrosas en esta ciudad. Supongo que no querría que ningún escándalo manchara la reputación de la familia.

Jeff lo miró serio. La señora Smith había sido muy astuta. La joven, a simple vista, parecía educada y de buena familia. Probablemente había pensado que estaba asegurando a su padre un buen matrimonio.

—Fue muy acertado por su parte —reconoció—. Pensaba hablar con la familia de la joven, pero no recuerdo su apellido...

—Bewman... No, Bowman... —se corrigió—. Lady Lynelle Bowman. Así nos la presentó.

Jeff reprimió una sonrisa. Ya tenía el apellido que buscaba. Sacó de su bolsillo un fajo de billetes. A raíz de sus viajes se había acostumbrado a llevar siempre dinero encima. Cogió un par de billetes y se los tendió al joven.

—Cómprate unas botas nuevas.

El joven lo miró con los ojos muy abiertos.

—No, señor. No puedo aceptar su dinero —le respondió sin dejar de mirar los billetes—. Mi madre no me lo perdonaría nunca. Las botas son mi responsabilidad, si las he perdido...

—Nadie tiene por qué enterarse —insistió convencido.

El joven dio dos pasos hacia él mientras seguía negando con la cabeza.

—No podría aceptar su dinero, señor. No me lo he ganado.

Jeff ocultó una sonrisa. Por supuesto que se lo había ganado, aunque no lo supiera. A Mortimer le costaba mantenerse firme ante la tentación, pero no parecía querer claudicar tan rápidamente.

—De acuerdo —le respondió ante una mueca decepcionada del joven—. No lo aceptes de mí, pero quizá te encuentres estos billetes en algún sitio —los dejó sobre un pequeño taburete de madera—, y nadie tiene por qué saberlo.

Mortimer asintió con los ojos brillantes. Podría ser.... Podría encontrarse unos billetes en las caballerizas y no decir nada a su madre...

Jeff salió del establo satisfecho con las respuestas recibidas. Decidió no perder tiempo y visitar la comisaría. Quería verificar la historia de Lynelle y saber qué era lo que su padre había hecho para ser detenido.

Conforme caminaba con paso ligero hacia allí, vio a uno de sus socios en un par de empresas. Su semblante era serio. Parecía que llevaba prisa. El hombre trajeado de cabello claro se detuvo al verlo.

—Landler, estaba pensando en ir a visitarte —le comentó cordial.

—Thornwell —le respondió el saludo—, ¿para qué me buscabas?

—¿Sabes algo del *Barón*?

Jeff negó con la cabeza. Se había distraído demasiado y no había vuelto a pensar en el que iba a ser su socio en el nuevo negocio.

—Fui el otro día a su oficina del puerto, pero no estaba —le comentó extrañado—. ¿Crees que ha pasado algo?

—Su capataz no sabe nada de él desde hace más de una semana. Me pensaba acercar a su casa. Acompáñame y hablamos de la mercancía que trajiste en tu último viaje. Tengo que ausentarme por un asunto pendiente en unos días.

Jeff se vio en el compromiso moral de acompañar a su socio a casa del *Barón*, obligándose a aplazar la visita a la cárcel. Llegaron hasta una mansión sencilla de dos plantas en las afueras. Nadie les abrió la puerta.

Rodearon la casa revisando las ventanas, pero fue inútil. No notaron que hubiera nadie dentro, ni que hubiera sido el escenario de algo sospechoso.

—¿Tenía previsto marcharse? —le preguntó Jeff extrañado.

—No que yo sepa. Su capataz está preocupado. Uno no se va de la casa de la noche a la mañana. ¿Y sus sirvientes? ¿Y su hija?

—Se la habrá llevado también —supuso Jeff—. ¿Tenía algún motivo para desaparecer?

—No creo —le respondió Thornwell—. Su capataz ha buscado en los hospitales sin éxito, pero si hubiera sucedido algún imprevisto, los sirvientes, por lo menos, estarían en casa. Sus negocios siguen adelante, pero supongo que el hombre no podrá asumir esa responsabilidad mucho tiempo sin sus directrices.

—Es extraño, ¿no? ¿Tenía problemas con alguien?

—Ya sabes lo estricto que es con las normas —le comentó preocupado—. Lo único que se me ocurre es que descubriera alguna ilegalidad y lo hicieran desaparecer.

—¿Con su familia y sus sirvientes?

Se alejaron de la mansión pensativos y barajando diferentes opciones sobre la desaparición del hombre con el que solían colaborar con frecuencia.

Hasta bien entrada la tarde, Jeff no recordó la visita que quería hacer a la comisaría. Había pasado todo el día entre los muelles y las tabernas del puerto, tratando de averiguar con mucha cautela cualquier información relativa al *Barón*, pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Estaba cansado así que decidió aplazar la visita al día siguiente.

Coincidir con Lynelle a la hora de la cena le hizo sentirse mal por no haber ido a ver a su padre. La joven parecía triste y evitaba mirarlo a los ojos.

—Creí que habías vuelto a salir de viaje, hijo —le comentó Roger al verlo entrar al comedor.

—Ya te dije que había tomado la decisión de quedarme aquí, padre. ¿Acaso te molesto para algo?

Roger le mantuvo la mirada, serio. No le gustaba tener que andar con tanto cuidado en la que consideraba su casa. Le habían visitado dos acreedores, y había tenido que pagarles, quedándose de nuevo sin dinero. Esa noche tendría que acudir a alguna de las partidas clandestinas a las que solía asistir para recuperarse económicamente y no tener que recurrir a Lynelle de nuevo.

Esa joven era demasiado inocente, pero en algún momento descubriría que no había nadie investigando la detención de su padre.



A la mañana siguiente, después de su paseo a caballo, Jeff fue directo a la comisaría incluso sin desayunar. Le había costado conciliar el sueño. Por un lado, había dado vueltas a la historia que le había contado Lynelle, tratando de encajarla con lo que le había contado Mortimer. Por otro lado, estaba preocupado por la extraña desaparición del *Barón*, y por los asuntos pendientes que tenían entre manos. Decidió empezar por Lynelle. Una vez aclarada su historia podría dedicarse plenamente a sus negocios y a encontrar al que era su nuevo socio.

No hizo más que preguntar por lord Bowman, y un policía, no muy amable, le abrió las puertas por las que debía acceder. Jeff se notaba tenso. Sabía que estaba en juego la idea que se había formado de la esposa de su padre y no estaba nada seguro de lo que se iba a encontrar.

Caminó por el oscuro corredor sin saber a quién estaba buscando.

—¿Landler! —Anthony Bowman se acercó a los barrotes de la celda en cuanto lo vio distraído por el pasillo—. Suponía que no tardarías en venir. Muchas gracias por cuidar de mi hija.

Jeff lo miró confundido. Él buscaba al padre de Lynelle, no al *Barón*. Aunque, por otro lado, acababa de poner fin a la infructuosa búsqueda del día anterior. El hombre al que tanto conocía estaba demacrado pero aliviado por verle. Parecía que le estuviera esperando porque no se sorprendió al encontrarlo frente a él.

—Ella estuvo ayer aquí —le explicó—. Tendrás que perdonar su impaciencia. ¿Has descubierto algo? ¿Sabes quién me ha metido aquí? Me dijo que habías contratado investigadores y abogados. Lynelle tiene acceso a mis cuentas bancarias. Si necesitas algo...

Jeff parpadeó sorprendido. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿El *Barón*, su nuevo socio, era el padre de Lynelle? La sangre pareció helársele en las venas.

—No... no es necesario... —. No sabía qué pensar.

—Cuando me detuvieron iba a hablar contigo en la biblioteca, pero la policía entró y se me llevó sin darme opción a nada. Supongo que nuestros negocios tendrán que esperar.

Jeff sintió un sudor frío que le hizo estremecerse. ¿Creía que era él quien cuidaba a su hija y no su padre? ¿Qué estaba haciendo su padre en casa del *Barón* el día que lo detuvieron?

—Landler —le miró serio—. Te conozco, y me sentí aliviado cuando pensé que cuidarías de Lynelle. Pero una cosa te digo como padre —le advirtió inflexible—. Me dijo que os habíais casado para no dañar su reputación. No me disgustas como su marido, pero, sinceramente, no esperaba que hicieras algo así sin preguntarme antes. Lynelle podía haberse quedado en casa. Es autosuficiente económicamente. Solo espero que la cuides y la respetes.

Jeff se limitó a asentir y a apretar los labios con fuerza. ¿Qué había hecho su padre? ¿Arruinar la vida de una joven inocente? Una ira que no había sentido nunca recorrió su cuerpo. El hombre que estaba frente a él era un hombre honrado en el que confiaba plenamente y, por lo visto, el sentimiento era mutuo. Estaba deseando llegar a casa y... y... no sabía qué era capaz de hacer... La rabia que sentía le entumeció el cuerpo.

—Te doy mi palabra de que voy a cuidarla —le dijo con firmeza y total convicción.

—Lo sé —le respondió Anthony con la misma determinación—. Dime, ¿has averiguado algo? ¿Por qué estoy aquí?

Jeff negó pasándose una mano por la frente. Los pensamientos se le agolpaban impidiéndole pensar en nada con claridad.

—¿Tú no sabes nada? ¿Quién gana con que estés aquí?

—¿Quién gana? No lo sé... No he hecho nada diferente que yo sepa.

—¿Algún negocio nuevo? ¿Contacto nuevo? ¿Algo que te haya llamado la atención?

Anthony negó con la cabeza.

—Le he dado muchas vueltas y no encuentro explicación.

—En el puerto, en los muelles... nadie sabe que estás aquí... pero allí no eres Bowman. Todos te conocemos como *Barón*.

—No tengo vida social, Landler —le reconoció.

—¿Por qué no? Tienes una hija en edad casadera...

—Lynelle no tenía ningún interés en asistir a fiestas —le respondió—. Yo tampoco tenía ninguna prisa en que se casara, pero eso ya es pasado.

Jeff asintió. Tenía que solucionar ese aspecto en cuanto pudiera. No podía dejarla en manos de su padre. Era él en quien había confiado, quien creía que estaba en la biblioteca esa fatídica noche. Era él quien debía estar casado con Lynelle. ¡Maldita fuera la suerte!

—Le dije a Lynelle que hablarais con mi capataz, supongo que se le olvidó decírtelo.

Jeff lo miró serio. Lynelle le había preguntado por dónde se iba al puerto. No sería capaz de... Empezó a ponerse nervioso. «Tenía ropa de hombre». Seguro que era muy capaz de ir a los muelles y preguntar, ¿qué? ¿A quién?

—*Barón*, no hables con nadie que no sea yo. Ni abogados, ni detectives... Tengo que irme. Volveré en cuanto pueda.

Anthony asintió confiado.

Jeff salió con prisa. No tenía por qué ser cierto su presentimiento, pero ¿y si lo era? Demasiado estaba aguantando esa joven sin saber nada de su padre. Era lógico que saliera a buscar respuestas que, de otra manera, nunca le hubieran llegado.



Jeff llegó a los muelles casi a la carrera. Pese a la hora temprana, las tabernas estaban abiertas. Después de la carga y descarga de barcos, los hombres solían acudir por allí a saciar su sed y ya se empezaba a notar la actividad bulliciosa de la zona.

Fue directo a la oficina del *Barón*. Confiaba en que Lynelle no tardara en encontrarla entre tantas oficinas como había y refugiarse en ella. Podía ser peligroso que una mujer paseara por los muelles haciendo preguntas.

Se sentía enfadado por verla exponerse así. No la culpaba por buscar respuestas. Él, sin duda, también lo habría hecho, pero no debía haber acudido sola. Aunque, claro, pensó, ¿a quién iba a pedir ayuda si la persona de la que dependía no parecía dispuesta a ayudarla?

Estaba doblando la esquina cuando la reconoció con su holgada ropa oscura y la raída

gorra que escondía su cabello. Caminaba por delante de él, sigilosa, insegura, mirando de lado a lado. El corazón le dio un vuelco. Por lo menos, no le había ocurrido nada. Fue directo hasta ella y la cogió del brazo para empujarla contra la pared.

Lynelle, asustada, pensó en gritar, hasta que vio que era Jeff, visiblemente enfadado, el que la retenía contra él. Se mantuvieron las miradas. La respiración de ambos se entrecortó. Estaban demasiado cerca el uno del otro y sus cuerpos parecían inflamarse ante su mutuo contacto.

—¿Dónde crees que vas vestida así a plena luz del día? —le preguntó en voz baja y firme.

—Voy a averiguar por qué mi padre está encerrado —le susurró orgullosa, levantando el mentón.

No iba a negar que había sentido miedo al caminar entre esas estrechas callejuelas, o que, desorientada, no había parado de dar vueltas sin sentido y ya había amanecido, pero él no iba a conseguir que se avergonzara de lo que estaba haciendo.

Jeff seguía aprisionándola con su cuerpo contra la pared. Ella no podía moverse, pero tampoco quería hacerlo. Aunque turbada, extrañamente, se sentía segura a su lado. Sintió que podía relajarse. Su enfado parecía proceder más de una preocupación lógica que de la necesidad de hacerle ver la imprudencia que había cometido. Ese pensamiento le hizo sentirse protegida y la tensión que había acumulado en su interior empezó a dejarla sin fuerzas.

—¿Qué preguntas vas a hacer? ¿A quién?

—Yo... no lo sé... —sus ojos se humedecieron, pero ella cogió aire para evitar que las lágrimas, fruto de su agotamiento, corrieran por sus mejillas—. Estoy cansada de esperar.

Jeff la soltó. La hubiera envuelto entre sus brazos para consolarla y detener esas lágrimas que se agolpaban en sus bonitos ojos verdes.

Lynelle estaba en medio de todo y sin saber absolutamente nada. Mientras llegaba a los muelles había pensado en enfrentar a su padre, en conseguir una orden de divorcio, en explicarle a ella la terrible confusión que se había producido, pero finalmente, había decidido mantener las cosas como estaban, por lo menos, hasta que descubriera algo.

No creía que su padre fuera capaz de cometer ninguna maldad intencionada, pero sí lo era de aprovechar las oportunidades que se le pusieran por delante. Es más, era su manera habitual de proceder. Sin duda se había dado cuenta de que casarse con Lynelle era una buena oportunidad para él y la mejor manera era obligarla a vivir bajo su techo con cualquier excusa. Solo con pensarlo la rabia se apoderaba de él.

—No puedes ir así por las calles —le regañó ceñudo.

—No me importa —respondió Lynelle ligeramente avergonzada—. Pero no he encontrado las oficinas de mi padre... No he podido hablar con su capataz...

Los ojos volvieron a cubrirse de lágrimas de impotencia.

Jeff cogió aire. Podía llevarla a casa y volver acto seguido, pero perdería mucho tiempo y quería saber, tanto como ella, qué era lo que estaba ocurriendo. Si hubiera llevado su carruaje podría pedirle que le esperara allí, pero en su prisa por llegar no había querido perder tiempo en ir por él.

—No te separes de mí —le pidió serio—. No abras la boca y no levantes tu vista del suelo.

—Pero...

—Hazme caso o nos vamos de aquí ahora mismo —le siseó con furia.

Lynelle se enfadó ante el tono de voz empleado, a la vez que sintió cierto alivio. Por lo menos, empezaría a enterarse de algo. Seguro que Roger también había avanzado en sus investigaciones y no le había contado nada por no preocuparla, pero ella no podía permanecer más tiempo esperando respuestas.

—Voy a hablar con el capataz de tu padre —le indicó empezando a caminar con paso ligero.

—Tu padre ya habrá hablado con él.

Jeff se detuvo y la miró serio. ¿De verdad confiaba en su padre? Claro. No lo conocía tan bien como él.

—Yo hablaré con mi padre. Tú mantente al margen.

—No voy a ...

—Te contaré todo lo que descubra —le aseguró mirándole a los ojos—. Te lo prometo. Pero no vuelvas a hacer nada por tu cuenta sin decírmelo antes. Ni le cuentes a mi padre...

Lynelle hizo un mohín.

—No quiero disgustarlo.

Jeff enarcó una ceja. ¿Disgustarlo? ¿Lo decía en serio?

—Tiene abogados y detectives en el caso —prosiguió confiada—. No quiero que dificultes la investigación. Habla con él antes de hacer nada.

Jeff apretó los labios. ¿Abogados? ¿Detectives? Probablemente ni una cosa ni la otra.

—Te aseguro que no voy a dificultar nada, Lynelle.

Ella le miró sorprendida. Su nombre en sus labios, con su voz ronca, había sonado precioso. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se perdió en su mirada y no pudo evitar ruborizarse.

—Tu padre...

—Yo hablaré con mi padre —le aseguró con firmeza—. No te preocupes.

Lynelle se sintió aliviada. Jeff la cogió de la mano para tirar de ella. Ambos notaron como su piel ardía al contacto. Se miraron conscientes de su complicidad antes de soltarse. Ella iba vestida como un chiquillo, no era lógico que caminaran así.

—Vamos —le dijo acelerando el paso—, y recuerda lo que te he dicho.

Ella bajó la cabeza y lo siguió en silencio.

Entraron en un edificio de ladrillo oscuro y subieron unas angostas escaleras hasta la primera planta. Un letrero con el nombre de la empresa naviera colgaba de la puerta, y tras llamar con firmeza, Jeff entró seguido de Lynelle.

Un hombre moreno, recio y con gesto serio los miró extrañado. Pareció aliviado al reconocer a Jeff.

—Landler... ¿sabes dónde está el *Barón*?

Jeff se limitó a mirarle con seriedad. No iba a contarle lo poco que sabía al respecto. Alguien había conseguido encerrarlo en prisión y cuanto menos se supiera al respecto, sería mejor para todos, o por lo menos para su socio.

—¿Cómo van las cosas?

El capataz negó con la cabeza poniéndole al corriente de los contratos que parecían estar perdiendo desde la ausencia de su jefe.

—Creía que tenías unas directrices que seguir, que sabrías ocuparte del negocio hasta que apareciera. ¿Hay algo detrás de todo esto que no sepa?

El capataz asintió. Miró intranquilo al muchacho que se había quedado junto a la puerta.

—Es de confianza —le explicó Jeff haciendo que volviera a mirarle a él.

—Unos cinco días antes de su ausencia empezaron unos rumores infundados —le comentó—. Que haya desaparecido solo ha servido para acentuarlos.

Lynelle lo miraba de reojo, disimulando sus nervios.

—¿De dónde han salido esos rumores? —preguntó Jeff sintiendo la desazón de la joven.

—Ni idea. Pero ya se ha corrido la voz por los muelles.

Jeff trató de comprender la inexplicable situación.

—¿Has recibido alguna oferta de compra? No sería el primero al que difaman para conseguir un buen precio.

El hombre negó con la cabeza, resignado.

—Avísame si te enteras de algo.

Se dieron un apretón de manos mirándose a los ojos antes de salir de la oficina. Jeff confiaba plenamente en ese hombre. Suponía que solo era cuestión de tiempo que quien hubiera orquestado todo eso, saliera a la luz. Y, cuando saliera, habría que actuar con rapidez.

En cuanto llegaron a la calle, Lynelle le cogió del brazo, deteniéndolo.

—¿Cómo es posible que alguien haya difamado a mi padre para quedarse con su empresa? ¿Quién estaría interesado en hacer eso?

Jeff le cogió la mano que había apoyado en su brazo.

—Esperemos a recibir una oferta por la empresa y te contestaré a esa pregunta. No te preocupes.

—Pero mi padre puede perderlo todo —murmuró abatida dejando caer sus brazos.

—Lynelle, no te preocupes —le pidió cogiéndola por los hombros—. Sacaremos a tu padre de esta. De momento ya tenemos información importante. Volvamos a casa. Cuanto menos se nos vea por aquí, mejor.

En silencio y con paso ligero volvieron hacia casa. Conforme se acercaban, vieron a la señora Smith hablando con un hombre en la puerta. Se escondieron en el establo para evitar ser vistos.

Lynelle sentía sus piernas temblorosas y estaba bastante abatida.

—¿Y ahora solo queda esperar? ¿Cuánto más? —se quejó agotada por todo lo que estaba pasando y ante lo que sentía que no podía hacer nada—. Quizá tu padre haya averiguado algo. Tiene a varias personas trabajando para él.

Jeff la miró compasivo. Por supuesto que iba a hablar con su padre. En cuanto tuviera clara su posición en todo lo que le estaba ocurriendo al *Barón*. En esos momentos, no estaba seguro de qué pensar sobre él. El gesto de la joven reflejaba la desolación que sentía. Dio un paso hacia ella. Admiraba su resiliencia y la confianza que, inexplicablemente, tenía en su padre.

—Hablaré con él —le garantizó—. De todas maneras, hay que asegurarse de que es cierto que esos rumores están corriendo de boca en boca y averiguar quién los ha propagado. Supongo que ahí estará la clave.

Ella asintió confiada.

—¿Volveremos a los muelles esta noche?

Él le sonrió, atractivo.

—Yo iré a los muelles. Tú no.

—¿Por qué? Es mi padre. Llevo mucho tiempo esperando sin saber nada.

—Espera un poco más.

Ella le miró con los ojos entrecerrados, empezando a enfadarse.

—¿Qué pretendes que haga?

—¿Qué hacías antes de que todo esto ocurriera?

—Estaba en mi casa, tranquila. Me encargaba de que todo funcionara bien, y en mis ratos libres, tocaba el piano o bordaba. Bordar es lo único que hago ahora, y te puedo asegurar que estoy empezando a cansarme.

—¿Y por qué no haces aquí lo mismo? —preguntó pensando a la vez que la señora Smith probablemente no le dejaría hacer nada.

—No es mi... bueno... supongo que...

No sentía que fuera su casa, pero no estaba segura de si debía decírselo. A fin de cuentas, era el hijo de Roger, y podría molestarle si creía que hablaba mal de su padre.

Jeff la observaba en silencio. Le pareció que diferentes emociones se reflejaban en sus ojos.

—Estás casada con mi padre.

Lynelle se ruborizó y desvió la mirada.

—Es algo momentáneo —susurró.

—Será un escándalo si os divorciáis.

—A mi padre y a mí no nos importa el escándalo —le explicó convencida—. Y, de todas maneras, mi padre dice que es un hombre honrado. Confía plenamente en él y, por lo tanto, yo también. Me dijo que cuando todo acabara acudiríamos al abogado para solucionarlo todo sin ningún problema.

Jeff asintió furioso. Eso esperaba él también, que no hubiera ningún problema cuando llegara el momento.

Lynelle levantó la cabeza para mirarle a los ojos.

Jeff la estaba mirando serio. Con dos pasos eliminó la distancia que había entre ellos, acercándose más a ella. La joven tenía el rostro ligeramente manchado de tierra, y su horrible disfraz de muchacho, pero, aun así, le parecía preciosa.

—¿Por qué no te has casado todavía?

Lynelle sintió su cálido aliento junto a su boca, el calor que emanaba de él, los latidos acelerados de su corazón.

—No tenía ningún interés...

Él la sujetó por la cintura acercándola todo lo posible a él. Sintió cómo se estremecía entre sus brazos. La besó invadiendo su boca, invitándola a acompañarle en sus ganas de ella. Fue un beso muy distinto a los anteriores. Ya no era una mujer interesada, fría o calculadora con la que quisiera pasar un momento de pasión. Ella era lo que aparentaba ser, una mujer inocente que se había visto en medio de una situación tan desagradable como inesperada.

Quería garantizarle su protección, su confianza, su respeto.

Lynelle apoyó las manos en sus brazos, entregándose al beso confiada, curiosa, hambrienta, excitada, sorprendida por las desconocidas sensaciones que recorrían todo su ser.

Un ruido cercano hizo que se separaran desconcertados. Se miraron a los ojos por unos segundos con la respiración entrecortada. Lynelle, ruborizada, salió corriendo para entrar por la puerta trasera de la mansión, rezando para no encontrarse con nadie.

Jeff se apoyó en la pared del establo, totalmente consternado. ¿En qué momento se había enamorado de esa mujer? Porque lo que sentía iba más allá del sentimiento de protección como respuesta al engaño de su padre. O más allá de la responsabilidad adquirida por la confianza que el *Barón* había depositado en él. Soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Lynelle era su

mujer, decidió, aunque ella todavía no se hubiera dado cuenta.

Salió del establo y entró por la puerta delantera donde la señora Smith ya no estaba.



Pasaba la media noche cuando Jeff apareció por las estrechas callejuelas que llevaban al muelle. El pestilente olor lo envolvió haciéndole fruncir la nariz con desagrado. Tenía planeado entrar en un par de tabernas, abrir bien los ojos y los oídos, y si no conseguía enterarse de nada interesante, hacer un par de preguntas desenfadadas que quizá le llevaran a averiguar lo que buscaba.

Estaba a punto de entrar en la primera taberna cuando un hombre al final de la calle le llamó la atención. Parpadeó sorprendido. Le había parecido su padre. Fue hacia él, sigiloso, para confirmar sus sospechas. Después de seguirle fácilmente entre las sombras, llegó frente a una taberna atestada de pescadores y marineros borrachos donde lo vio entrar. ¿Qué hacía su padre a esas horas en ese ambiente? Le costaba creer que, realmente, estuviera averiguando lo que le había sucedido al *Barón*.

Estaba a punto de seguirle cuando escuchó a su espalda unas risotadas grotescas y una sofocada voz femenina. Se giró para ver qué ocurría, y sintió que la sangre se le helaba.

Tres hombres zarandeaban la figura de un muchacho de ropa oscura y holgada. Un muchacho que parecía gemir como una mujer. No podía ser Lynelle, ¿o sí? Sin dudarlo y con todo el cuerpo en tensión fue hacia ellos. Se abrió paso entre los borrachos y cogió del brazo al joven. Con un brusco tirón lo soltó de quien lo retenía. No quería ni mirarla a la cara para que no fuera capaz de ver la furia que sentía por la insensatez cometida.

—Trabaja para mí —improvisó con una mirada letal—. Le ordené que no se alejara del barco.

Lynelle se sintió aliviada al escuchar su voz, pese a que la mano de él apretaba con fuerza su brazo. Había sentido pánico al verse totalmente indefensa en ese apestoso y oscuro callejón.

Los borrachos parecieron evaluar los riesgos que implicaban seguir divirtiéndose con el muchacho y con sonoras carcajadas y obscenos comentarios los dejaron alejarse por el callejón.

Jeff sentía la ira subir por sus entrañas. En cuanto consideró que se habían alejado lo suficiente, dejó de tirar de Lynelle para soltarla de golpe haciéndola, casi, perder el equilibrio.

—¿No te había pedido que te quedaras en casa? —le susurró entre dientes haciendo un enorme esfuerzo para disolver el miedo que había sentido al verla entre esos hombres.

—Sí, pero, no pensé que pudiera pasar nada —protestó enfadada—. No se nota que soy una mujer.

Sintiéndose protegida a su lado, la impaciencia y el enfado volvieron a apoderarse de ella, y le mantuvo la mirada, orgullosa.

Jeff la miró de arriba abajo con una mueca. ¿Qué importaba su aspecto? Se notaba a la legua que estaba totalmente fuera de su ambiente, y que era incapaz de defenderse de cualquier tipo de agresión.

Negó con la cabeza, fastidiado. Ya no podía seguir a su padre, o encontrar el origen de los rumores que habían ocasionado el encierro del *Barón*.

—Eso no importa, Lynelle —la cogió del brazo, molesto y tiró de ella para sacarla del callejón—. Cualquiera que se te hubiera acercado un poco hubiera descubierto que eres una mujer. Hueles a flores y tu piel es blanca y suave. ¿Cómo crees que se hubiera comportado un hombre si se hubiera dado cuenta?

Lynelle se soltó con un movimiento brusco. No le gustaba el sermón que estaba recibiendo. Le miró desafiante.

—¿Como tú ahora?

Jeff la miró serio. Sentía que ardía por dentro. De rabia, de indignación, de miedo, de deseo...

—Sí —le dijo con voz ronca—. Como yo ahora.

Dio un paso hacia ella. Lynelle no se movió. Su corazón empezó a palpar con fuerza. ¿Ella era consciente de lo que iba a pasar? Por supuesto que sí, quiso pensar. La vio humedecerse los labios con la lengua. Era una tentación demasiado grande como para no caer en ella. Sus labios se apoderaron de los de ella. La lengua invadió su boca. Lynelle lo recibió con la misma ansia, con la misma necesidad de liberar la tensión que había entre ambos. El cuerpo de ella se apoyó en el de él buscando el refugio que sentía que necesitaba.

La oscuridad de la noche los envolvió e invitó a besarse sin reservas.

Sonidos de carcajadas lejanas les hicieron separarse minutos después y mirarse a los ojos visiblemente más relajados. Jeff le acarició el rostro con ternura. Los ojos de ella brillaban preciosos, sus labios temblaban.

Lynelle le miraba confundida. No quería separarse de él. Quería sentirlo siempre así de cerca. Quería esos besos que la encendían. Pero dudaba de que lo que estaban haciendo fuera correcto.

Recordó que ella estaba casada con Roger, y aunque el matrimonio durara solo hasta que se resolviera lo de su padre, como él le había garantizado, no estaba segura de que lo que estaba sintiendo fuera correcto.

Jeff suspiró cogiéndola de la mano en silencio, con los dedos entrelazados y acompañándola hasta el carruaje que le estaba esperando más allá de los muelles.

No dejaba de dar vueltas a las sensaciones que estaba experimentando. Esa necesidad de cuidarla, de protegerla, y de hacerla suya, en todos los sentidos, le estaba volviendo loco, porque no parecía un capricho pasajero.

Era él quien tenía que haberse casado con ella. Era él quien contaba con la aprobación del *Barón*. Y por la respuesta que recibía cada vez que la tenía entre sus brazos, también contaba con el consentimiento de ella.

Confiaba en que todo se solucionara pronto, para empezar con los trámites necesarios para anular el matrimonio de su padre.

Al llegar al carruaje le abrió la puerta, mientras el discreto cochero parecía ajeno a la situación.

—Espérame dentro, por favor —le pidió en un susurro—. Vuelvo enseguida.

—Pero...

—Lynelle, por favor... ¿Puedo confiar en ti?

Ella asintió ruborizada y con un suspiro obedeció, acomodándose en la seguridad de su interior.

Jeff volvió a las estrechas callejuelas que lo llevaban hasta los muelles. Dudaba de volver a encontrarse con su padre. Se sentía totalmente distraído. Había ido para averiguar todo lo posible sobre los rumores acerca del *Barón*, y no solo le había descolocado ver a su padre, sino que también se había encontrado con Lynelle.

Poco después, volvió sin ningún resultado. Lynelle le esperaba intranquila.

—¿Has averiguado algo? —preguntó, ansiosa.

Jeff negó con la cabeza mientras daba órdenes al cochero para volver a casa. Su padre parecía que se había evaporado, y él no estaba lo suficientemente relajado como para alternar despreocupado por las tabernas, en busca de respuestas.

Lynelle suspiró abatida.

—A veces me da la impresión de que todo va muy lento... —se justificó.

Jeff asintió comprensivo. Era cierto que tenían que ser cautelosos, pero sospechaba que la falta de información se debía a que su padre aún no había hecho nada por ayudar al *Barón* por mucho que ella creyera lo contrario.

Por unos instantes sus miradas se cruzaron recordando su último beso. Lynelle se ruborizó. Jeff decidió mirar por la ventana. Temía que, si la besaba en la intimidad que les proporcionaba el carruaje, no pudiera detenerse. Lynelle se merecía más que ser tomada en un encuentro rápido. Notó cómo la pasión con solo imaginar lo que podía ocurrir entre ellos en ese momento lo invadía. Incómodo, se acercó más a la ventana, deseando que el frescor de la noche despejara sus pensamientos.

—Será mejor no contarle a mi padre nada de lo que averigüemos —le comentó conforme llegaban a la mansión.

Ella le miró extrañada.

—Oh... Sí, supongo que no debo preocuparlo. No quiero darle más problemas...

Jeff la miró incrédulo mientras la ayudaba a bajar del carruaje. ¿De verdad creía que su padre estaba preocupado por ella?

La vio alejarse casi corriendo y entrar por la puerta trasera.

Él la siguió hasta la casa pensativo, entrando por la puerta principal. Sentía que su vida había dado un vuelco en solo unos días. Casi no conocía a Lynelle, apenas había tenido trato con ella, pero no necesitaba nada más para estar totalmente convencido de que la quería en su vida, y no precisamente como esposa de su padre.

De momento, estaba a su cargo como le había asegurado al Barón. Iba a cuidarla y a protegerla y, por lo tanto, no podía permitir que siguiera exponiéndose a los peligros de la calle a horas intempestivas.

Subió sigiloso y a oscuras las escaleras. Llegó hasta la puerta del dormitorio que sabía que ocupaba, bien lejos del de su padre. Llamó con mucho cuidado.

Segundos después, Lynelle abrió, extrañada, ya con la ropa de dormir. La luz de la luna se filtraba por las ventanas de la habitación. El que él se apoyara, atractivo, en la puerta sin llegar a entrar la hizo ruborizarse al recordar sus apasionados besos.

—Dame la ropa —le susurró.

—¿Qué? —parpadeó sorprendida.

—La ropa que llevabas hoy —especificó—. La que cogiste prestada a Mortimer.

Lynelle titubeó incómoda.

—No... No quiero dártela.

—Y yo no quiero volver a encontrarte en la calle con ella puesta. Es un riesgo

innecesario, Lynelle.

Susurró su nombre con voz ronca, haciéndola estremecer.

Ella negó con la cabeza. Pensaba volver a ponérsela para ir a visitar a su padre de nuevo.

—O me la das tú o entro yo a por ella.

Lynelle volvió a negar con la cabeza, mordiéndose los labios. No estaba segura de que fuera capaz de hacerlo. Y, mucho menos, estaba segura de que ella quisiera impedirlo.

—¿Estás buscando que entre a tu dormitorio?

La joven se sonrojó, temblorosa.

—Quiero volver a ver a mi padre.

—¿Qué te hace pensar que no descubrirán tu mentira esta vez? —le preguntó, llenándola de dudas—. Yo te acompañaré cuando quieras ir.

—¿De verdad?

Jeff asintió conmovido por el brillo en su mirada, por su confianza, pese a la situación en la que estaba.

Lynelle le sonrió con ternura antes de entrar corriendo y sacar de debajo del colchón la ropa por la que él preguntaba.

Jeff la cogió aliviado, mirándola a los ojos. Pocas cosas le apetecían más que entrar en su dormitorio en ese momento, pero supuso que no era el mejor momento para hacerlo.

Quizá, cuando todo se solucionase, podría seguir los cauces normales para cortejarla como ella se merecía incluso antes de anular la desafortunada ocurrencia de su padre de casarse con ella.

Con gran esfuerzo, se alejó de su dormitorio, para ir al suyo a aclarar todo lo que pensaba y sentía.



Poco antes de la cena del día siguiente, Lynelle se dirigía hacia el comedor cuando vio salir de la biblioteca a un hombre de mediana edad, trajeado y con un maletín en la mano.

Supuso que sería uno de los abogados que había contratado Roger y fue hacia ellos, esperanzada.

El hombre de barba oscura y pobladas cejas la miró de arriba abajo antes de dirigirse a Roger, con una sonrisa que a Lynelle le causó cierta repugnancia.

—¿Y esta sorpresa? Que calladito lo tenías.

Roger asintió extrañado por el interés levantado por la joven, que se había quedado parada, incómoda, frente a ellos.

—Bueno... No...

—Me da la impresión, Landler, de que las apuestas pueden subir... —sonrió repulsivo.

Roger lo miró contrariado y volvió a fijar sus ojos en Lynelle. Realmente era una mujer bonita... quizá era algo que debía tener en cuenta...

—Disculpe, señor.... No recuerdo su nombre —interrumpió Jeff furioso bajando las escaleras—. Creo que no nos conocemos.

Se colocó intencionadamente delante de Lynelle, protegiéndola de su indiscreta mirada. La mirada de reojo que dedicó a su padre era claramente amenazadora.

—El señor Abramsky ya se iba —le informó Roger, molesto por su desafortunada aparición.

Seguramente le pediría explicaciones, que él no estaba dispuesto a darle. Era su vida. A nadie le importaba lo que hiciera o dejara de hacer con la modesta cantidad de dinero que recibía de su parte todos los meses.

Jeff miraba a ambos con imperturbable arrogancia.

—Un placer verte, Landler. Hablaremos cuando quieras —se despidió el invitado, dirigiéndose hacia la puerta.

Jeff lo acompañó con paso firme y gesto duro. Intuía perfectamente de qué había estado hablando con su padre.

Cuando cerró la puerta con un golpe seco, se giró para enfrentar a su padre y vio a Lynelle apoyando las manos en su brazo. La rabia y unos sorprendentes celos se apoderaron de él.

—¿Te ha dicho algo? ¿Ha averiguado por qué detuvieron a mi padre? —le preguntaba ella, ansiosa.

Roger le cogió las manos con un gesto paciente. Lynelle era el menor de sus problemas en ese momento que sentía la mirada dura y acusadora de su hijo sobre él.

—Me ha dicho que se está acercando —le engañó—. Ya sabes que en cuanto sepa algo te lo diré.

—¿Y cuándo podemos ir a visitarlo? —preguntó abatida—. Seguro que, si voy contigo, podré entrar en la comisaría.

Roger la miró con una ceja levantada.

—¿Has intentado entrar por tu cuenta?

Lynelle bajó la mirada ruborizada.

—No quiero importunarte... —se disculpó—. Pero tengo tantas ganas de verlo, de saber que está bien...

Jeff los miraba en silencio, conteniendo su ira con gran esfuerzo. Afortunadamente, la silenciosa señora Smith les avisó de que la cena estaba preparada.

Lynelle, deseando huir por haberse visto sorprendida, fue la primera que encaminó sus pasos hacia el comedor. Roger caminaba tras ella, aliviado por escapar de la atención de su hijo.

Cuando pasaron junto a Jeff, él dio un golpe seco en el pecho a su padre, haciendo que se detuviera, sin bajar la mano. Le señaló con la mirada la puerta cerrada de la biblioteca.

—Hablemos un momento, padre —le sugirió con fría calma.

Roger lo miró furioso. Con un movimiento brusco se deshizo de la mano de su hijo.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Yo creo que sí.

—No ahora.

—Abramsky es muy peligroso —le advirtió con gesto duro—. ¿Qué te traes con él?

—No es el momento —insistió Roger, serio, mirando a Lynelle que se había detenido frente a la puerta del comedor, mirándolos extrañada.

Jeff miró a Lynelle. Su rostro apenas disimulaba la angustia que sentía. Recompuso el gesto con gran esfuerzo. Quizá no fuera el momento adecuado para pedir explicaciones a su padre. No quería preocuparla más. Siguió a su padre al comedor. Le molestaba que se saliera con

la suya.

La cena transcurrió entre un incómodo silencio y una tensión violenta entre los dos hombres, que era más que evidente.

Justo después de cenar, en un descuido de Jeff, que estaba esperando a hablar con él, Roger salió de casa, con mucha urgencia.

Jeff decidió aprovechar la oportunidad para tratar de encontrar en la biblioteca algún resquicio de lo que su padre estaba haciendo con uno de los más grandes prestamistas de Londres.



A la mañana siguiente, Jeff recibió la visita de Charles Thornwell poco después de desayunar. Pasaron a la biblioteca juntos y su amigo le puso al corriente de todos los rumores que había oído en los muelles.

Su búsqueda había sido mucho más fructífera que la de él, pero, aun así, acordaron ir juntos a hablar con el capataz al día siguiente, por si algo había cambiado o alguien había contactado con él. Por el tiempo que había pasado desde la detención del *Barón*, los comentarios no tardarían en hacerse públicos o en ser confirmados.

Jeff estaba visiblemente molesto cuando se quedó solo. Aún no había podido hablar con su padre y había recordado que debía pedirle explicaciones, además de por la visita que había tenido la noche anterior, por transitar por los muelles a horas intempestivas.

Lynelle bajaba por las escaleras, distraída, cuando vio a Jeff cerrando la puerta de la mansión tras despedir a su amigo. Él se giró y sonrió al verla tan bonita. La sonrisa también se dibujó en los labios de la joven y fue hacia él con renovada confianza.

Jeff parpadeó sorprendido. Por unos segundos imaginó que esa sería una escena habitual en la convivencia de un matrimonio. Eso era lo que él quería, más que nada. Quería a Lynelle en su vida. Quería cuidarla, hacerla feliz.

—Pensaba salir a dar un paseo —improvisó Jeff buscando una excusa para retenerla a su lado—. ¿Quieres venir?

Lynelle aceptó agradecida. Él sintió cómo la sonrisa que le dedicaba aceleraba los latidos de su corazón.

—¿Quieres ir en carruaje o vamos paseando? —le preguntó Jeff.

—¿Me dejas elegir?

—¿Por qué no?

Lynelle asintió sorprendida. Pocas cosas le apetecían más que salir con él de esa casa que aparecía haberse convertido en una cárcel para ella. Siempre sola, dependiente de que Roger le hiciera caso o de que la señora Smith no la acribillara a preguntas o miradas indiscretas si en algún momento decidía salir a pasear.

—Vayamos paseando. Subo a arreglarme en un momento y bajo. No tardo nada.

—¿Pero has desayunado?

—No tengo hambre. —No quería estar un momento más allí si podía evitarlo.

Jeff asintió. Tenía claro dónde iba a llevarla. Sin duda, sería una grata sorpresa. Como ella le había asegurado, no tardó en bajar con un discreto vestido de paseo y un pequeño bolsito.

Tras abrirle la puerta, y salir tras ella, dirigió los pasos hacia la comisaría. El camino se les hizo ameno hablando de los viajes y los lugares en los que había estado y por los que Lynelle le preguntaba con curiosidad.

Ella parpadeó sorprendida cuando se vio frente al imponente edificio de ladrillo que mantenía encerrado a su padre.

—Pensé que te gustaría...

Lynelle le abrazó emocionada y enternecida mientras trataba de contener las lágrimas que amenazaban con salir. Era incapaz de decirle una palabra por el nudo que se le acababa de formar en la garganta. Podía sentir su afecto, el cariño en su mirada y en sus gestos. Que le diera esa oportunidad era algo que no había esperado y que agradecía más que nada. Jeff le tendió el brazo teatralmente y ella se cogió a él, sintiendo un hormigueo en el estómago.

Un policía alto y con fino bigote saludó a Jeff antes de mirar a Lynelle.

—Landler, este no es lugar para una señorita.

—La señora —recalcó con total intención— va conmigo, oficial. No se preocupe.

El policía asintió contrariado y los dejó pasar después de que Jeff firmara la documentación que él le entregó.

La luz tenue del lugar y un ligero hedor les hizo fruncir el ceño conforme avanzaban por el pasillo hasta la celda donde se encontraba el *Barón*.

—¡Padre! —exclamó Lynelle abrazándole como pudo tras los barrotes.

Anthony la miró emocionado y sorprendido mientras miraba a Landler satisfecho.

—Sabía que la cuidarías —le comentó orgulloso—, pero cariño este no es sitio para ti.

Lynelle le miró con una sonrisa triste.

—Saldrás enseguida, padre, ya lo verás.

Anthony asintió menos convencido de lo que quisiera. Los días se le hacían eternos entre esas cuatro sucias paredes.

—Lynelle, ¿podría hablar a solas con Landler?

—Pero padre, yo quiero saber qué está ocurriendo...

—Por ahora todo son sospechas, cariño. Cuando sepa algo seguro te lo diré.

Ella asintió y miró a Jeff que le agradeció la intimidad con un apenas perceptible gesto con la cabeza. Se alejó unos pasos.

—¿Se sabe algo? —preguntó sin disimular su preocupación.

—Todo apunta a una difamación que ha corrido como la pólvora.

—¿Difamación? ¿Para qué?

—Para quedarse con tus empresas. Aunque no me guste decírtelo, y aunque estemos haciendo todo lo posible para evitarlo, varios de tus contactos han roto los contratos que tenían contigo —le confesó—. Hablé con tu capataz. Las cosas no van muy bien.

Anthony lo miró nervioso, con el ceño fruncido.

—Dentro de poco recibiré una propuesta de compra, supongo.

Jeff asintió.

—Probablemente.

—No la aceptaré —le aseguró—. Cuando salga de aquí...

—Quien te ha metido aquí quiere tus empresas en vez de empezar de cero con las tuyas

propias. Hay mucha competencia hoy en día. Deberás tener cuidado.

—Cuando me llegue la propuesta sabremos quién está detrás. Se podrá denunciar.

—Tú estás en la cárcel. No será fácil. Quizá tenga contactos.

—¿Por qué yo?

—No lo sé. Quizá porque tus empresas son prósperas.

—Tanto como las tuyas —le dijo—. Si no fuéramos amigos, podríamos ser competidores.

—Hay sitio para todos.

—Eso decía tu abuelo.

Jeff asintió, recordando al hombre que lo había criado y educado más y mejor que su propio padre.

—Será mejor que nos vayamos. Vendré en un par de días, para ver si alguien ha contactado contigo. Le diré a tu capataz que te he encontrado aquí, por si necesita venir a hablar contigo o le llega a él la propuesta.

—¿Todavía no se ha corrido la voz de dónde estoy?

—No, pero supongo que será la siguiente baza si te niegas a vender.

—Te diría que no me importa, que puedo empezar de nuevo desde cero pese a la competencia, pero me preocupa Lynelle.

—No tienes por qué preocuparte por ella.

El asintió, comprensivo.

—No quiero que le falte nada.

—Estando conmigo nunca le faltará.

Antonny le tendió la mano, agradecido. Jeff le respondió con la misma firmeza, mientras se mantenían la mirada, manifestando entre ambos su total confianza.

Jeff pidió a Lynelle que se acercara para despedirse, pese a que ella quería quedarse por más tiempo.

Cuando salieron, Lynelle se sentía abatida por dejar a su padre tras las rejas. Emprendieron en silencio el camino de regreso a casa.

—¿Qué habéis hablado? —le preguntó poco después con curiosidad—. No sabía que conocías a mi padre. ¿Es tu padre quien te ha hablado de él?

—Lo conozco desde hace años —reconoció—. Estaba pendiente de hacer negocios con él.

—¿Por medio de tu padre? Son de tu padre y ¿los gestionas tú? —pensó en voz alta—. Me da la impresión de que Roger no sale mucho de casa.

Jeff se detuvo serio para mirarla. No iba a mantener ninguna mentira, y más cuando estaba tan cerca de conocerse la verdad.

—Los negocios son míos, Lynelle. Aprendí de mi abuelo. Mi padre siempre estuvo al margen —le confesó suponiendo que ella empezaría a darse cuenta de que el *Barón* no esperaba a su padre esa fatídica noche sino a él.

—Pero mi padre conocía al tuyo. Iban a hacer negocios juntos.

Jeff negó con la cabeza sin dejar de mirarla, con gesto serio.

Lynelle le mantuvo la mirada confundida. ¿Padre e hijo trataban con su padre por separado? ¿Tenían negocios diferentes? Roger no parecía que se dedicara a lo mismo que Jeff. ¿A qué se dedicaba exactamente? Jeff viajaba mucho como su padre le había comentado que pensaba hacer... Sintió que su corazón se detenía por un instante.

—¿Me estás diciendo que mi padre creía que el que le esperaba en el despacho eras tú y no tu padre?

Él asintió.

—Entonces... yo... mi padre... —sentía que se quedaba sin aire—. Mi padre cree que estoy casada contigo.

Jeff asintió.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó avergonzada.

—Vine un día a hablar con él. No le quise sacar de su error.

Lynelle asintió confundida, con el ceño fruncido. Su padre se sentiría tan mal como ella en ese momento. No le gustaría saber qué estaba pasando.

—Entonces... ¿por qué...? Tu padre se encargó de mí sin pretenderlo... Me ayudó sin tener por qué hacerlo...

Jeff elevó los ojos al cielo, con resignación. ¿Aún seguía pensando en la honorabilidad de su padre? Le costaba comprender cómo podía ser tan confiada.

—Quizá las cosas no sean como parecen —le respondió manteniéndole la mirada, atento a su reacción.

—Le debo mucho a tu padre —insistió Lynelle.

Jeff frunció los labios y el ceño. Quizá no era momento de entrar en más detalles.

—Supongo que no le diremos que hemos venido —murmuró la joven.

—Mejor que no.

—Tu padre puede sentirse ofendido si cree que mi padre se confundió pensando que eras tú.

Jeff evitó mirarla. Con gusto la zarandearía para que se diera cuenta de que su padre solo se había aprovechado de las circunstancias. Estaba deseando que su padre le explicara la razón de su comportamiento, pero iba a esperar a tener resuelto el problema del *Barón*, por si Lynelle necesitaba a alguien más en quien apoyarse.



A primera hora de la mañana siguiente, antes del desayuno, Jeff recibió a un preocupado Charles Thornwell en la biblioteca.

—Ya ha estallado —comenzó explicándole, serio—. Ya es voz pública que los negocios del *Barón* tienen pérdidas. La gente ha dejado de confiar en él y no tardará en perder los pocos contratos que le queden, si es que todavía le queda alguno. Quien haya orquestado todo esto, no tardará en aparecer.

—Debemos actuar rápido.

—¿Has pensado algo?

Jeff asintió.

—Antes tengo que hablar con el *Barón*. ¿Me acompañas y te lo cuento por el camino?

Los dos jóvenes salieron de casa sin perder un momento.

Lynelle miraba hacia la puerta casi de manera continua mientras desayunaba en compañía de Roger. Estaba deseando ver aparecer a Jeff. Le gustaba estar en su compañía, incluso mirarlo cuando él no se daba cuenta.

—Lynelle, me da un poco de apuro comentarte esto —le comentó Roger con fingida incomodidad—, pero supongo que querrás saberlo.

El rostro de Lynelle palideció.

—¿Se sabe algo de mi padre? ¿Han averiguado quién mandó detenerlo? ¿De qué se le acusa?

Roger negó con la cabeza.

—No, pero los investigadores me insisten en que estamos muy cerca —le explicó—. Me han pedido más dinero. Sé que a tu padre...

—Disculpa —le respondió Lynelle avergonzada—. No me he dado cuenta de darte más dinero para que pagues sus servicios. Si te parece bien podemos ir esta mañana al banco.

—Bueno, no es que sea urgente —disimuló satisfecho—, pero si hay que hacerlo, mejor cuanto antes, ¿verdad?

Lynelle asintió dando por terminado su desayuno. El nudo que sentía en el estómago le impedía probar un solo bocado más.

—Subiré a arreglarme.

—Lynelle —Roger se levantó y fue hacia ella—. Sé que estás preocupada, que no hemos ido a verlo, pero la comisaría no es lugar para una dama. No creo que a tu padre le gustara la idea de que te llevara allí, además de que podemos levantar sospechas.

Lynelle le miró confundida. Jeff no parecía opinar lo mismo. Pero había acordado no hablarle de su visita a ese lugar.

—No te preocupes, Roger... Si como dicen tus investigadores estamos muy cerca, mi padre saldrá enseguida y podremos olvidar esta... pesadilla.

Roger asintió ligeramente intranquilo. Haría todo lo posible para que todo siguiera igual el mayor tiempo posible. «Ella era demasiado ingenua para averiguar nada», pensó complacido.

Poco después, el carruaje se detenía frente al enorme edificio que albergaba el banco de Londres. Entraron juntos sin perder más tiempo, y Roger se quedó en un segundo plano dejando que Lynelle saludara al señor Moore, como la vez anterior.

William Moore la miró preocupado. Fue hacia ella nada más verla y le hizo pasar a su oficina. Ella le siguió ligeramente extrañada, por la expresión de su rostro.

—Venía a sacar dinero, señor Moore —le informó con voz clara y firme.

—Permítame decirle, por los años de amistad que he mantenido con su padre, que debería administrar el dinero con mucho cuidado en vista de los rumores que están corriendo por la ciudad.

Lynelle se sonrojó avergonzada. ¿Qué rumores? ¿Ya se sabía algo? ¿Por eso Jeff no había aparecido a la hora del desayuno? ¿Y por qué no se lo había dicho?

—Muchas gracias por su interés, señor Moore —le dijo esforzándose por mantener la calma y aparentar tranquilidad—. Créame que lo tengo en cuenta.

El señor Moore le dio la cantidad que le había solicitado con visible inquietud.

—Es una situación complicada —le comentó incómodo—. Espero que todo se solucione pronto.

Lynelle asintió con la mirada baja. Estaba confundida sin saber qué había pasado exactamente, y muy furiosa porque Jeff no le había contado nada si es que se había enterado de

algo.

Supuso que quien mejor podría contarle lo que estaba ocurriendo sería el capataz de su padre. Ya no tenía las ropas de Mortimer, pero a plena luz del día, esperaba que ir a los muelles no fuera tan peligroso.

Lo que no quería era ir acompañada de Roger. Él tampoco le había contado nada al respecto de lo que parecía estar pasando. No era tan frágil o delicada como para no saber encajar lo que fuese que estaba sucediendo, decidió.

Después de darle el dinero a Roger nada más salir del banco, volvieron al carruaje y en silencio se dirigieron hacia la mansión. Nada más llegar, Lynelle hizo un encantador mohín.

—Oh, ¿Cómo puedo ser tan tonta? He olvidado que tenía que comprar unos hilos para bordar... ¿Te importa que vaya ahora? Es que, si no, no sabré qué hacer en todo el día —parpadeó con fingida inocencia.

Roger le sonrió negando con la cabeza.

—Claro que no, querida —le dijo Roger—. El cochero te acercará donde le digas.

Lynelle frunció el ceño. No estaba segura de que no le contara a dónde había ido, igual que hacía la señora Smith.

—No es necesario, Roger.

—Pero tardarás menos si vas en carruaje —insistió él cerrando la puerta del carruaje tras de sí—. Llévela donde le indique —ordenó al cochero, que se limitó a asentir en silencio.

Lynelle ahogó un suspiro y cuando el carruaje llegó al cruce que debía tomar para acercarse a los muelles, le ordenó parar.

El carruaje se detuvo y ella bajó con decisión.

—Volveré andando a casa —le dijo con firmeza al cochero.

El hombre asintió, impasible, y regresó por el mismo camino.

Lynelle empezó a andar con rapidez hacia los muelles. Los nervios y la rabia por no saber qué estaba ocurriendo le dieron un valor inesperado. Sus pasos eran firmes y enérgicos cuando empezó a callejear hacia las oficinas de su padre.

Solo tuvo que retroceder dos veces al desorientarse buscando el edificio que sabía que ocupaban. Cuando llegó hasta él, subió las escaleras con rapidez y entró sin llamar a la puerta sobresaltando a los dos hombres que había dentro.

Jeff y el capataz la miraron sorprendidos levantando las cabezas de los documentos que estaban firmando.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Lynelle—. ¿Por qué has venido sin decirme nada?

Jeff se levantó y fue hacia ella mientras el capataz agrupaba toda la documentación.

—La voz se ha corrido por todo Londres, Lynelle —le explicó con crudeza—. Teníamos que movernos rápido.

Ella miró al capataz y a él, sucesivamente.

—¿Quiénes? ¿Qué habéis hecho?

El capataz le dio los contratos firmados a Jeff, evitando mirar a la indignada joven.

Lynelle parpadeó sorprendida.

—¿Qué es eso? ¿Las empresas de mi padre? ¿Ahora son tuyas? —le preguntó furiosa—. ¿Cómo has podido? ¿Eso era lo que estabas buscando? ¿Por eso no querías que le dijera nada a tu padre de lo que estabas haciendo? Porque a sus espaldas estabas tratando de comprar el negocio de mi padre. Eso es ruín y despreciable. ¿Cómo...? Yo....

No le salían ni las palabras de la rabia que sentía, de la impotencia, de la incredulidad por lo que estaba ocurriendo en ese preciso momento.

Jeff se limitó a mirarla. Estaba demasiado alterada y enfadada como para escuchar una explicación lógica, además de que no era el lugar más apropiado para darle ninguna.

La vio salir dando un portazo. Cerró los ojos, abatido, sintiendo que Lynelle estuviera pasando por esos momentos. Hubiera corrido a detenerla, pero tenía que moverse rápido y la prioridad era el *Barón*, también por el bien de ella.

—Terminemos cuanto antes —le dijo al capataz cogiendo la documentación que le tendía—. Ahora, ya sabes qué hacer. Que corra la voz.

El capataz asintió convencido. Jeff salió de la oficina mirando a su alrededor a cada paso que daba por si se encontraba a Lynelle. Debía ir con rapidez a hablar con sus abogados, pero estaba intranquilo por el estado en el que la había visto.

Cuando llegó a casa, horas después, la señora Smith le aseguró que la joven estaba encerrada en su habitación, víctima de una horrible jaqueca.



Ya entrada la noche, Lynelle seguía dando vueltas en la cama sin poder dormir. No sabía qué hacer. No se le ocurría nada.

Su casa estaba cerrada. Su padre, detenido. El señor Moore le había recomendado que tuviese cuidado con el dinero que le quedaba, que no sabía ni cuánto era o si con todo lo que estaba pasando lo podría perder. Jeff, en el que creía que podía confiar, había sido el que se había beneficiado de la detención de su padre. Y Roger, que tanto se había implicado, que hasta se había casado por salvar su honor, no había aparecido en todo el día. La angustia se había apoderado de ella.

Escuchó que la puerta de su dormitorio se abría con cuidado. Apenas entraba la luz de la luna por las ventanas.

—¿Roger? —preguntó intranquila mientras sujetaba las sábanas contra su pecho.

Jeff frunció el ceño. ¿Por qué esperaba a su padre? ¿Acaso el tener las habitaciones tan separadas era un mero formalismo para guardar las apariencias dentro de la casa?

Temiendo su reacción, optó por acercarse en silencio a la cama.

Lynelle se estremeció al notar su presencia en cuanto la reconoció. Se incorporó enfadada, recordando lo que había visto esa mañana.

—Shhh —le susurró sentándose frente a ella.

—No sé cómo te atreves a mirarme a la cara después de lo que he visto esta mañana —le acusó con frialdad.

—Necesito hablar contigo.

—Lárgate.

—No hasta que me escuches.

—¿Acaso no has comprado las empresas de mi padre? —replicó severa.

—Más o menos.

—¿Las has comprado o no? —insistió impaciente.

—Sí, pero él lo sabe.

Lynelle lo miró contrariada.

—¿Mi padre?

—Sí, hablé con él. Me dio su permiso para hacerlo.

—¿Para comprarlas?

Jeff asintió con la cabeza. Parecía que Lynelle estaba más calmada o, por lo menos, dispuesta a escuchar.

—Alguien se había encargado de difamar a tu padre para poder comprarlas por un ridículo precio. Solo nos hemos adelantado. Quien haya sido tendrá que hablar ahora conmigo.

Ella le miró insegura. Sentía los nervios a flor de piel. Quería poder confiar.

—¿Me lo dices de verdad?

—¿Dudas de mí? ¿Yo te he mentado alguna vez?

Ella se ruborizó, avergonzada. Realmente, desde que Jeff se enteró de lo que estaba ocurriendo le había demostrado que podía confiar en él.

—¿Eso no puede ser peligroso?

Jeff se encogió de hombros. Tenía sus riesgos, y más cuando quién fuera se había tomado tantas molestias para despejarse el camino.

—Discúlpame —le pidió, desolada—. No me siento segura de nada. Dependía tanto de mi padre... ahora dependo del tuyo, pero él no parece que haya descubierto nada, o no me lo quiere contar para no preocuparme. No me gusta esta sensación.

Jeff asintió al sentirla tan indefensa. Sus manos reposaban sobre la cama, próximas a las suyas. Uno de sus dedos rozó con suavidad la suave piel de Lynelle. Ambos sintieron el calor de su contacto. Se miraron a los ojos entre sombras. Estaban a solas. A oscuras. Demasiado cerca.

—Prometí a tu padre que cuidaría de ti, Lynelle —le susurró serio—. Confía en mí.

Ella asintió vulnerable. Jeff sintió su rendición. No quiso pensar en nada más. Amaba a esa mujer. Quería consolarla, darle la estabilidad que se merecía... y ¿por qué negarlo? Quería tenerla bajo su cuerpo, borrarle con besos cualquier resto de los recuerdos de su padre y de esa desagradable situación en la que se había visto inmersa.

Al día siguiente exigiría las explicaciones que hicieran falta a su progenitor por su deplorable comportamiento respecto a ella, pero esa noche.... Esa noche... La suave luz de la luna se filtraba por las ventanas del dormitorio, propiciando la intimidad que compartían.

Buscó sus labios con su boca. La besó con suavidad sabiendo lo que pasaría a continuación si ella le correspondía. Rezaba para que así fuera, para que siguiera confiando en él, para que se le entregara sin reservas.

Lynelle respondió al beso tímida. Intuía lo que podía pasar a continuación. No estaba segura de que fuera lo correcto, pero... pero... Jeff le había mostrado un mundo nuevo de sensaciones, la hacía estremecerse, quedarse sin aire, sentir fuego en sus entrañas... Nunca había sentido nada igual. ¿Eso era el amor? ¿Confianza plena de día y besos compartidos por la noche, apasionados y hambrientos? Le pasó los brazos por el cuello. Su corazón latía con fuerza. Su cuerpo le pedía más, más contacto, más calor, más pasión.

Sin dejar de besarla, Jeff empezó a quitarse la ropa. Cuando ella, con torpes movimientos le quiso ayudar, se le disiparon las pocas dudas que le quedaban al respecto de lo que iba a suceder entre ellos.

Ella acarició su duro pecho desnudo. Quería tocarlo, sentir su calor. Cuando él le quitó el camisón, la vergüenza por la intimidad compartida la hizo estremecerse, pero quería sentir, quería entregarse a él. Ser suya.

Jeff la encendió con sus besos, la inflamó con sus caricias, la enloqueció con su deseo. Se situó sobre ella. La respiración entrecortada, el pulso acelerado de ambos, los hizo mirarse cómplices, conscientes de lo que iba a ocurrir. Jeff la besó en los labios ahogando su gemido cuando entró en ella con insólita dificultad. Dudó por segundos. ¿Lynelle no había estado con ningún otro hombre? La vanidad y el orgullo se apoderaron de él. La besó más excitado, más apasionado. Lynelle era total y exclusivamente suya. Con sus besos, con sus movimientos, la arrastró a un lugar del que ninguno de los dos quería regresar.

Un rato después, yacían abrazados y complacidos bajo las sábanas. Lynelle somnolienta y con una relajada sonrisa en los labios. Jeff orgulloso porque ella era suya. La besó con cariño en la frente.

—Creía que te habías acostado con mi padre —murmuró satisfecho de que no fuera cierto.

—No, claro que no —le respondió ella, alarmada—. ¿Por qué pensaste eso? Tu padre siempre me respetó. Es un caballero.

Jeff frunció el ceño, molesto. Aún tenía que hablar con él sobre varios asuntos, y no estaba dispuesto a dejar pasar más tiempo.

—Te casaste con él.

—Fue puro formalismo. Tu padre me aseguró que cuando todo acabara, volveríamos al abogado para firmar los trámites que deshicieran todo.

Jeff asintió. Por lo menos su padre había mostrado algo de dignidad y vergüenza en todo el asunto.

—¿Puedo preguntarte por qué aún no tenías esposo? Eres preciosa —volvió a besarla con cariño.

Lynelle le sonrió con dulzura.

—No tenía ningún interés —le confió—. Nunca pensé que se pudiera depender tanto de un hombre. Siempre he tenido a mi padre a mi lado.

—Pero él debería haber previsto que no iba a estar siempre.

—Estábamos hablando de eso cuando lo detuvieron —recordó—. Esta temporada iba a presentarme en sociedad.

—Ya no tendrás que hacerlo —la besó en la frente, de nuevo.

—El matrimonio con tu padre no es real —le recordó.

Jeff la miró a los ojos.

—Te amo, Lynelle —le susurró—. Quiero que seas mi esposa, si tú quieres serlo.

Lynelle lo miró emocionada. No quería nada más. Asintió temblorosa por la emoción que sentía. Jeff la besó en los labios apasionado, dispuesto a hacerla suya una vez más.



A la mañana siguiente, Jeff se levantó de la cama de Lynelle, saciado y de buen humor. La dejó dormir relajada, y bajó a desayunar, con energía renovada.

Todo parecía que se estaba arreglando. Sería cuestión de pocos días, incluso de horas, que quien había metido en la cárcel al *Barón*, saliera de su escondite y contactara con él.

Entró al comedor para desayunar, cuando vio a la señora Smith salir de la biblioteca.

¿Estaba su padre despierto a esas horas? ¿Tan temprano? ¿Después del día anterior sin haber dado señales de vida? Era una buena manera de empezar la mañana, se dijo, solucionando el trámite matrimonial de Lynelle. Se dirigió a la biblioteca y entró sin llamar.

—No era lo que habíamos acordado —rugía Abramsky amenazador.

Jeff se detuvo al escucharle. Ese hombre miraba a su padre con dura agresividad. Una violenta tensión parecía que se respiraba en el aire. Ambos se giraron al sentir su presencia.

—No pretendía molestar —se disculpó con fingida preocupación—. No estaba seguro de que estuvieras en casa, padre... Abramsky...

Jeff hizo ademán de salir. No le gustaba que ese hombre estuviera bajo su techo. Ya había advertido a su padre al respecto, pero estaba claro que de nada le había servido. Con lo bien que había comenzado el día...

—Qué casualidad —comentó el hombre estirando la chaqueta de su traje disimulando apenas su rabia contenida—. Justo el hombre con el que quería hablar...

—¿Conmigo? —preguntó Jeff extrañado girándose hacia él.

Miró a su padre. ¿A cuánto ascendería su deuda esta vez? Ahogó el gruñido que le hizo fruncir el ceño.

—Me han dicho que es usted quien ha comprado las empresas del *Barón* —le informó con evidente sarcasmo.

Jeff lo miró con frialdad. Sintió una sobrecogedora tensión recorrer su cuerpo. ¿Cómo se había enterado?

—Así es.

Roger los miraba alternativamente sin decir una palabra.

—Usted sabe tan bien como yo que están en bancarrota. Se han anulado sus contratos y ahora mismo son totalmente inservibles.

Jeff asintió con un gesto de cabeza, esperando a que siguiera hablando.

—¿Por qué las ha comprado? —le preguntó entre dientes con el ceño fruncido.

Jeff enarcó las cejas ocultando la verdad.

—¿Y a usted por qué le interesan?

El hombre miró a Roger con los puños apretados a sus costados con evidente crispación.

—¿Qué hago, Landler? Te di a escoger entre las empresas del *Barón* o las de tu hijo.

Jeff los miró ocultando la sorpresa que causaron sus palabras.

—¿Qué está pasando aquí?

Roger permanecía en un incómodo y frío silencio, evitando la mirada de su hijo.

—Quiero las empresas del *Barón* —le explicó Abramsky pasándose una mano por la poblada barba.

Jeff se encogió de hombros, impasible. Notaba la rabia contenida y el esfuerzo que estaba haciendo el prestamista para no dejarse llevar por ella.

—No están a la venta.

—No parece que me haya entendido. Quiero las empresas del *Barón* —repitió incidiendo en cada una de las palabras que había dicho.

—No están a la venta —repitió incidiendo en sus palabras, del mismo modo que él había hecho.

Se mantuvieron la mirada con letal dureza.

Abramsky miró a Roger, despectivo.

—Dos días tienes, Landler —le amenazó antes de salir sin despedirse de nadie.

Jeff miró a su padre, severo.

—¿A qué se refiere? —le preguntó nada más quedarse a solas.

—¿Por qué compraste las empresas del *Barón*? —le preguntó Roger dejándose caer en su sillón, nervioso y preocupado—. ¿Por qué te metiste en todo esto?

Jeff lo escuchaba incrédulo. Se acercó a él.

—¿Estás detrás de todo lo que le ha pasado?

—Tú no lo entiendes —se justificó, resoplando.

—Explícamelo.

Lo miró angustiado.

—Le debía algún dinero.

—¿A Abramsky?

Roger asintió evitando la mirada acusadora de su hijo.

—¿Cuánto?

—Una cantidad... importante... —reconoció—. Solo tenía que lanzar un rumor... No hice nada más. Yo no tengo la culpa de que la gente lo creyera y anularan sus contratos.

Jeff sintió que la rabia se apoderaba de él.

—Pero ¿sabes lo que has hecho? ¿Querías hundirlo?

—No, claro que no —se justificó—. Solo quería dar por cancelada la deuda con Abramsky.

—¿A qué se refería cuando dijo que tenías que elegir entre sus empresas y las mías?

—A eso mismo —le respondió con el ceño fruncido—. Me dio a elegir. Pero yo no haría nada en contra de ti. Eres mi hijo.

—Pero sí lo hiciste contra el *Barón*.

—No lo conozco. No pensé... Yo quería saldar mi deuda...

—¿Qué hacías en su casa cuando lo apresaron?

—Yo no... ¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo él.

Roger chasqueó la lengua, fastidiado.

—Suponía que te conocía. Antes de que saliera por la puerta oí gritar: *Landler, cuida a mi hija* —lo imitó—. No estaba seguro de que lo conocieras, pero ningún hombre dejaría a su hija en manos de un desconocido, ¿verdad?

Jeff lo miró sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Aún no me has dicho qué hacías allí.

—Fui por... pensé que... si le decía lo que planeaba Abramsky quizá me diera más dinero...

—Eso hubiera sido un suicidio con alguien como Abramsky.

—Ahora lo sé.

Jeff le recriminó la respuesta con su fría mirada.

—¿Por qué te casaste con ella?

—Fue un mero trámite —le explicó—. La señora Smith lo sugirió. No me pareció mala

idea. Es la hija de un barón. Me abre la puerta a la alta sociedad. Allí la gente tiene mucho dinero... El *Barón* también tiene mucho dinero...

—¿Has hecho todo esto por dinero? ¿Por pagar tu deuda y conseguir más dinero para seguir jugando?

Roger lo miró consternado y ligeramente avergonzado. Todo se había precipitado antes de que ideara algún plan del que pudiera salir victorioso.

—Te has aprovechado de Lynelle —le acusó.

—Yo no diría eso.

—¿Qué dirías?

—Ella ha estado viviendo aquí, ¿no? La he alimentado, ha estado bajo techo...

—¿Cuánto dinero le has sacado?

—Unos pocos cientos... más o menos...

—Todo el que has podido.

Roger asintió.

—Le hiciste creer que pagabas a abogados e investigadores.

—Es demasiado inocente —se quejó en un murmullo.

—Confiaba en ti.

Roger se encogió de hombros, indiferente.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Nosotros? Es tu cabeza la que está en juego.

—Es tu apellido —le recordó—. Si yo caigo tú caes conmigo.

Jeff lo miró serio. No sabía hasta dónde podría llegar Abramsky con sus amenazas. No quería ningún escándalo, ni que Lynelle tuviera ningún problema más.

—¿Cuánto le debes a Abramsky?

—¿Vas a pagarle?

—Tengo que pensarlo. Pagarle es mantener sus negocios y que siga difamando o extorsionando a quien le venga en gana.

—Es un prestamista —reconoció Roger, encogiéndose de hombros—. Va a serlo siempre.

Jeff le miró serio. Le impresionaba la frialdad y pasividad de su padre en algunos aspectos.

—Quería perjudicar a un hombre. Comprarle su empresa a bajo precio. Eso es un delito.

Roger se limitó a mantenerle la mirada. Jeff se dirigió a la puerta, visiblemente enfadado.

—¿Dónde vas?

—No quiero verte —le respondió sincero—. Me avergüenzo de ti.

—Siempre lo has hecho —le respondió Roger con una mueca—. Solo adorabas a tu abuelo.

—Era un hombre íntegro, padre. De ti no puedo decir lo mismo.

—No toqué a esa joven. Cualquier médico puede comprobar que el matrimonio no se consumó y disolverlo sin mayor problema.

Jeff le mantuvo la mirada, serio. No había pensado en esa posibilidad, inexistente en ese momento. Roger sonrió, cínico.

—Vaya, veo que no soy el único que se ha aprovechado de la hija del *Barón*.

—Yo no me he aprovechado de ella.

—No creo que ella piense lo mismo cuando descubra todo esto.

Con un gesto despectivo hacia su padre, Jeff salió de la biblioteca y de la casa. Tenía que hablar con sus abogados. Le urgía solucionar todo lo que su padre había ocasionado con o sin intención.

Bien entrada la madrugada, Jeff volvió a la mansión y fue directo a la habitación de Lynelle. Ella le recibió entre sus brazos con una sonrisa somnolienta y totalmente dispuesta a dejarse llevar hasta donde él quisiera llevarla.



Cuando amaneció, Lynelle se despertó con una sonrisa en la cara. Se dio media vuelta y se sorprendió de ver a Jeff a su lado, mirándola preocupado.

—¿No has salido hoy a caballo?

Jeff negó con la cabeza, acariciándole el rostro.

—Y ¿dónde estuviste ayer? No te vi en todo el día.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Lynelle asintió satisfecha.

—Yo también.

Jeff la besó en los labios hasta que escuchó cómo llamaban a la puerta. Tenía miedo de perderla, pero no podía hacer nada por retenerla con él. No con tantas mentiras entre ellos. Ahogó un suspiro.

—Creo que querrás preparar la maleta —le comentó levantándose de la cama y empezando a vestirse.

—¿A qué te refieres? —le preguntó extrañada.

—No sé cómo decirte lo que...

La señora Smith llamó a la puerta de nuevo, antes de entrar. Miró a Jeff sin aprobar que estuviera con ella. Él no se molestó en esconderse. Se limitó a mantenerle la mirada, serio, antes de darle la espalda y acercarse, abatido, a la ventana. No sabía cómo podría acabar todo eso.

—El barón Bowman pregunta por usted.

Lynelle parpadeó sorprendida.

—¿Mi padre está aquí?

La señora Smith asintió con la seriedad de siempre, antes de volver a salir con su mirada reprobatoria.

Lynelle se levantó de la cama y fue hacia Jeff ilusionada.

—¿Has sido tú? Lo has sacado —le preguntó antes de empezar a vestirse con rapidez.

Él asintió, alegrándose por ella mientras sentía que su corazón pendía de un hilo.

Ella lo abrazó con fuerza y lo cogió de la mano.

—Vamos...

Jeff no estaba seguro de querer bajar. Temía lo que pudiera pasar una vez se encontrara cara a cara con el *Barón*. Siempre había sido un hombre noble y justo, pero, esta vez, Lynelle estaba en medio. Sentía que el brillo de su confiada mirada se le clavaba en el alma.

—Escucha, Lynelle... Yo... Sabes que no te haría daño intencionadamente, ¿verdad?

—Sí, Jeff, pero abajo está mi padre —le recordó ella, impaciente—... Vamos.

Jeff, cabizbajo, asintió.

—Adelántate...

—De acuerdo...

Lynelle, con el cabello apenas recogido, bajó emocionada las escaleras y corrió a los brazos de su padre, que esperaba junto a la puerta de entrada.

—Estoy tan contenta, padre.

—Recoge lo que quieras llevarte, Lynelle. Vámonos de aquí —le respondió serio cuando dejó de abrazarla.

—Sí, claro —le sonrió mientras Roger bajaba las escaleras extrañado por lo que estaba sucediendo en el vestíbulo.

—¡Roger! Mi padre está...

Anthony fue hacia él decidido con la furia reflejada en su rostro. Le dio un puñetazo que lo tumbó en el suelo mientras Jeff bajaba por las escaleras, serio e impasible ante lo que había visto.

Lynelle miró la escena asustada.

—¡Padre! Roger me ha ... —se acercó para ayudarlo a levantarse.

—No te acerques a él —le dijo ceñudo, antes de mirar a Jeff—. Lynelle, recoge lo que quieras y vámonos.

—Yo se lo puedo enviar a casa —le sugirió Jeff mientras Roger se levantaba sin ayuda, con la mano en su dolorida mandíbula.

—No era mi intención... —Roger empezó a disculparse dando dos pasos atrás al ver que Anthony iba de nuevo hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lynelle totalmente confundida.

Miró a Jeff que era incapaz de hablar. Solo la miraba serio.

—¿No se lo has explicado? —le preguntó Anthony a Jeff.

Él negó imperturbable.

—Explicarme, ¿qué? —preguntó Lynelle preocupada, acercándose a su padre.

No le gustaba esa tensión que parecía que se palpaba en el aire.

Anthony miró a Roger y a Jeff.

—Te han engañado y utilizado, hija —le resumió Anthony tan dolido como enfadado—. Vámonos a casa.

Lynelle lo miró sin comprender antes de dirigir la mirada, desconfiada, a los dos hombres con los que había convivido durante más de un mes.

—¿A qué te refieres? Roger pagó a los abogados que te han puesto en libertad, padre. Y Jeff se encargó de tus empresas. Eso me consta, padre.

Anthony la miró consternado.

—Eres demasiado inocente, Lynelle —se disculpó—. Roger no pagó más que sus deudas de juego con el dinero. Se casó contigo creyendo que podría lucrarse a tu costa.

Lynelle se sonrojó, sintiéndose estúpida, y miró a Roger que desvió la mirada, incómodo.

—Pero el matrimonio no se consumó, padre... —inmediatamente miró a Jeff, ruborizada—. No... —la rabia empezaba a apoderarse de ella—. Yo vi como pagaba a...

—Prestamistas, hija —le explicó su padre acercándose a ella y apoyando la mano en su brazo.

Lynelle negó con la cabeza. Miró a Jeff sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Tú lo sabías. Tú... lo sabías —le acusó.

Él le mantuvo la mirada sin decir nada. Fue como un golpe seco, directo a su pecho. Su corazón se rompió en mil pedazos que parecían desgarrarle el alma. Enderezó la espalda con toda la dignidad que pudo y miró a su padre.

—Siento haber sido tan estúpida, padre —murmuró seria y completamente abatida—. Será mejor que nos vayamos de aquí.

Anthony asintió siguiéndola después de dirigirle una última y severa mirada a Jeff.

Él los vio salir sintiendo que su corazón se resquebrajaba conforme Lynelle se alejaba de él.



Un mes más tarde, Anthony buscó a Lynelle para mostrarle la invitación que había recibido en el correo de la mañana.

La encontró como últimamente, bordando en silencio, sentada junto a la ventana del salón. Era lo que hacía la mayor parte del tiempo desde que la normalidad había vuelto a sus vidas.

—Nos han invitado a un baile. Lady Helen Genevieve. Creo recordar que era amiga de tu madre.

—Sí, la conocí en el baile de los condes de Bersay.

—¿Te vieron con los Landler?

—Sí... Buscaban tu título, ¿recuerdas? Ir al baile supongo que fue una manera de exhibirlo.

Anthony sonrió con tristeza, ante la amargura subyacente en las palabras de su hija.

—Solo soy un barón.

—Eras lo que tenían a su alcance... —hizo una mueca despectiva recordando su humillación.

—También ha llegado la resolución de tu divorcio —le mostró una serie de documentos—. Creí que llevaría mucho más tiempo. A Landler le habrá salido caro.

—No me importa, padre —le respondió indiferente sin levantar la vista de su bordado.

—La vida sigue, Lynelle, deberías encontrar marido.

—¿Para qué? ¿Para que se aproveche de mí?

—No todos los hombres son iguales.

—¿Por quién lo dices? ¿Por el padre o por el hijo?

—Si hubiera sido Jeff el que estaba en mi despacho como yo creía que era, las cosas hubieran sido diferentes.

—¿En qué sentido, padre? —preguntó airada.

—Supongo que en todos.

—Pero no fue eso lo que ocurrió.

—No me importa el dinero perdido, hija. Jeff lo repuso como me dijo que haría.

Lynelle se sonrojó. No había podido olvidarle.

—No quiero saber nada de ningún hombre.

—Si Jeff es un hombre de palabra como siempre me ha demostrado que es, no tardará en llamar a la puerta.

—¿Por qué dices eso?

—La noche anterior a mi liberación...

—No quiero recordar esa experiencia —le interrumpió incómoda.

—Creo que tienes que dejarme hablar de ella. Fingir que no ha pasado no soluciona las cosas.

—No hay nada que solucionar. Si Jeff Landler te ha devuelto el dinero y tus empresas han recuperado sus contratos no perdimos nada. Solo tiempo, padre.

—Tú perdiste mucho más.

Lynelle se sonrojó, avergonzada.

—Yo no...

—Nunca te pediría que te justificaras, hija —le aseguró, comprensivo—. Perdiste tu ilusión, tu confianza...

—Fui una estúpida —bajó la vista, dolida—. Confiaba plenamente en todo lo que me decían.

—Como debe ser entre una pareja.

—¿Qué pareja, padre?

—Cuando Jeff me contó todo lo que había ocurrido, mi equivocación...

—Tú no te equivocaste.

—Claro que sí. Yo creía que era Jeff el que estaba en la biblioteca.

—Confiabas en él.

—Sigo haciéndolo —le defendió—. Es un hombre íntegro.

—Para los negocios, quizá —le respondió con el ceño fruncido—. Pero...

Lynelle se ruborizó. Pasado el enfado inicial por cómo la habían engañado intencionadamente, había esperado que él se presentara ante ella, le pidiera perdón, la envolviera entre sus brazos y la besara, como tantas veces había hecho. Pero los días fueron pasando y ella seguía ahí. Sola y enfadada con ella misma por haber sido tan inocente y confiada. Y, lo que era peor, deseando secretamente que él apareciera. ¿Por qué no podía dejar de amarlo? Suspiró abatida.

Se escuchó una llamada en la puerta de entrada.

—Será él.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me dijo que vendría cuando se anulara tu matrimonio.

—¿Le creíste?

—No hubiera confiado tu vida a nadie más —le aseguró—. Me pidió tu mano. No le respondí. Estaba demasiado enfadado para eso. Pero me dijo que volvería a por ti.

—No me lo habías dicho, padre.

—No querías hablar sobre el tema.

—Ahora tampoco quiero.

El padre asintió mientras el anciano señor Oakles les avisaba de que había acompañado a lord Landler a la biblioteca.

—Lo mismo deberías asegurarte antes de si es el padre o el hijo —le comentó con ironía a su padre antes de que saliera del salón.

Anthony se giró y se encontró con una desoladora tristeza en la mirada de su hija.

—El padre se fue de Londres días después. Jeff le puso un ultimátum cuando la policía se llevó detenido a Abramsky. Se fue a una casa de campo cerca de Birmingham. Lejos del juego, de los vicios y de la vida nocturna, o esa era la idea. Creo que dirige una pequeña sucursal, lo justo para ganarse el dinero que Jeff ha aceptado pagarle como si estuviera trabajando para él.

Lynelle lo escuchaba en silencio. Se mordió los labios, insegura.

—¿Cómo lo sabes?

—He hablado con él alguna vez desde esa noche.

—¿Entonces es él quien está en la biblioteca?

Anthony asintió mostrándole el documento que tenía en la mano.

—Me dijo que vendría en cuanto fuera oficial. ¿Qué quieres que le diga?

—¿Sobre qué?

—Vendrá a pedir tu mano.

—¿Por qué? Ya... —se ruborizó—. ¿Qué interés puede tener?

—Creo que te ama, pero quizá deberías ser tú quien le pida explicaciones.

Lynelle dejó el bordado a un lado y se levantó seria.

—Muy bien.

—Cuentas con mi bendición, hija.

Lynelle miró a su padre con desdén.

—No creo que la necesite, padre.

Anthony se encogió de hombros, comprensivo.

—Escucha lo que tiene que decirte.

Ella asintió por mera cortesía y fue hacia la biblioteca decidida, resuelta a pedirle que abandonara su casa y cualquier intento de encontrarse con ella.

Jeff la miró impresionado. Su corazón había dado un vuelco a verla entrar por la puerta. Estaba tan preciosa como recordaba, pero la notaba distinta. Más fría, más distante, quizá más desconfiada y con razón.

—Lynelle...

—¿Qué quieres?

Jeff fue hacia ella.

—A ti.

Lynelle levantó una mano evitando que se acercara más.

—¿Y debo creerte? —preguntó enarcando una ceja.

—Haré lo que sea necesario para que me creas.

—Pues no te molestes —le respondió altiva mientras sus rodillas le temblaban.

Se obligo a no moverse de donde estaba, pese a que su cuerpo solo quería acercarse a él.

—Te amo, Lynelle —le aseguró con firmeza—. No he podido dejar de pensar en ti desde que te fuiste.

—Ese es tu problema.

Él se le acercó decidido, cogiéndola por la cintura, mirándola a los ojos, a los labios. La sintió estremecerse contra él.

—Dime que tú has podido olvidar lo que sientes cuando estamos juntos porque yo no he podido hacerlo.

Lynelle evitó su mirada entre sus brazos. No quería claudicar. No quería que las lágrimas arrasaran sus ojos como lo estaban haciendo.

—Solo siento rabia... y vergüenza.

—Déjame que lo arregle, que lo solucione.

—¿Y volver a depender de ti?

—Eres tú quien me tiene en ascuas, Lynelle —le recordó—. Soy yo quien depende de ti, de tus palabras, de tus sentimientos.

Lynelle lo miró desconfiada.

—No te creo.

—No te culpo —le acarició la mejilla con sus dedos mientras se perdía en su mirada—. Pero dame una oportunidad.

—Ya la tuviste.

—No, no es cierto —le reclamó—. Tuve un desastre que arreglar, un problema que solucionar en el que estabas en medio. No supe hacer las cosas mejor. Nunca quise hacerte daño o que sufrieras.

Ella le miró sin responder. Parecía sincero. Quería creer que lo era.

—Sabías que te amaba, que confiaba en ti... y te aprovechaste de eso.

—No. No me aproveché. Sentíamos lo mismo, Lynelle. Lo sabes. Te amo —le aseguró con voz firme—. Quiero protegerte, cuidarte, y seguir amándote toda mi vida.

Ella negó con la cabeza, recelosa de sus palabras. La herida en su corazón todavía le dolía.

—Me enamoré de tu mirada la primera vez que te vi. Antes de saber que te habías casado con mi padre, que podrías compartías su techo o la misma cama...

Ella se ruborizó.

—Lo sabes —insistió Jeff.

—Para mí todo es un mal recuerdo del que no quiero saber nada.

Jeff ahogó un gemido.

—Entiendo que desconfíes, pero nunca te mentí.

—Me ocultaste la verdad.

—Lo creí necesario —insistió—. Pero eso ya lo hemos superado. Te amo, Lynelle, déjame pasar la vida a tu lado para resarcirte por ello.

Lynelle lo miró con un nudo de emociones retenidas en la garganta. Aún se sentía avergonzada, humillada, dolida. Se alejó de él con un gran esfuerzo. Su cuerpo, su corazón, todo su ser se había sentido vivo en su presencia.

—Lo siento, no puedo —salió corriendo, tratando de retener las lágrimas que empezaban a correr por sus mejillas.

Jeff la siguió con la mirada. ¿Necesitaba más tiempo para perdonarle y olvidar? Le daría solo un poco más, sonrió con arrogancia. Esa mujer era suya, y estaba convencido de ello. Solo tenía que convencerla de lo mismo.



La noche del baile de lady Genevieve llegó casi en un suspiro para Lynelle, que no encontró una excusa convincente para que su padre rechazara la invitación.

Los nervios ante la incertidumbre, los recuerdos del baile anterior, y el miedo a que todos los asistentes supieran de su reciente divorcio se habían apoderado de su estómago, pero ni aun así consiguió el permiso para quedarse en casa.

Cuando llegaron, el ambiente engalanado, la música de fondo, mujeres con vestidos elegantes y hombres con sus mejores trajes, los recibieron permitiéndoles mezclarse entre ellos con total naturalidad. Todo parecía perfecto.

—No sé si ha sido buena idea venir, padre —le insistió por décima vez desde que habían salido de la mansión.

Anthony saludaba con un gesto de cabeza a las personas que conocía, mientras Lynelle luchaba por pasar desapercibida, algo bastante difícil con el precioso vestido verde y negro que llevaba y que resaltaba el color de sus ojos.

—Creo que será una buena manera de demostrar a la alta sociedad que soy un hombre de fiar, además de una manera de cerrar una desagradable herida.

—Nunca has necesitado acudir a ningún baile para demostrar quién eres.

—Mi negocio es lo de menos —le respondió su padre con tranquilidad—, pero tú te mereces mucho más. Descuidé ese aspecto, consentí tus negativas a acudir a estos bailes por seguir cómodamente encerrada en nuestro hogar...

—No tenía la necesidad de salir de allí —le interrumpió impaciente, bajando la voz.

—Pero tu madre hubiera querido que tuvieras la oportunidad de elegir.

—Elegí seguir en casa, padre.

—Sin saber lo que te perdías en estos bailes.

—Ahora ya lo sé y sigo eligiendo lo mismo.

—Hagamos una cosa, Lynelle —le propuso—. Si tú quieres, será tu último baile, pero no me puedes quitar la ilusión y el orgullo de bailar contigo, aunque sea una vez.

—Padre —Lynelle se emocionó—... por supuesto que no.

Cuando sonó la siguiente pieza, Anthony la llevó hasta el centro del salón de baile y empezó a bailar con ella, orgulloso. Lynelle notó cómo le brillaban los ojos.

—Eres tan parecida a tu madre...

—¿De verdad?

—Creo que por eso no quería venir, esto me recuerda demasiado a ella.

—Pues vámonos...

Se interrumpió al ver a Jeff detrás de su padre, irresistiblemente apuesto, sin dejar de mirarla.

—¿Me permite?

En el centro del espacio de baile, Anthony cedió su hija a Jeff con un gesto de asentimiento y se alejó de ellos. Sin darle tiempo a huir, Jeff la rodeó con sus brazos como tan

bien sabía hacerlo y empezó a bailar con ella. Sonreía relajado.

—¿Has vuelto a frecuentar los bailes? —le preguntó Lynelle con ironía— ¿Quizá buscando esposa?

—No me interesan los bailes, ni buscar una esposa, Lynelle. Ya te dije que solo hay una mujer que me interesa y esa eres tú.

Lynelle lo miró desconfiada mientras giraban entre los demás bailarines.

—¿No vas a perdonarme nunca?

—No creo —le dijo con un mohín desviando la mirada.

—¿Pero me dejarás pedirte disculpas toda la vida?

Lynelle lo miró, irritada.

—¿Cuánto más vas a insistir?

—Lo que haga falta.

Tres bailes después, Jeff la seguía reteniendo entre sus brazos, sin darle opción a escapar.

—Por favor, vamos a dar que hablar —le recriminó ella, impaciente.

—Quiero que todos los presentes sepan que eres mía —le susurró al oído con voz ronca.

—No soy tuya.

—Porque no quieres.

—Por supuesto que no.

Se mantuvieron la mirada y lady Genevieve, la anfitriona, se les acercó con una sonrisa. Lynelle aprovechó la interrupción para detenerse y empezar a abandonar el centro del baile con naturalidad.

—Veo que lo pasáis bien. Lynelle, acabo de saludar a tu padre, y me dijo que habías venido —le sonrió dificultando su huida—. Tu esposo y tú hacéis muy buena pareja —se apoyó en el brazo de Jeff por el brazo para caminar junto a la muchacha—. Espero que sepas cuidarla, joven. Te has llevado una joya.

—Lo sé, lady Genevieve.

—Alguien corrió un absurdo rumor de que te habías casado con Roger Landler, pero no hay más que veros juntos para saber que era Jefferson quien había conseguido tu mano. Afortunadamente para todos, los rumores desaparecen cuando la verdad sale a la luz.

Lynelle y Jeff se miraron cómplices mientras llegaban hasta Anthony.

—¿Volverá a desaparecer de los bailes, barón?

—Probablemente, lady Genevieve.

La mujer asintió con cariño.

—Sé que las empresas pueden robarle mucho tiempo, pero manténgame informada de la llegada de sus nietos. Estos jóvenes no creo que tarden en dárselos.

—Entonces aún estaré más ocupado —le sonrió con amabilidad.

La encantadora mujer sonrió, antes de alejarse para hablar con otros invitados.

Anthony miró a los dos jóvenes satisfecho mientras un par de hombres se acercaron hasta ellos, sonrientes. Lynelle se disculpó y salió a los jardines apresurada. Necesitaba estar a solas. Parecía que no hubiera pasado nada, que no fuera importante que ella se hubiera casado y divorciado en poco más de dos meses. A ella, todo lo sucedido, le había parecido escandaloso y, sobre todo, muy humillante.

Supuso que la confusión originada por si su matrimonio había sido con Roger o con Jeff, que había comentado la anfitriona, tenía algo que ver con el silencio generalizado sobre el asunto. Todos parecían querer guardar las apariencias, tanto si su suposición había sido la

correcta, como si no.

Miró al cielo estrellado con un suspiro. No tardó en sentir una presencia a su espalda. Antes de girarse ya sabía quién era.

—Tendrás frío —se quitó la chaqueta y se la puso sobre sus hombros manteniendo una tentadora cercanía.

Lynelle dudó por unos segundos, pero cedió ante el calor que su cuerpo agradecía. Lo miró ligeramente desconcertada por toda la confusión que bullía en su interior.

—No deberíamos estar aquí —murmuró no muy convencida.

—Piensan que estamos casados.

—Pero no lo estamos.

—Porque no quieres.

Lynelle le miró a los ojos. Su mente insistía en las dolorosas mentiras y en la decepción sufrida. Su corazón le recordaba lo que sentía por él.

Ante su silencio, Jeff la rodeó con sus brazos y la besó despacio, con suavidad, tanteando su disposición, su tímida respuesta...

Lynelle se mostró reticente al principio, ligeramente insegura después... hasta que su corazón se sintió vivo de nuevo, y se entregó al beso con la misma pasión que él le mostraba.

Cuando, con un gran esfuerzo, dejaron de besarse, se miraron a los ojos. Jeff seguía agarrándola por la cintura. No quería soltarla nunca. Sonrió orgulloso y satisfecho al ver sus ojos brillantes, sus labios temblorosos, su gesto anhelante...

—Te amo, Lynelle —le aseguró—, y me encargaré de recordártelo toda la vida.

Lynelle le mantuvo la mirada.

—No sé si puedo confiar en ti.

—Déjame que te demuestre todos los días que sí que puedes hacerlo —le sonrió acariciándole el rostro con suavidad.

Ella se perdió en su mirada cargada de promesas, en silencio. Los dolorosos recuerdos aún grabados en su mente le daban una respuesta. El corazón, ilusionado, le gritaba otra, completamente distinta.

—Cuento con la bendición de tu padre, Lynelle, pero quiero que seas tú la que libremente acceda a casarse conmigo... ¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo?

Ganó el corazón. En un suspiro, la desconfianza desapareció. Lynelle se rindió en sus brazos. Una dulce sonrisa se dibujó en sus labios. Asintió convencida.

—Me casaré contigo.

Jeff sintió que el corazón saltaba en su pecho. Su sonrisa reflejó la alegría que sentía. La abrazó con fuerza y la besó apasionadamente.

—No te arrepentirás, Lynelle. Seremos la pareja más feliz y dichosa de todo Londres. Te doy mi palabra.

Lynelle le sonrió emocionada. Sabía que iba a ser cierto.

EPILOGO

Dos años después, Lynelle se asomaba por la ventana del salón preocupada.

—¿Qué haces? —le preguntó su apuesto esposo entrando por la puerta.

—Creo que mi padre lleva mucho tiempo fuera con Tony. Ya deberían haber vuelto. ¿Y si tiene hambre? ¿Y si se ha puesto a llorar? Creo que saldré a buscarlos.

Jeff sonrió cariñoso rodeando con los brazos a su esposa.

—Eres un poco impaciente, Lynelle, no hace tanto que han salido.

Lynelle le miró con una mueca.

—Pues creo que ya deberían estar de vuelta. Mi padre es mayor y Tony es demasiado pequeño para...

—No seré yo quien prohíba a mi hijo pasar tiempo con su abuelo —le recordó—. El mío forjó mi carácter.

—Afortunadamente... aunque tu padre parece que ha cambiado desde que lo enviaste a Birmingham para encargarse de esa pequeña empresa.

—Lo dudo, pero de todas formas yo creo que podemos hacer algo más divertido que estar mirando por la ventana —le besó el cuello, sensual.

—¿De verdad? —preguntó ella con voz melosa.

—¿Acaso no confías en mí?

Lynelle le sonrió con dulzura, antes de que empezaran a subir las escaleras con los dedos entrelazados y las miradas llenas de promesas, que garantizaban cumplirse.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

LA OBLIGACIÓN DE UNA DAMA

Londres, 1815.

Cuando Isabella, la más bella de las hermanas Ashworth, es forzada a contraer matrimonio con el anciano duque de Everleigh, lo hace con la esperanza de salvar el honor de su apellido y garantizar un futuro para sus tres hermanas. Pero lo que debería ser un sacrificio noble pronto se convierte en una prisión sofocante.

Sus sentimientos prohibidos hacia Alexander, el apuesto hijo del duque, y las amenazas que sospecha que provienen de él no le hacen la vida más fácil.

Mientras su padre intenta presionar al duque para que cumpla con su promesa de dinero y las vidas de todos los Ashworth penden de un hilo, Isabella se enfrenta a preguntas que podrían cambiar su destino:

¿Podrá resistirse a la atracción que siente por Alexander sin destruir todo lo que ha jurado proteger? ¿Quién está detrás de los intentos por silenciarla para siempre? Y lo más importante, ¿será capaz de encontrar el amor verdadero en medio del peligro y la traición?

Una novela de intriga, sacrificio y sentimientos que desafían las normas de la sociedad londinense en la época de la Regencia.

LA MÁSCARA DE UNA DAMA

Londres, 1815.

En la brillante pero despiadada sociedad londinense, Charlotte Ashworth desafía las normas que atan a las mujeres a un matrimonio de conveniencia. Con un talento extraordinario para el piano y un espíritu indomable, se reinventa como "La Dama de la Máscara", una enigmática pianista que deslumbra a la alta sociedad en las noches de gala, escondiendo su rostro y su identidad incluso de su propia familia.

Nathaniel Davenport, el atormentado conde de Elmwick, regresa a Londres para enfrentar los rumores que lo han perseguido desde la misteriosa muerte de su esposa. Decidido a restaurar su honor y asegurar su linaje, busca una esposa adecuada. Charlotte Ashworth parece la candidata ideal: joven, bella y de buena familia. Sin embargo, su atención se ve arrebatada por la pianista enmascarada, una mujer cuya música lo hechiza y cuya presencia lo intriga como nadie más lo ha hecho.

Cuando las vidas de Charlotte y Nathaniel se entrelazan, la atracción que sienten amenaza con destruir las cuidadosas barreras que ambos han levantado. Pero, ¿qué ocurrirá cuando Nathaniel descubra que la joven debutante que debe cortejar y la pianista que no puede olvidar son la misma persona? Y mientras la máscara de Charlotte comienza a deslizarse, ¿podrá arriesgarlo todo por un amor que podría costarle su libertad... y su corazón?

Una novela de secretos, pasión y decisiones imposibles que te atrapará en cada página.

EL CORAZÓN DE UNA DAMA

Londres, 1815.

Danielle Ashworth siempre ha sido la hija perfecta: obediente, dulce y dispuesta a sacrificar sus propios deseos por el bien de su familia. Cuando sus padres deciden enviarla a un convento en sus intentos de solucionar sus graves problemas financieros, ella acepta con resignación. Pero sus planes cambian abruptamente cuando Charles Thornwell, el ambicioso nuevo dueño de las propiedades Ashworth, exige también la casa familiar de Londres, amenazando con dejar a los suyos en la calle.

Charles siempre ha vivido en las sombras de la alta sociedad, despreciado por su falta de título y linaje. Ahora, con la fortuna de los Ashworth en sus manos, está decidido a reclamar algo que nunca ha tenido: respeto y poder. Su trato con los Ashworth es frío y calculador, hasta que Danielle, tratando de conseguir el tiempo que necesitan para pagar sus deudas, se ofrece a enseñarle los modales y las sutilezas necesarias para entrar en la aristocracia.

Lo que comienza como un acuerdo pragmático pronto se convierte en algo mucho más intenso. En las lecciones que comparten, Danielle descubre en Charles una honestidad y una pasión por la vida que la hacen cuestionar su resignación al convento, mientras que él queda fascinado por la dulzura y la fuerza escondida de la joven que le enseña a soñar más allá de su ambición.

¿Elegirá Danielle un futuro guiado por el deber o se permitirá luchar por el amor? ¿Podrá Charles reconciliar sus ambiciones con los sentimientos que lo unen a la única mujer que ve más allá de sus ambiciones?

Una novela de ambición, deseo y la lucha por un amor que desafía las convenciones.

EL SECRETO DE UNA DAMA

Londres, 1815.

Sophie, la más rebelde de las hermanas Ashworth, se niega a ser obligada a encontrar un esposo aburrido y apropiado en la distante Durham, donde su familia la ha enviado bajo la supervisión de la anciana tía Dorothy.

Decidida a disfrutar de una libertad que siempre le ha sido negada, Sophie toma una decisión audaz: intercambia su posición con su doncella y se convierte en una simple sirvienta, confiando en que, tarde o temprano, la boda de su hermana mayor resolverá los problemas económicos de su familia y le permitirá regresar a su vida normal.

Pero la estancia como criada en una mansión no resulta tan sencilla como esperaba, sobre todo cuando conoce a Douglas, un mozo de cuadras cuya devoción por los caballos y espíritu indomable rivalizan con los suyos.

Sin esperarlo, Sophie se ve acusada de robos que no ha cometido, mientras un poderoso conde la chantajea y amenaza con arruinarla.

¿Podrá Sophie proteger su identidad y su corazón mientras se libera de las acusaciones? ¿Qué ocurrirá cuando las verdades, que tanto ella como Douglas ocultan, salgan a la luz?

Una historia de amor, engaños y libertad, donde las barreras entre el deber y el deseo se desdibujan con cada paso.